

Jazmín

Una cita muy especial

Debrah Morris



Una cita muy especial

Debrah Morris

Una cita muy especial (2006)

Título Original: A little night matchmaking (2005) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2014

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Trick Templeton y Brando Mitchum

Argumento:

La misión consistía en unir a dos almas gemelas…

El problema era que Trick Templeton nunca permitía que ninguna mujer se acercara demasiado a él y Brandy Mitchum estaba demasiado ocupada cuidando de su hija y pagando las facturas como para pensar en romances.

Pero Brandy pronto comenzó a pensar en Trick como el único hombre de su vida. Durante el día, jefe y empleada se esforzarían por evitarse, pero no serviría de nada…

El contacto diario estaba a punto de provocar una situación crítica que se escapaba al control de las fuerzas más poderosas del cielo…

Prólogo

—¡Por favor, no me manden de vuelta a la tierra!

Celestian estaba metido en un buen lío. Finalmente había ido demasiado lejos.

Ya lo habían degradado de monitor a correo y sin embargo allí estaba, enfrentado a la posibilidad de un nuevo castigo. ¿Aprendería de una vez a hacer las cosas como era debido?

—Se ha tomado una decisión.

Celestian no podía ver los rostros de sus superiores, pero sus voces le llegaban desde tres direcciones diferentes.

No podía volver atrás. La tierra era un lugar peligroso.

—Han pasado más de trescientos años, excelencias. No estoy en condiciones de irme de nuevo.

—No te será concedida una vida terrenal —dijo una voz sonora y serena—.

Debes conservar tu forma espiritual.

—Si puedo decir lo que pienso…

—No puedes decirlo —interrumpió otra voz no tan serena—. Escucha y obedece. No querríamos verte en la Sala de Juicios.

—Sí, señor.

—Has fallado en más de una ocasión en tus misiones —dijo otra voz.

—Puede que me haya comportado imprudentemente, pero…

—Tu imprudencia raya en la insubordinación. Nos has puesto en una situación difícil. Hemos llegado a la conclusión de que una lección de humildad te enseñará a respetar el Plan.

—Pero enviarme a la tierra como un proscrito es un castigo demasiado duro…

—Considéralo una misión.

—¿Una misión? —repitió Celestian, asombrado. ¿En qué estarían pensando sus santos jefes? Él no poseía las habilidades requeridas para trabajar en la tierra.

—Los seres celestiales no reciben nunca misiones que no puedan cumplir —dijo San Sereno.

Celestian suspiró. Discutir habría sido inútil.

—Muy bien. ¿Qué debo hacer?

—Ya que eres culpable de haber manipulado las circunstancias para tu propio bien, vas a regresar a la tierra como guía.

—¿Un guía espiritual? —preguntó Celestian, esperanzado. Aquello no era tan malo—. ¿A quién debo guiar?

—El nombre de tu humano es Chloe Mitchum.

El optimismo de Celestian se esfumó mientras los recuerdos de Texas se amontonaban en su mente.

—Pero Chloe Mitchum es una niña.
—Sí, un alma ya mayor que ha entrado recientemente en el quinto año de su vida actual. No creemos que vaya a resultarte muy complicado ayudar a una niña inocente, ¿no?
—No, señor —Celestian escuchó mientras sus superiores le explicaban que debía hacer amistad con una niña que tenía problemas terrenales.
—Todo lo que debes hacer es ofrecerle consuelo, ayuda y consejos. Lo habitual.
El objetivo principal es ayudar a la madre de Chloe a encontrar su alma gemela.
—¿Qué? —hacer de casamentero no entraba en los planes de Celestian.
—No es nada complicado. Debes ayudarlos a enamorarse y facilitar su cortejo para asegurarles una vida feliz, un destino ya escrito para ellos. A pesar de los esfuerzos combinados de varios departamentos no hemos logrado unirlos todavía.
Sus caminos no se han cruzado. Ella se casó con el hombre equivocado y desde entonces se ha vuelto muy cauta. Él es un tipo tozudo que ha jurado permanecer soltero.
Celestian empezaba a pensar que la tarea iba a ser más complicada de lo que había pensado.
—Es necesario tomar medidas —continuó una de las voces—. Tendrás que informarnos regularmente de tus progresos, así que pasa por la Central de Suministros antes de irte y recoge uno de los nuevos blocs de información. La nueva tecnología supera con mucho a la que utilizábamos antes. Si tienes éxito en tu misión, podrás volver a ocupar tu anterior posición.
—¿Y si fallo?
—Si fallas quedarás atrapado en la tierra. En Texas. Con Chloe.
Celestian se estremeció.
—No entiendo. ¿Por qué necesitan mi ayuda dos almas destinadas a amarse?
—Debido a un error del sistema, esas dos almas se hallan en las antípodas.
—¿En las anti… qué?
—Quiere decir que son opuestos. Tienen personalidades, temperamentos y valores opuestos. Pero no te desanimes, muchacho. Si quieres volver aquí, no debes dejar que el hecho de que los sujetos que te han tocado en suerte no tengan nada en común te impida alcanzar tu objetivo.
Celestian suspiró. Mucho se temía que aquella misión acabara por convertirse en una misión imposible.

Capítulo 1

El ardiente fuego del amor es el único capaz de debilitar la obstinada voluntad de un ser humano.

La noche pasada había regresado a su dormitorio sin haber sido invitado. No tan real como para producir miedo, su llegada no había sido totalmente inesperada.

Ya se había presentado tres veces. Al principio había permanecido en silencio a los pies de su cama sin decir nada. Parecía esperar una invitación, pero ella no podía ofrecérsela. No podía moverse ni hablar. Sólo podía esperar.

El alto desconocido le resultaba vagamente familiar, aunque no podía verle el rostro porque estaba en sombras. Cuando finalmente habló, sus palabras parecieron llegar de muy lejos. Desapareció cuando ella no contestó.

La noche siguiente parecía más lanzado. Se sentó en el borde de la cama, tan cerca que su reconfortante presencia invadió los sentidos de Brandy y la paralizó de placer. Su voz sonaba más fuerte que la primera vez, y no paró de murmurar su nombre como si estuviera cantando una canción.

La noche anterior, el desconocido se había arrodillado junto a la cama y le había tocado la mejilla. Desesperada por sentir sus labios en los de ella, Brandy había tratado de volver la cabeza sin conseguirlo. Entonces el hombre había susurrado junto a su oído: «Despierta, Brandy. No pases por la vida como una sonámbula».

Y Brandy había despertado para encontrarse en una habitación vacía iluminada por las primeras luces de la mañana y que olía ligeramente a canela.

Parpadeó a causa del brillante sol de la tarde y trató de apartar de su mente el recuerdo de aquellos sueños mientras ponía el coche en marcha. Se le estaba haciendo tarde. Si Harry Peet no hubiera insistido en leer los documentos legales antes de firmar, ella no habría tenido tanto tiempo para divagar y el hombre de la medianoche no habría irrumpido con tanta facilidad en su sueño. Miró su reloj. Si se daba prisa aún podía llegar a tiempo a Odessa para recoger a Chloe del colegio.

Sintió hambre y sacó del bolso una chocolatina. Mientras la comía puso en marcha el aire condicionado, pero lo único que consiguió fue recibir una vaharada de aire húmedo y caliente. Estaban a mediados de septiembre y la temperatura se acercaba a los cuarenta grados. No era precisamente el momento ideal para que se averiara el aire acondicionado. Pero en el oeste de Texas ningún día era bueno para sufrir una avería en el aire acondicionado.

Bajó la ventanilla de su lado y se inclinó para bajar también la del

asiento del pasajero.

—¡Cuidado, señorita!

Brandy frenó justo a tiempo de evitar chocar con un remolque que se hallaba atravesado en la carretera. El cinturón impidió que se diera un cabezazo contra el volante.

Un hombre alto con un Stetson negro y gafas de sol se acercó a ella.

—¿Qué le pasa? ¿Está dormida o qué? —el hombre se inclinó para asomarse por la ventanilla—. Ha estado a punto de chocar con mi remolque.

—Ya me he fijado —Brandy vio que había cuatro hombres junto al remolque esperando órdenes del hombre de las malas pulgas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el hombre del sombrero—. Espero que no se haya hecho daño.

—No. Me he llevado un buen susto pero creo que sobreviviré —Brandy se fijó en el logotipo impreso en el lateral del remolque. Hotspur Well Control. Aquello sí que podía considerarse un auténtico golpe de mala suerte. Había estado a punto de chocar contra un remolque de la empresa que su jefe había demandado en nombre de Harry Peet.

—En ese caso, le agradecería que apartara el coche para que mis hombres puedan utilizar la mini grúa para sacar el remolque. Tiene un par de ruedas en una zanja.

—No hay problema —dijo Brandy, que había notado que su corazón latía más rápido cada vez que aquel hombre hablaba. Había algo familiar en su voz.

Cuando metió la marcha atrás, el coche tosió como si tuviera asma y el motor se paró. Brandy gimió. El coche no podía fallarle en aquellos momentos. No podía permitirse llevarlo al taller hasta haber cobrado su sueldo.

Dedicó una oración al santo encargado de los motores viejos y miró la foto de Chloe que llevaba colgada en el llavero.

—No estaría mal que lo moviera hoy.

—De acuerdo, de acuerdo —Brandy giró la llave de contacto y dio gracias al cielo cuando el motor arrancó. Luego dio marcha atrás, provocando suficiente polvo y humo como para hacer toser al hombre. Le estaba bien empleado. El ala del sombrero ocultaba su rostro y no se había quitado las gafas, pero Brandy tuvo que reconocer que el resto de aquel vaquero no estaba nada mal. Pero también era cierto que Texas estaba lleno de vaqueros macizos.

Y, sin duda, aquel era un digno representante. Alto. Moreno. Duro. Texano.

El vaquero giró sobre sus talones y se alejó. Había algo familiar en su forma de moverse. ¿Se habrían conocido en otras circunstancias?

No. Brandy estaba segura de que habría recordado aquel paso firme, aquellas caderas, los vaqueros que ceñían sus piernas en todos los lugares adecuados…

Pero lo último que necesitaba era otro hombre difícil en su vida, y no pensaba entrar ahí. Cuatro años antes, tras su divorcio, su madre le advirtió sobre sus futuras citas con hombres. Según ella, las mujeres se sentían impulsadas a dar oportunidades a hombres no adecuados con la esperanza de encontrar al adecuado. Pero ella se estaba reservando para su príncipe azul, y los únicos candidatos posibles tenían que ser hombres agradables.

Aparcó el coche a un lado, salió y se apoyó contra la puerta mientras llamaba al bufete para avisar del motivo de su retraso. Luego llamó al colegio, en el que tenían una política muy estricta respecto a los horarios.

Tras colgar esperó impaciente mientras los hombres se afanaban con el remolque. Pero su mirada tendía a volver hacia el hombre del Stetson. No había duda de que resultaba atractivo, pero era una pena que su personalidad no estuviera a tono. Si no hubiera resultado tan mandón, su voz habría resultado incluso sexy. Si no hubiera sido tan masculino, su forma de caminar habría resultado más elegante.

Se movía con una evidente economía de movimientos. Aquel hombre no malgastaba su tiempo ni sus energías. Su intensidad debía hacerlo sentirse igualmente cómodo en medio de una gresca o en una pista de baile. En una sala de juntas o en el dormitorio.

Asqueada por el camino que estaban tomando sus pensamientos, Brandy se quitó la chaqueta y la dejó en el asiento trasero. El calor reinante debía de ser el culpable de los absurdos pensamientos que estaba teniendo respecto a aquel desconocido… que por otro lado no se había molestado en volverse a mirarla ni una vez. ¿Qué era peor? ¿Las falsas ilusiones a plena luz del día o las fantasías nocturnas?

Sin duda, ambos fenómenos se debían a su celibato auto impuesto. Cuatro años era mucho tiempo.

Miró su reloj y gimió. La tarde se le estaba escapando de las manos.

—¡Eh, señor!

El hombre del sombrero se volvió hacia ella.

—¿Sí?

Brandy señaló su reloj.

—¿Cuánto van a tardar?

—El tiempo que haga falta —el hombre movió la cabeza como si Brandy acabara de hacer una pregunta estúpida y volvió a darle la espalda.

Media hora después el camino quedó despejado.

Brandy se sentó rápidamente tras el volante y arrancó el coche,

que volvió a carraspear antes de ponerse en marcha.

El hombre le hizo un gesto exagerado con el brazo para que pasara, pero se interpuso en su camino en el último minuto. Luego se acercó a la ventanilla.

—Creo que su coche necesita un ajuste del ralentí.

—Gracias —dijo Brandy, sin ocultar su exasperación—. Lo llevaré al taller en cuanto pueda.

El hombre palmeó el capó del coche.

—Espere. Convendría ajustar algo más antes de que se fuera.

Brandy frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

El hombre sacó un pañuelo rojo de un bolsillo de su pantalón, introdujo la mano por la ventanilla del coche y frotó la mejilla de Brandy.

—¿Qué hace? —Brandy no era ninguna mojigata, pero el inesperado gesto del hombre la sorprendió. Y la sorprendió aún más su propia reacción. Sin advertencia, el contacto de la mano del desconocido había superado la barricada que había erigido en torno a sus emociones desde su divorcio. Le había tocado algo más que la mejilla. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por contener las emociones que se acumularon en su pecho. Cuando empezaba a recobrarse del impacto, otro pensamiento sorprendente la desestabilizó.

Conocía a aquel hombre.

Lo había visto antes. En algún sitio. En algún momento. ¿O no? No. Sin duda era un desconocido. Y un desconocido bastante molesto e inquietante. Pero no podía apartar la sensación de haber sido acariciada por él en alguna otra ocasión. Aferró el volante con fuerza y trató de convencerse de que el aturdimiento que sentía se debía al calor.

—La próxima vez que coma chocolate cuando haga calor, mírese en el espejo para comprobar los resultados —dijo el hombre con una sonrisa, y a continuación giró sobre sus talones y se encaminó hacia sus hombres.

Mientras se alejaba, Brandy no logró dejar de pensar en él. Se dijo que era comprensible, pues hacía tiempo que un hombre no la ponía tan nerviosa.

¿Sería aquello lo que llamaban amor a primera vista? ¡Ridículo! Ella no creía en nada tan poco realista, ni en el factor «derretimiento». Había elegido a su marido basándose en la química y el resultado no había sido precisamente satisfactorio. Pero ya había madurado y era más sabia. Joe y ella pasaron dos años infelices juntos y el mejor resultado de su matrimonio había sido su maravillosa hija, Chloe.

La cabeza de su precoz e imaginativa hija solía estar a menudo en

las nubes, lo que significaba que su madre debía de tener los pies firmemente plantados en la tierra. Por estimulante que hubiera sido el encuentro que acababa de tener, lo más probable era que no volviera a ver a aquel tipo.

No había demasiado misterio en lo que había pasado. Demasiado sol, poca comida y una libido deshidratada explicaban su reacción.

Detuvo el coche ante la puerta del colegio y entró a toda prisa.

—Siento llegar tarde, Amy. Me ha pillado un atasco.

—No hay problema —dijo la estudiante universitaria que solía trabajar en el colegio por las tardes.

Chloe dejó en la estantería el libro de dibujos que había estado mirando mientras aguardaba a su madre.

—¿Por qué había un atasco? —preguntó.

—Un remolque se había quedado atascado en una zanja —dijo Brandy mientras abría su bolso—. ¿Cuánto te debo? —preguntó a Amy.

—Nada —dijo Amy mientras ayudaba a Chloe a ponerse la mochila —. De todos modos no habría podido irme antes. No hace falta que me pagues esta vez.

—¿Estás segura?

—Totalmente —Amy se volvió hacia Chloe—. ¿Te importa colocar bien los libros de la estantería? –cuando la niña comenzó a ordenar los libros, Amy se llevó a Brandy a un lado—. Necesito preguntarte sobre el nuevo amigo de Chloe.

—¿Qué nuevo amigo?

—El invisible. Últimamente habla mucho con él y quería saber cómo quieres manejar el asunto.

—Es la primera vez que oigo hablar de ese amigo invisible.

—Chloe pasa mucho tiempo jugando sola en lugar de relacionarse con los otros niños. Mantiene conversaciones enteras con un compañero de juegos imaginario.

Hoy la he oído decir que no necesitaba su ayuda, que tenía el colegio bajo control.

Chloe tiene un vocabulario increíble para su edad, por cierto.

—Sí, lo sé —el orgullo sustituyó a la preocupación de Brandy—. Su coeficiente intelectual está por encima de la media. Aprendió a leer sola el año pasado utilizando los libros del doctor Seuss.

—Es una niña increíble.

—Es muy creativa. Supongo que ese nuevo amigo es otro producto más de su imaginación.

—En mis clases de psicología aprendí que la creación de un mundo imaginario puede aislar a un niño del mundo real. Puede ser el indicio de un problema más profundo.

—¿En serio? —preguntó Brandy, preocupada.

—Hoy se ha disgustado un poco. La he oído decir a su amigo que se fuera, lo que puede significar algo. Ha dicho que ir a la escuela era el trabajo de los niños y que si no la dejaba en paz iba a conseguir que la echaran.

Brandy parpadeó. Chloe estaba al tanto de todo aquello. Ella había perdido dos trabajos porque le planteaban conflictos con el cuidado de su hija.

—Gracias por ponerme al tanto, Amy, y te agradezco mucho el tiempo y la atención que prestas a Chloe.

—Es una niña maravillosa.

Brandy sonrió.

—Sí, pero está teniendo más problemas de lo que esperaba para adaptarse al cambio.

—Ciudad nueva, casa nueva, colegio nuevo… Son muchos cambios.

Brandy salió del colegio con el estómago encogido. ¿Habría traumatizado a Chloe al hacerle abandonar su mundo para comenzar de nuevo en una ciudad desconocida? ¿Y si se había equivocado en las decisiones que había tomado recientemente?

Su jefe, el señor Futterman, no creía que una mujer con un hijo pudiera dedicar el cien por cien de su energía al trabajo. Ingenuamente, había esperado que una carrera con verdadero potencial sería su billete de salida para librarse definitivamente de los trabajos de poca monta que solía tener, pero ése no era el único motivo por el que decidió hacer el esfuerzo de estudiar para ser procuradora.

Quería lograr algo que mereciera la pena. Joe, su ex marido, había logrado finalmente enderezar su vida. Había sido elegido sheriff del condado y se había casado con la doctora del pueblo. Brandy no lamentaba que Joe fuera feliz. De hecho, se alegraba por él. Todo el mundo tenía derecho a encontrar el verdadero amor al menos una vez en la vida.

Pero él éxito de Joe le había servido de inspiración. Su matrimonio con Mallory Peterson le había dado esperanza. Tal vez también había alguien especial en el mundo para ella.

Camino de casa se detuvo en un cajero automático para sacar dinero para gasolina y para la lavandería.

Estaba de vuelta en el coche, guardando los billetes en la cartera, cuando un todoterreno blanco que le resultó familiar giró en la esquina y llamó su atención. No podía ver el rostro del conductor pero sus anchos hombros eran inconfundibles. Al igual que el logotipo que adornaba la puerta del vehículo. Hotspur Well Control.

Chloe se removió en el asiento trasero.

—Tengo calor.

—Lo sé, cariño, pero el aire acondicionado se ha roto.

—¿Cómo?

—Supongo que se ha hecho viejo.

—¿Tan viejo como yo?

Brandy rió.

—Mucho más que tú —dijo mientras ponía el coche en marcha.

Resultaba realmente extraño que hubiera vuelto a cruzarse con aquel hombre.

Volver a verlo había hecho que se agitaran de nuevo todas las emociones que había reprimido, pero trató de no pensar en él mientras recogía la ropa en la lavandería.

Pero aún no habían acabado las sorpresas. Estaba echando gasolina cuando volvió a ver el todoterreno blanco con el logotipo saliendo de la gasolinera. El conductor detuvo el vehículo antes de incorporarse al tráfico de la calle. Brandy estaba mirándolo con expresión de asombro cuando él volvió el rostro hacia ella. Se bajó las gafas de sol para mirar mejor, pero en ese momento se despejó el tráfico y se alejó.

Brandy se dijo que no era tan raro encontrarse tres veces con la misma persona en una tarde. La conciencia era así. Cuando se quedó embarazada no dejaba de ver embarazadas por todas partes. Conducir un coche rojo la hacía fijarse en otros coches rojos. No había nada raro en ello. Era simplemente la naturaleza humana.

El sol ya se estaba poniendo cuando Brandy terminó sus recados y se dirigieron a casa. El día había durado demasiado y súper mamá estaba súper cansada.

Y la pobre Chloe también debía de estar agotada.

—Estás muy callada, tesoro —Brandy miró por el retrovisor y sonrió al ver que su hija tenía sus rizos rubios casi pegados a la frente a causa del sudor—. ¿Va todo bien?

—Sí. Sólo estaba pensando.

—¿Me avisarás cuando hayas resuelto los problemas del universo?

—Claro, mamá.

Brandy sabía que no debía preocuparse. Chloe era más profunda que la mayoría de los niños de su edad, más sensible. Todos los niños tenían una imaginación muy activa. Un amigo invisible era el modo que había buscado su hija para enfrentarse a las nuevas tensiones de su vida. Decidió preparar una cena especial para charlar tranquilamente con ella y asegurarse de que comprendía la diferencia entre lo real y lo imaginario. A sólo unos bloques de su casa sonó el móvil y Brandy vio que se trataba de su jefe, Futterman. Estuvo a punto de no contestar.

Eran más de las siete y estaba agotada. Además, era una procuradora, no una esclava. Tenía una vida al margen de su trabajo.

Y el salario que le pagaba Futterman financiaba esa vida.

Finalmente contestó y escuchó a su frenético jefe mientras le contaba su último problema. Había perdido los papeles que necesitaba para una reunión que tenía a primera hora de la mañana y los necesitaba urgentemente. Las esperanzas de Brandy de pasar un atardecer tranquilo con su hija se esfumaron. No iba a quedarle más remedio que volver a la oficina.

Hacer aquello no le llevaría demasiado tiempo, pero sí lo suficiente como para estropear sus planes. Al menos esperaba ganar algún punto como empleada.

Miró a su hija en el asiento trasero. Estaba trabajando duro para darle la clase de vida que merecía y no era justo que tuviera que arrastrarla consigo, pero no podía permitirse decirle a su jefe que no.

La vida era una continua búsqueda de equilibrio. El equilibrio era la clave.

—No se preocupe, señor Futterman, enseguida voy —tras desconectar el teléfono suspiró.

Informe de Campo

De: Celestian, Operario en la Tierra

Para: Control de Misión

Asunto: Operación Verdadero Amor

Objetivo actual: contactar aliado humano e introducir protocolo casamentero. Iniciar comunicación entre los sujetos y evaluar sus respectivas capacidades de relación.

Notas: contacto con niña establecido. Las pruebas muestran las profundas diferencias entre los sujetos. Poco éxito con el objetivo actual. El hombre se muestra reacio a las manipulaciones del Operario. Sus niveles de compromiso se hallan por debajo de los aceptables.

La mujer es emocionalmente accesible y responde a la terapia de los sueños. Muestra interés en una relación a largo plazo pero está distraída. La tensión interna y la presión externa reducen su capacidad de sugestión.

Plan Inicial: reconversión emocional de sujetos y aumentar el contacto entre ellos.

Comentario personal: el Operario carece de experiencia para completar esta misión y solicita ser relevado de su puesto.

Capítulo 2

Brandy detuvo el coche ante la ventanilla de un restaurante de comida rápida y pidió lo de siempre. Luego condujo hacia el centro en plena hora punta.

Para cuando llegó al bufete ya estaba cerrado. Todo el mundo se había ido a casa. Sacó la llave para abrir e hizo pasar a Chloe al interior. La manija se atascó cuando trató de cerrar de nuevo. Evidentemente, el universo estaba conspirando contra ella aquel día. Utilizó el pasador para asegurar la puerta y condujo a Chloe hasta su pequeño despacho, que se hallaba al fondo del edificio.

—¿Es aquí donde trabajas? —preguntó Chloe con curiosidad, pues era la primera vez que iba al bufete.

—Sí. Siento que hayas tenido que venir, cariño. Mamá tiene que preparar unos papeles para su jefe.

—Lo sé. Se han perdido.

Brandy se quedó mirando a su hija. Ella no le había mencionado lo de los papeles.

—¿Cómo has sabido…?

—Tu jefe debería haber tenido más cuidado.

—Estoy de acuerdo —Brandy despejó una esquina de su escritorio y sacó la comida. Canela. Otra vez. ¿De dónde venía el olor? Husmeó el aire cerca de Chloe, donde el olor era más intenso. Galletas de canela—. Ya está. Puedes ir comiendo mientras yo trabajo.

Brandy se sentó ante su ordenador y abrió la carpeta que contenía los documentos que necesitaba su jefe. No podía creer que alguien tan meticuloso como Futterman hubiera perdido algo tan importante.

Decidió hacer dos copias para que no hubiera más problemas. Tras pulsar el botón para que la impresora se pusiera en marcha, se volvió hacia su hija.

—¿Puedo hacerte una pregunta, cariño?

—Claro, mamá.

—Amy me ha dicho que tienes una nueva amiga. ¿Quieres hablarme de ella?

Los ojos oscuros de Chloe parecían los de una niña mayor de su edad.

—Es un amigo y se llama Celestian.

Brandy ya había escuchado aquel nombre.

—¿El perro de tu padre?

—No. Es otro Celestian. Se supone que tiene que ayudarme, pero yo casi nunca necesito ayuda y se siente dolido. Hoy le he dicho que se fuera a casa —Chloe puso los ojos en blanco—. Es demasiado sensible.

Brandy asintió.

—¿Puedes ver a Celestian?

Chloe miró a su madre como si acabara de preguntarle algo absurdo.

—Claro que puedo.

—¿Y yo puedo verlo?

Chloe rió mientras tomaba una patata frita de la bolsa.

—No. Es invisible. Dice que yo soy la única que puede verlo.

—Así que has puesto a tu amigo el nombre del perro blanco que duerme en tu cama cuando vas a visitar a papá, ¿no?

—Yo no le he puesto el nombre. Ése es su nombre real. Y él es real.

Simplemente es invisible para la gente que no necesita verlo.

—¿Habla contigo?

Brandy no sabía si preocuparse o sentirse aliviada. Por un lado resultaba inquietante que su hija pudiera ver gente invisible, pero también era probable que aquella fantasía de Chloe fuera una forma de personalizar al perrito que echaba de menos.

—Sí. A veces habla demasiado —Chloe se puso seria—. Me ha dicho que otras personas no entenderían. Será mejor que no sigamos hablando de él.

Brandy se preguntó si su hija tendría miedo de compartir sus sentimientos.

¿Creería que su madre no la entendería? Chloe nunca había tenido secretos con ella, y de pronto se sintió llena de dudas. La maternidad no había sido fácil, pero se las había arreglado incluso sin la ayuda de Joe. Pero aquel problema era más complicado que asegurarse de que Chloe consumiera las proteínas suficientes o se vacunara a tiempo. Lo cierto era que no tenía idea de cómo manejar el asunto del amigo invisible.

La impresora seguía sacando hoja tras hoja y su sonido resultaba casi estruendoso en medio del silencio reinante en el bufete. Distraída con sus pensamientos, Brandy tomó una patata frita.

—Somos amigas, cariño, y las amigas no tienen secretos.

—Ya lo sé. Pero en realidad no es un secreto. Es algo… privado.

—Comprendo. ¿De qué soléis hablar Celestian y tú?

Chloe tomó un bocado de su hamburguesa y lo masticó cuidadosamente antes de tragarlo.

—De cosas.

Brandy permaneció en silencio. Si Chloe había inventado a Celestian porque su madre estaba demasiado ocupada con su trabajo, arreglaría las cosas. Pasaría más tiempo con ella y haría lo necesario para que se sintiera a salvo y querida.

Probablemente no era una coincidencia que su amigo imaginario fuera varón y se llamara como el perro de Joe. Tal vez echaba a su padre de menos más de lo que había imaginado.

Tras tres años de abandono e indiferencia, Joe Mitchum parecía haber empezado a tomarse en serio sus responsabilidades como padre. Una experiencia cercana a la muerte debida a un rayo parecía haberlo hecho reaccionar y por fin había empezado a entablar una buena relación con su hija. Desafortunadamente, Chloe veía menos a su padre desde que se habían trasladado a Odessa. Crear un Celestian imaginario debía de ser su manera de aportar a su nuevo mundo parte del antiguo.

Comprendía el sentimiento. Ella también sentía la carencia de algo en su vida.

Un hombre tranquilo que compartiera sus valores. Un verdadero compañero que la amara, a ella y a su hija, y cuya preocupación principal fuera su bienestar.

¿Pero de dónde había salido aquel pensamiento? No necesitaba un hombre.

Podía ocuparse a solas de sí misma y de su bija, gracias. No necesitaba un hombre. Si se presentaba el adecuado, adelante. Si no, tal vez estaba destinada a no tener otra pareja.

—¿De qué cosas habláis Celestian y tú?

—De seguir adelante, de ser feliz. Pero, sobre todo, de trucos.

—¿Trucos? ¿Qué clase de trucos?

—Ya lo verás —Chloe ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo que Brandy no podía oír. Al cabo de un momento dijo—: ¿Podemos dejar de hablar de Celestian?

—De acuerdo. Pero si tienes algún problema me lo dirás, ¿verdad?

El rostro de Chloe se iluminó con una sonrisa.

—No tengo problemas, mamá. Sólo tengo cinco años, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —el poderoso olor a canela había invadido el despacho y Brandy empezó a sentirse inquieta. Tal vez era su extraño encuentro con el hombre del sombrero lo que la tenía inquieta.

—¿Está Celestian aquí ahora, cariño?

Tras una larga pausa, Chloe asintió.

—¿Dónde? —Brandy miró a su alrededor.

Chloe alzó lentamente la mano y señaló encima del armario archivador.

—Ahí mismo.

No había nadie encima del archivador, por supuesto, pero Brandy miró de todos modos. El amigo invisible era producto de la imaginación de su hija, por supuesto, pero no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Hmm. No puedo verlo. ¿Qué aspecto tiene?

—Normal.

—¿Es un niño pequeño?

—No. Es grande, como tú.

—¿Joven o viejo?

—Dice que tiene trescientos veintidós años —susurró Chloe—. Pero ni siquiera parece tan mayor como el abuelo.

Brandy cada vez estaba más maravillada de la creatividad de su hija.

—¿Tiene pelo?

—¡Por supuesto! —Chloe volvió a reír—. Es rubio y más largo que el tuyo. Y

sus ojos son azules. Lleva ropa blanca y no usa zapatos.

Al parecer, Celestian era muy real para Chloe. Brandy acarició la mejilla de su hija.

—¿Va todo bien en la escuela, tesoro?

Chloe se encogió de hombros elocuentemente.

—La profesora hace lo que puede con lo que tiene.

Brandy sonrió. ¿De dónde se sacaría su hija aquellas cosas? Chloe solía preferir estar con ella a con otras niñas y nunca le importaba jugar sola.

—¿Y tus compañeras de clase? ¿Te llevas bien con ellas?

—Supongo. No tenemos mucho en común. Son muy pequeñas y la mayoría ni siquiera puede leer.

—Tienen la misma edad que tú.

—Lo sé, pero se portan como crías.

—Son crías.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Que tengan cinco años no quiere decir que tengan que portarse como si los tuvieran.

—Eso es cierto.

Brandy se preguntó si su hija había sido alguna vez un bebé. Ocuparse de ella había supuesto una sorpresa tras otra. Aprendió a caminar a los nueve meses y a los diez desarrolló su propio lenguaje de signos para comunicarse. A los dieciocho meses ya construía frases inteligibles y aprendió a leer sola a los cuatro años y medio.

Siempre había sido precoz para su edad.

Terminaron de comer en silencio. Chloe no volvió a mencionar a Celestian, pero Brandy no logró librarse de su inquietud. Necesitaba salir de aquella solitaria oficina.

Todo volvería a la normalidad en cuanto estuvieran de vuelta en casa. Tiró los envoltorios de la comida en la papelera y se volvió hacia la impresora para amontonar los papeles que había impreso.

Cuando giró de nuevo estuvo a punto de gritar al ver a un hombre en el umbral de la puerta. Sus anchos hombros ocupaban casi todo el espacio.

—¿Quién es usted? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Ha venido! ¡Ha venido de verdad! —Chloe empezó a aplaudir y

a dar saltos como si hubiera estado esperando la llegada del desconocido.

Instintivamente, Chloe se situó entre su hija y el desconocido. Éste no parecía especialmente amenazador, pero había algo definitivamente peligroso en él.

Un rápido vistazo convenció a Brandy de que lo había visto antes. Fuerte mandíbula, ojos negros, pómulos prominentes, pelo negro, labios firmes y sensuales…

—Quiero ver a Fenton Futterman.

Su voz recorrió a Brandy como una cálida ola. Sonaba como la del hombre de sus sueños. No. Había escuchado aquella voz antes, pero no en sus sueños. Era el vaquero del Stetson, el hombre con el que se había topado en la carretera aquella tarde. Aquello explicaba su sensación de reconocimiento. Se había quitado el sombrero y las gafas y se había cambiado de ropa.

—¿Y bien? —dijo él, impaciente al ver que Brandy no reaccionaba. Su voz era profunda y autoritaria. Era evidente que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

—Lo siento, pero el señor Futterman ya se ha ido. Tendrá que volver mañana. Y

le sugiero que antes pida una cita. Es un hombre muy ocupado.

—Sí, seguro que sí. Está muy ocupado poniendo demandas fastidiosas —el hombre entrecerró los ojos mientras miraba a Brandy como si la hubiera visto por primera vez—. La conozco.

—Lo dudo.

El hombre avanzó hasta el interior del despacho sin ser invitado. Luego alzó una mano y deslizó un dedo por la mejilla de Brandy que, como aquella tarde, se quedó sin aliento al sentir su contacto.

—¿Qué sucede? —preguntó a la vez que daba un paso atrás y se llevaba una mano a la mejilla, donde palpó el resto de algo pegajoso. Era un poco de la salsa de tomate que llevaban las patatas—. Agradezco el gesto, pero no hace falta que me siga por ahí para limpiarme el rostro.

—Pues parece que alguien debería hacerlo —en aquella ocasión el hombre sacó un pañuelo blanco de su bolsillo trasero y frotó con él la mejilla de Brandy que, absurdamente, sintió que su mejilla ardía con el contacto.

Chloe se acercó al desconocido y alzó el rostro hacia él.

—Celestian ha dejado la puerta abierta para ti. Había dicho que vendrías, pero no lo había creído. Eres alto.

—¿Sí? Tú no —la expresión del vaquero se suavizó casi imperceptiblemente cuando miró a la niña.

—Tengo cinco años.

—Felicidades —el hombre miró de nuevo a Brandy—. ¿Es usted

Ulbright?

—No. Soy Brandy Mitchum. Trabajo aquí de procuradora.

—Lo siento por usted. De manera que Futterman no está, ¿no? —dijo él mientras miraba a su alrededor.

—No. Sólo estamos nosotros tres —contestó Chloe.

—¿Tres? —el hombre frunció el ceño. Por lo visto era una costumbre en él.

—Dos. Sólo somos dos —Brandy lamentó haber dicho aquello en cuanto lo hizo

—. Pero le advierto que tengo un número de marcación rápida para la policía en mi móvil —añadió a la vez que alzaba su nuevo teléfono—, así que espero que no se le ocurra ninguna idea rara.

La expresión de incredulidad del desconocido le hizo comprender que aquello era lo último que tenía en mente.

—¿Por qué estaba hoy en la carretera?

—Teniendo en cuenta que éste es un país libre y que las carreteras son públicas, no veo por qué tendría que responder a esa pregunta —replicó Brandy—. Pero ya que lo ha preguntado tan amablemente, le diré que estaba haciendo mi trabajo.

—¿Su trabajo? Sí, claro. Harry Peet —el hombre prácticamente escupió el nombre—. ¿Y en que diablos estaba pensando al dejar la puerta abierta? Cualquiera de los locos que abundan hoy en día podría haber entrado aquí.

—Sí, y parece que uno de ellos lo ha hecho. Lo que hago no es asunto suyo, pero creía que la puerta estaba cerrada. Y le agradecería que hablara bien delante de mi hija.

—¿Qué? Oh, lo siento —aunque la disculpa pareció genuina, se notaba que aquel hombre no estaba acostumbrado a disculparse—. ¿Siempre es tan descuidada?

—¿Disculpe? —dijo Brandy. ¿Cómo se atrevía aquel desconocido a criticarla?

—Sólo digo que debería tener más cuidado. ¿La niña es hija suya?

—Sí. Me llamo Chloe.

Los labios del hombre se curvaron en una mueca, o en una sonrisa. Era difícil saberlo.

—Ya que es evidente que no ha venido a robar, ¿qué es lo que quiere? —

preguntó Brandy, un poco más relajada.

Vestido con vaqueros negros, camisa blanca y botas, aquel hombre podría haber servido de modelo para un cartel. Tal vez no fuera un ladrón, pero había logrado dejar a Brandy sin aliento. Desde su divorcio había llevado una vida de monja de clausura y era una presa fácil. Evidentemente, sus hormonas se estaban revelando.

Pero lo que más la inquietaba era la sensación de reconocimiento

que sentía con aquel hombre. Aquel desconocido pulsaba botones que ella había olvidado que poseía. ¿Por qué sentía que se había visto reflejada muchas veces en sus oscuros ojos?

¿Sería él su hombre de medianoche?

No. Era posible que pareciera un sueño hecho realidad, pero estaba segura de que aquel hombre podía ser una pesadilla.

El hombre le ofreció la mano.

—No pretendía asustarla, señora. Me llamo Patrick Templeton.

—¡Trick! —exclamó Chloe.

El hombre frunció de nuevo el ceño.

—Sí. La gente suele llamarme Trick. ¿Cómo lo sabías?

Chloe sonrió en dirección al armario archivador.

—Se me da bien adivinar.

—¿Usted es Patrick Templeton? ¿El dueño de Hotspur Well Control? —

preguntó Brandy.

—Sí, y también soy el demandado del último pleito fantasma de Futterman —

Templeton se inclinó hacia Brandy, que sintió que se quedaba sin aire—. No tengo tiempo para esto. Tengo fuegos que apagar.

Brandy permaneció en silencio. Estaba ocupada tratando de controlar la sensación de que ya sabía lo que sentiría si aquel hombre la besaba. Pero aquello era imposible. No poseía tanta imaginación. Finalmente, Chloe tiró de su mano.

—Mamá, Trick te está hablando.

—Oh, lo siento —Brandy logró hacer acopio de la suficiente energía como para apartarse de él—. Usted tiene fuegos que apagar y yo cuentos de buenas noches que leer, así que lo mejor será que todos nos vayamos.

—Harry Peet está equivocado —insistió Templeton—. Necesito…

—Estoy segura de que comprenderá por qué no puedo discutir de un caso con un demandado. Si quiere pedir una cita con el señor Futtennan, llame mañana a su secretaria durante el horario de oficina. Y ahora, si me disculpa, nos vamos.

—De acuerdo —Templeton parecía confundido, como si no estuviera acostumbrado a que le negaran nada—. ¿Puedo ayudarla a llevar algo?

—No, gracias. Estoy acostumbrada a llevar mis propias cosas.

Brandy tomó una de las copias del documento que había impreso y fue a dejarla en el despacho de Futterman con Chloe. Cuando volvió esperaba que Templeton se hubiera ido, pero seguía allí.

—Permita que le enseñe el camino de salida.

Pero, al parecer, nadie podía enseñarle nada a aquel hombre. Fue él quien guió el camino hasta la salida y permaneció en la acera

mientras Brandy cerraba. En aquella ocasión la cerradura no dio problema alguno.

Sin esperar, Brandy se acercó con la niña hasta su baqueteado Ford.

—¡Espera! —exclamó Chloe cuando su madre fue a cerrar la puerta tras atarla en su asiento—. Deja que Celestian pase.

Brandy dejó la puerta abierta un momento para que el compañero de juegos de su hija se acomodara. Mientras lo hacía vio que una lenta sonrisa curvaba los labios de Templeton, haciendo que le resultara aún más familiar.

—No pregunte —dijo mientras bajaba la ventanilla.

—No iba a hacerlo —replicó él.

—Mamá, no me he despedido de Trick.

Brandy suspiró y miró por la ventanilla.

—Dígale adiós o nos pasaremos aquí toda la noche.

Templeton se inclinó para mirar a la niña.

—Adiós, pequeña.

—No te vayas todavía, Trick —susurró Chloe.

—¿Por qué no?

—Podríamos necesitar tu ayuda.

—Despídete del señor Templeton, Chloe.

—Adiós, Trick —dijo la niña a la vez que extendía su manita hacia él.

Templeton introdujo la mano por la ventanilla y se la estrechó un par de veces.

—Me alegra haberte conocido, pequeña.

—No te vayas todavía.

—No —Templeton rodeó el coche mientras Brandy se acomodaba tras el volante—. ¿Cuántos años tiene la niña?

—Cinco.

—No me habría sorprendido que tuviera treinta.

—Lo sé —Brandy sonrió—. Asegúrese de pedir una cita mañana.

—No se preocupe. Lo haré. Y siento haber…

—¿Haber entrado en mi oficina como si perteneciera a los cuerpos especiales y habernos asustado a mí y a mi inocente hija? —concluyó Brandy al ver que él no terminaba la frase.

—La pequeña no parecía muy asustada.

—Lo sé. Es más confiada que yo.

—El caso es que lo siento. Normalmente no soy tan…

—¿Exigente?

—Sí suelo ser exigente. Iba a decir grosero.

—Disculpas aceptadas —Brandy trató de poner el coche en marcha pero no sucedió nada. Lo intentó de nuevo sin resultado. Reprimió la sarta de maldiciones que habría soltado si Chloe no hubiera estado

allí.

—¿Se ha muerto el coche, mami?

Brandy apoyó la cabeza en el volante. ¿Terminaría alguna vez aquel funesto día?

—Le había dicho que revisara el coche —dijo Templeton.

—Es cierto. Y no entiendo por qué no he hecho caso de su valioso consejo —dijo Brandy, exasperada—. Debería haber llevado el coche al taller en uno de los numerosos ratos libres que he tenido durante el día.

—Tampoco tiene por qué ponerse quisquillosa.

—Creo que esa palabra no define adecuadamente mi estado actual —Brandy temió ponerse a llorar si no tenía cuidado. Hacía rato que había pasado la hora de acostar a Chloe, estaba agotada y al día siguiente no la esperaba precisamente un día relajado.

—¿Cómo vamos a ir a casa, mamá? —preguntó Chloe.

—Aún no lo sé.

Trick Templeton se asomó a la ventanilla.

—¿Quiere que eche un vistazo? Se me da bastante bien la mecánica.

—Seguro que sí —murmuró Brandy con ironía.

—¿Quiere que mire el motor o no? —preguntó Templeton.

—Claro. ¿Por qué no? —Brandy tiró de la palanca para abrir el capó. Trick rodeó el coche y lo levantó.

—Trick arreglará la batería, mamá —dijo Chloe, y su madre se preguntó de dónde sacaría su optimismo y sus conocimientos mecánicos.

—Eso espero —dijo, y cerró los ojos a la vez que apoyaba la cabeza contra el asiento. Por primera vez en su vida rezó para que el hombre que estaba husmeando bajo su capó no tuviera sólo buenas manos, sino también rápidas.

Capítulo 3

Trick sacó su caja de herramientas del todoterreno. En cuanto alumbró el motor descubrió el problema. Tras hacer unos ajustes se asomó tras el capó levantado.

—Inténtelo de nuevo.

Brandy giró la llave y el coche arrancó. Trick bajó el capó y se acercó a la ventanilla mientras sacaba el pañuelo de su bolsillo para frotarse las manos. Al ver la mancha de tomate que había quedado en él sintió una extraña emoción. Había experimentado la misma reacción cuando había tocado la mejilla de Brandy. En dos ocasiones.

No tenía idea de a qué venía aquello ni de qué significaba en el plan general de las cosas del mundo. Aclararse con las emociones era realmente complicado. Era mucho más fácil negarlas.

—Creo que ya está —dijo. Un esquivo aroma lo hizo respirar profundamente.

Canela. Le recordó a algo pero, antes de que pudiera averiguar de qué se trataba, Brandy suspiró de alivio. La autocomplacencia era peligrosa, de manera que añadió

—: Al menos de momento.

—¿Le importa si pregunto qué clase de magia ha hecho que mi destartalado coche resucite?

Trick no pudo evitar admirar los delicados rasgos del rostro de Brandy y la evidente franqueza de su expresión.

Un hombre siempre sabría a qué atenerse con ella.

—No ha hecho falta ninguna magia. Los cables de la batería estaban flojos. Sólo he tenido que asegurarlos un poco.

Brandy sonrió y él se fijó en el hoyuelo que apareció en el lado izquierdo de su boca. A diferencia de otras mujeres bonitas, parecía inconsciente de su atractivo.

—¿Los cables estaban flojos? —Brandy frunció el ceño—. ¿Y cómo ha podido suceder eso?

—No lo sé. Puede esperarse cualquier cosa de un coche viejo.

En el asiento trasero, Chloe se cubrió la boca con la mano y rió.

—Puede que se hayan desconectado mientras circulaba por esa carretera llena de baches en que nos hemos encontrado —sugirió Brandy.

—Es posible. Pero los coches viejos son un desastre esperando a suceder.

Debería haber…

—Lo sé. Debería haber hecho revisar el motor. También debería haber cambiado los discos de freno, el tuvo de escape, las ruedas…

—Eso sería un comienzo —concedió Trick—, al menos si no le importa tirar el dinero.

—Soy consciente de las deficiencias de mi coche. Pero lo cierto es que he estado un poco apretada económicamente desde que nos hemos trasladado.

—¿Ha llegado hace poco a Odessa?

—Hace un mes que hemos venido.

—¿Hemos? —sin pensar, Trick miró la mano que Brandy tenía apoyada en el volante. No llevaba anillo de casada.

—Chloe y yo —dijo ella—. Estoy divorciada.

—Ah —Trick se preguntó por qué se alegraba de saber que no estaba casada. Su estado civil era irrelevante. A pesar de la intensa reacción física que había experimentado cada vez que la había tocado, Brandy Mitchum no era la clase de mujer con la que se relacionaba. Conocía a las mujeres y aquélla esperaría mucho de un hombre. Por ejemplo que se comprometiera.

Su total falta de coqueteo resultaba intrigante, pero sólo un loco aceptaría ese reto. Y él no había llegado a donde estaba así como así. Había logrado llegar soltero hasta los treinta y siete años a base de no relacionarse con mujeres que querían más de lo que les podía ofrecer.

Que era realmente poco.

¿Pero a quién le importaba?

Había conocido y huido de mujeres como Brandy antes. Necesitaban demasiado. El cable de la batería hoy y mañana el goteo de los grifos. Eran especialistas en atraer a los hombres hacia el agujero negro de la domesticidad. Él invertía todo su tiempo y energía en su exigente trabajo. Aunque, ¿a quién trataba de engañar? Controlar los fuegos de los pozos de petróleo era más una vocación que un trabajo. Había modos más fáciles de ganarse la vida. Y más seguros, desde luego.

—¿Tiene familia aquí? —preguntó, aunque no sabía por qué estaba prolongando la situación. Debería entrar en su todoterreno y alejarse de allí lo antes posible.

—No. Sólo somos nosotras dos.

—Mi papá es sheriff —dijo Chloe desde el asiento trasero—. Tiene insignia y todo.

—¿No me digas?

La niña era otra complicación. Como sus madres, los niños siempre necesitaban algo. Tiempo, atención, cuidados. Él no estaba hecho para aquello. La libertad era su bien más preciado. Nada de lazos ni ataduras. Una familia sólo supondría un freno para su vida.

«¿Acaso quieres morir solo?», preguntó una vocecita interior. «¿Sin haber llegado a conocer el verdadero amor?»

Trick hizo caso omiso de la vocecita. Le gustaba cómo era su vida. No necesitaba el lastre de la estabilidad y el amor.

—Sí, su papá es sheriff —dijo Brandy—. Debidamente elegido por

los ciudadanos de Slapdown, Texas.

A Trick le costaba relacionarse con seres tan pequeños y tan listos como aquella niña. No entendía a los niños mejor que cuando él era uno de ellos, hijo único porque sus padres habían temido soltar otra intrépida dinamo en el mundo.

—¿Qué? —Brandy frunció el ceño—. Me está mirando con expresión rara.

¿Tengo alguna otra cosa en la cara?

—No. Lo siento. Sé que sólo nos hemos conocido hoy, pero hay algo en usted que me resulta…

—¿Familiar?

—Mucho.

—Qué extraño. A mí me sucede lo mismo. Seguro que nos hemos visto por ahí sin darnos cuenta.

—Eso debe de ser.

—¿Mamá? ¿Puede venir Trick a nuestra casa?

—No, cariño. Se está haciendo tarde y estoy segura de que tienes otras cosas que hacer.

—¿Y mañana? ¿Por qué no viene a comer con nosotras?

—No.

—¿Y puede venir a visitarnos?

—No creo.

—Quiero enseñarle mi libro de princesas.

Trick se inclinó para mirar a Chloe por la ventanilla.

—Lo siento, pequeña. Tengo que trabajar.

—Apagando fuegos.

Trick no pudo evitar admirarse ante la perspicacia de la niña. Tan sólo había mencionado lo de los fuegos de pasada.

—Eso es, apagando fuegos. Fuegos en pozos de petróleo.

—¿Aún sigues asesinando dragones, Trick?

Trick dio un involuntario paso atrás.

—¿Qué? —la inocente pregunta de la niña hizo que se le erizara el vello de nuca. ¿Quiénes eran aquellas personas? Estar con ellas era una experiencia normal y extraordinaria al mismo tiempo.

«¿Aún sigues asesinando dragones, Trick?» Había escuchado aquellas palabras antes, pero no recordaba dónde.

—Sé que se te da bien adivinar, Chloe, pero ¿de dónde has sacado eso?

—De mi libro de cuentos de princesas. El príncipe guapo siempre vence al dragón.

—Comprendo —Trick respiró aliviado. Obviamente, la pequeña Chloe no era la única con una gran imaginación.

—¿Qué quiere decir «asesinando»? —preguntó Chloe.

Antes de que Trick pudiera responder, Brandy se volvió hacia su

hija.

—Asesinar quiere decir divertir, cariño, o matar de risa.

—Oh —Chloe frunció el ceño—. ¿Los príncipes hacen reír a los dragones?

—Sí.

—Pero eso no tiene sentido —dijo la niña, pensativa.

—Gracias, señor Templeton —el tono de Brandy hizo comprender a Trick que la conversación había terminado. Como buena madre, no quería que su hija tuviera pesadillas sobre criaturas míticas atravesadas por espadas de príncipes—. Agradezco que me haya reparado el coche, pero ya es tarde y tengo que acostar a Chloe.

Aquella inocente frase no debería haber hecho que la mente de Trick se llenara de imágenes de sí mismo llevándola a ella a su cama. Pero así fue.

—Seguirá teniendo problemas mecánicos. Siga mi consejo y cambie ese montón de chatarra por algo más fiable.

—De acuerdo. Añadiré «coche nuevo» a mi lista —dijo Brandy en tono irónico

—. Buenas noches, señor Templeton.

—Llámame Trick.

Brandy negó con la cabeza.

—No sería ético que tuteara a alguien demandado por mi jefe.

—Comprendo —Trick había estado tan distraído por el encantador hoyuelo de aquella mujer y por su hija que casi había olvidado que trabajaba para el bufete que lo había demandado en nombre del cretino de Harry Peet. Otro motivo para no relacionarse con ella.

Había mucho en juego en aquella demanda y ella era el enemigo. No podían fraternizar. Ni siquiera deberían estar hablando.

—Buenas noches, señorita Mitchum —mientras se alejaba, murmuró—: Nos veremos en los juzgados.

—¿No te parece agradable Trick, mamá? —preguntó Chloe tras meterse en la cama.

—Supongo que sí —contestó Brandy, aunque ella no habría utilizado precisamente la palabra «agradable» para describir a Trick Templeton.

—¿Puedo leer un cuento?

—Esta noche no, cariño. Da un beso a mamá y duérmete.

Chloe la besó y luego lanzó otro beso al aire.

—¿Y eso? —preguntó Brandy.

—También tenía que besar a Celestian.

—Oh, claro. Imagino que es divertido tener un amigo invisible.

—Casi todo el tiempo.

—Pero supongo que te das cuenta de que no es real.

—Pero Celestian sí es real, mamá.

—Seguro que aquí sí —dijo Brandy a la vez que apoyaba un dedo en la cabeza de su hija—. Celestian sólo vive en tu imaginación.

—No. Está aquí mismo —Chloe señaló un rincón de la habitación —. Está sentado en el baúl de los juguetes. Está contento porque Trick ha venido esta noche.

Me había dicho que vendría, pero yo no estaba segura.

Brandy frunció el ceño. Había sido un largo día, lleno de encuentros extraños.

Estaba demasiado cansada como para enfrentarse a aquel problema. Además, ¿qué daño había en permitir que Chloe mantuviera un poco más su inocente fantasía?

Eran sus propias fantasías las que deberían preocuparla.

Suspiró y besó de nuevo a su hija.

—Buenas noches, cariño —dijo mientras se levantaba.

—¿No vas a dar las buenas noches a Celestian?

—Buenas noches, Celestian.

—Te ha contestado «ve con Dios». ¿No es gracioso su modo de hablar?

—Muy gracioso.

—Celestian dice que hoy lo hemos hecho bien. ¿Tú crees que lo hemos hecho bien, mamá?

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que lo hemos hecho bien con Trick?

—No lo sé —Brandy sintió un cosquilleo por todo el cuerpo al recordar las sensaciones que había despertado en ella el mero roce de la mano de aquel hombre en la mejilla. Agitó la cabeza para apartar el recuerdo—. Que duermas bien, tesoro.

Ya falta poco para que llegue mañana.

Afortunadamente al día siguiente era viernes. Necesitaba el fin de semana para recuperarse.

—No olvides poner el despertador —dijo Chloe antes de cerrar los ojos.

—No lo olvidaré.

Brandy dejó la puerta del dormitorio entreabierta. Cada vez que se sentía desanimada y sin fuerzas para seguir adelante sólo tenía que mirar a su hija para recuperarse. Su hija era su recompensa por tratar de hacer las cosas bien. Chloe era su razón de vivir. Las cosas no estaban siendo fáciles, pero mejorarían.

Si seguía haciendo bien su trabajo, Futterman tendría que subirle el sueldo y tal vez podría empezar a ahorrar algo. El camino hacia la independencia era largo, pero sentía que la seguridad que había anhelado toda su vida estaba al alcance de su mano.

Una vez acostada trató de leer un poco, pero no logró concentrase. Su mente insistía en hacerle recordar cada detalle de su encuentro con

Trick Templeton. Seguía viéndolo aunque cerrara los ojos.

¿Por qué la perseguía su recuerdo?

Le había dicho que tenía la sensación de conocerla de antes. Enterró la cabeza bajo la almohada pero aún podía escuchar su voz.

¿Por qué sonaba como el eco de un sueño?

A la mañana siguiente, Trick fue temprano al centro para ocuparse de la ridícula demanda que le habían puesto. No había nada que lo molestara más que perder el tiempo de aquel modo. Ya tenía suficientes problemas en el trabajo como para encima tener que aguantar aquello. La oficina de Hotspur se había visto inmersa en el caos desde que Wylodene Talbott había abandonado el barco dos semanas antes. Ace se ocupaba de las llamadas y de tomar los mensajes, pero el viejo pelón no sabía nada de contabilidad.

Wylodene había sido un seguro para Hotspur desde que podía recordar. Con ella nunca había tenido que preocuparse por la faceta administrativa del negocio.

Pero Wylodene había conocido a un envejecido donjuán en un baile y lo siguiente que había sabido Trick era que se había ido a Las Vegas a casarse. ¿Quién habría podido pensar que a sus sesenta años Wylodene aún albergaba tanto romanticismo en su interior?

Romanticismo. ¡Puaj!

Y Trick no sólo tenía problemas profesionales a los que enfrentarse, sino que también tenía un problema personal. Normalmente no tenía problemas personales porque vivía su vida de un modo que los excluía. De manera que, ¿por qué estaba perdiendo el sueño y la concentración a causa de Brandy Mitchum? Aunque trabajara para el abogado que lo había denunciado, lo más probable era que no volviera a verla excepto en los tribunales.

Acababa de incorporarse al tráfico de una de las principales calles de la ciudad cuando se fijó en que iba tras un baqueteado Ford color púrpura. No podía haber dos coches como aquél en la ciudad.

Las coincidencias empezaban a ser exageradas. No pudo apartar la mirada de la trenza de la conductora. Era Brandy. Había pasado una noche inquieta tratando de no pensar en ella y allí estaba. De nuevo. Unos segundos después el Ford giró a la izquierda y Trick siguió su camino a pesar de que sintió la tentación de seguir a Brandy para volver a ver aquel hoyuelo en su mejilla.

Camino del centro hizo una parada para ver a su abogado. Y no le gustó lo que Charles Thorson tenía que decirle.

—¡Ni hablar! No pienso ceder.

—Como tu amigo y asesor legal, te aconsejo que llegues a un acuerdo fuera de los juzgados.

—¿Por qué? Harry Peet carece de evidencias contra mi empresa.

—Nunca se sabe cómo va a reaccionar un jurado. Si se apiadan de

Harry Peet o lo ven desamparado, podrían dar un veredicto en su favor a pesar de la falta de evidencia.

—Eso es injusto.

—Lo sé. Pero me pagas una considerable cantidad de dinero para que te dé el mejor consejo posible, y creo sinceramente que lo mejor que puedes hacer es llegar a un acuerdo.

—No pienso pagar noventa mil dólares a Harry Peet. Ni todas sus vacas y su granja juntas valen eso.

—Aceptará menos.

—No puedo creer que alegue que ha perdido ingresos por nuestra culpa. No tengo tiempo que perder con tonterías —Trick golpeó el puño con la mesa, exasperado —¿Cree que el ruido de mi equipo anti incendios alteró a sus vacas?

Dame diez minutos con él a solas y le enseñaré lo que es quedar realmente alterado.

—Tranquilízate —dijo Charles.

—¿Tranquilizarme? ¿Vuelvo de una reunión en Washington con el Departamento de Defensa para presentar un plan de emergencia para luchar contra el fuego de los pozos petrolíferos de Oriente Medio y me abofetean con una citación porque un pirado dice que estoy acosando a sus malditas vacas? ¡Vacas! No me conoces bien si piensas que voy a aceptar esto así como así.

—Según la demanda de Futterman, la calidad de la leche Milk of Human Kindness depende del bienestar de las vacas.

—Supongo que estabas bromeando cuando has dicho que Harry Peet les pone música de Chopin a las vacas.

—No. Es cierto. Dice que la música reduce el estrés de los animales y que el ruido causado por tu equipo ha alterado a sus vacas y la producción se ha estropeado.

Trick trató de controlarse.

—No pienso pagar.

—A la larga te saldrá más barato hacerlo. Te recomiendo que eches un hueso al demandante y te concentres en cosas más importantes, como por ejemplo en salvar pozos de petróleo para que la gasolina deje de subir. ¿Has ido últimamente a alguna gasolinera?

Trick permaneció un momento en silencio y de pronto sonrió de oreja a oreja.

—Sí, y también lo habrán hecho los miembros del jurado. Estamos en el corazón de la producción de petróleo del país. Odessa es uno de los principales centros del mundo de tecnología de extracción de petróleo.

—¿Y?

—No te das cuenta. ¿Cómo va a encontrar Futterman aquí doce personas que no tengan nada que ver con el negocio del petróleo?

Charles asintió lentamente.

—Creo que entiendo adonde quieres ir a parar.

—Puede que Peet tuviera éxito en California con Chopin y sus vacas, pero no aquí. En Texas preferimos a los vaqueros con sus botas que a los hippies de mediana edad con coleta.

Chales palmeó la espalda de Trick.

—No puede decirse que ese comentario sea políticamente correcto, pero creo que acabas de definir el camino que va a seguir nuestra defensa.

—Entonces, ¿seguimos adelante?

Charles sonrió traviesamente.

—Claro que seguimos. Va a llevar tiempo y será costoso, pero si ganamos, ellos tendrán que pagar los gastos.

—Les estará bien empleado por querer obtener ganancias sin dar golpe.

Trick se sintió más relajado. Había seguido el consejo de Brandy y había llamado al despacho de Futterman para pedir una cita. La secretaria le había dicho que su jefe estaba muy ocupado y que sólo hablaría con los representantes legales de Hotspur. Lo sentía por él. El picapleitos debería haber aceptado verlo, porque ahora lo esperaba una buena.

—Creo que me voy a divertir más que en mucho tiempo —dijo Charles, satisfecho—. Lo cierto es que estoy deseando darle una buena lección a Futterman en los juzgados. Y he de reconocer que lograrlo ayudará a mi reputación. Si no fueran las nueve de la mañana te invitaría a brindar con un brandy.

—¿Brandy? —Trick estuvo a punto de saltar del asiento—. ¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó, alarmado. Aquella mujer parecía haberse alojado en su cerebro, llenando su mente de las ideas más extrañas.

Charles miró a su amigo y cliente con el ceño fruncido.

—Ya sabes, un brindis —dijo mientras alzaba la mano como si tuviera una copa en ella.

—Ah, un brindis. No es necesario —Trick ignoró la tensión que había llevado sus nervios a la zona roja. La imaginación desbocada era tan peligrosa como una chispa perdida—. La idea de ganar ya resulta suficientemente intoxicante.

—Entonces, ¿no te asusta seguir adelante?

—¿Asustarme? Lucho contra fuegos increíbles para ganarme la vida. ¿Crees que un tipejo como Fenton Futterman iba a asustarme? —aunque su procuradora si lo hiciera. Al menos un poco.

—Sé que nada te asusta, amigo. ¿Listo para la batalla?

Trick entrecerró los ojos.

—Que empiece el juego.

Capítulo 4

El viernes, Brandy se esforzó para terminar con su trabajo cuanto antes y a las cinco y cuarto estaba lista para irse. Acababa de terminar de recoger su escritorio cuando Futterman entró en su oficina como un vendaval.

—Quiero que sepa que hoy he quedado como un tonto ante el juez Klingman —

espetó sin preámbulos—. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Brandy no supo qué responder, aunque le habría encantado decirle que realmente tenía un aspecto ridículo con su traje de mafioso y sus botas vaqueras de piel de serpiente.

—Lo siento, señor —dijo, a la espera de más información.

—Debería sentirlo. Klingman no estaba precisamente divertido. Ni yo. ¿Cómo espera que consiga que un juez firme esto? —Futterman dejó sobre el escritorio el documento que Brandy había impreso la tarde anterior—. Exijo una explicación.

Brandy tomó los papeles y les echó un vistazo. Frunció el ceño, alarmada. Las primeras páginas estaban bien, pero el resto consistía en una serie de palabras y signos sin sentido.

—No entiendo…

—Es un galimatías. ¿No le enseñaron en el lugar en que estudió a revisar los documentos antes de entregarlos?

—Por supuesto. El documento estaba bien cuando lo revisé anoche. Hice dos copias —Brandy fue al armario archivado y sacó la copia que había en él. Estaba perfecta—. Mire.

Futterman le echó un vistazo y la arrojó despectivamente sobre la mesa.

—¿Por qué no me dio ésta? No me gusta que me hagan quedar como un incompetente.

—No tengo idea de qué pudo pasar —dijo Brandy, aunque, pensándolo bien, en realidad sí la tenía. Había estado preocupada por el nuevo amigo imaginario de Chloe y la llegada de Trick Templeton la había distraído aún más. Probablemente se había precipitado en lo que estaba haciendo en su afán por librarse de él. Y había cometido un error en su trabajo.

Para colmo, aquella noche había tenido otro sueño inquietante. Su visitante de medianoche se estaba volviendo más y más lanzado. Un sueño plagado de jugueteos previos no era precisamente ideal para descansar. Había llegado al trabajo aquella mañana cansada y aturdida y no había echado un vistazo a la copia que había dejado en el escritorio de Futterman. El enfado de su jefe hizo que se encogiera el estómago.

La iracunda mirada de Futterman se detuvo en la caja de la comida

de Chloe que Brandy tenía sobre su escritorio. La tomó como si fuera la evidencia principal en un juicio.

—¿Trajo a su hija ayer a la oficina, señorita Mitchum?

—Sí, señor, pero…

—¿No he dejado ya bien claro lo que opino al respecto?

—Sí, señor, pero…

—¡Pero nada! Creía que ya había quedado claro. En este bufete no se puede mezclar la vida personal con el trabajo.

—En realidad la cosa fue al revés. Yo ya iba camino de casa con mi hija cuando usted llamó. Era tarde. No estábamos en horas de trabajo.

—En esta oficina todas las horas son de trabajo. Si quiere trabajar para mí debe estar disponible a cualquier hora. ¿Por qué le pago? ¿Qué es más importante? ¿Su trabajo o su vida personal?

Brandy se enfrentó con calma a la mirada de su jefe. Había cometido un error y estaba dispuesta a asumir las consecuencias.

—Lamento haberle causado ese inconveniente, señor Futterman. Siento no haber revisado la copia que le dejé. Pero no pienso disculparme por cuidar de mi hija. En todo caso, debería lamentar haber permitido que el trabajo me distrajera de mis obligaciones familiares. No quiero poner excusas, pero esto no habría sucedido si el señor Trick Templeton no hubiera venido…

Futterman pareció sorprendido.

—¿Templeton? ¿Patrick Templeton estuvo aquí anoche?

—Sí. Vino para hablar con usted…

—Eso aclara las cosas. ¿Qué le dijo usted, señorita Mitchum? —preguntó Futterman, pálido—. ¿Lo animó a enfrentarse a la demanda de Harry Peet contra Hotspur?

—¡Claro que no! Seguí un curso de ética en la escuela en que estudié para procuradora. No aconsejo a los demandados. Me limité a aconsejar al señor Templeton que llamara hoy para pedir una cita si quería hablar con usted.

—Debió decir o hacer algo más. Le dio alguna idea. Lo fastidió de algún modo…

—¿Por qué dice eso?

—Porque ahora se niega a llegar a un acuerdo.

—¿Qué? —Brandy no se sintió realmente sorprendida. Templeton no parecía un hombre que se rindiera así como así.

—Ya me ha escuchado. Su abogado ha llamado hace diez minutos y ha dicho que estaban dispuestos a seguir adelante con el juicio.

Brandy comprendió de inmediato las implicaciones de aquello. A menos que el caso se resolviera a través de un acuerdo previo, acabaría resolviéndose en un juicio, algo que no convenía a Futterman, especialista en llegar a acuerdos previos.

Era lógico que estuviera preocupado. Tal vez incluso nervioso.

Necesitaba todo el dinero que pudiera ingresar para mantener su lujoso nivel de vida. Si Templeton no se avenía a sus peticiones, el caso iría a juicio, algo que no le convenía. Trató de que su expresión no revelara la traidora dirección de sus pensamientos.

Finalmente parecía que Fenton Futterman había encontrado la horma de su zapato.

—Si el caso del señor Peet es tan firme como usted dice, no veo por qué debería haber problemas.

—¡Claro que hay problemas! Y los hay por su culpa.

—Acepto la responsabilidad por lo de los documentos. Debería haber comprobado que estaban bien. Pero no he tenido nada que ver con la decisión de Templeton.

—Nunca debí contratarla —murmuró Futterman—. ¿Por qué no me dijo que su marido ganó a mi hijo en las elecciones para sheriff hace un par de años?

—No lo hice porque Joe Mitchum ya no es mi marido y no lo era en el momento de las elecciones. No pensé que mi vida personal fuera relevante.

—Obviamente lo es. Éste no es un trabajo adecuado para una madre soltera.

Brandy contó hasta cinco antes de responder.

—Ese comentario raya la discriminación, señor.

—¡Y el suyo está fuera de lugar, señorita!

Brandy miró su reloj. Eran las seis menos cuarto y tenía que ir a por Chloe.

Recogió sus cosas.

—Lo siento, señor Futterman. Prometo que no volverá a pasar nada parecido.

Ahora tengo que irme.

—Váyase, váyase —Futterman se encaminó hacia la puerta, pero se volvió antes de salir—. De hecho, tómese todo el tiempo que necesite. Ya que sus obligaciones familiares le impiden centrarse adecuadamente en su trabajo, tal vez debería buscar un trabajo menos exigente.

—¿Disculpe?

—Esto no está funcionando.

—¿A qué se refiere?

—¿Tengo que deletreárselo? Haré que el contable le dé su cheque y dos semanas de indemnización por cese. Está despedida, señorita Mitchum.

Aquella noche, Brandy esperó a que Chloe estuviera dormir para desahogarse llorando. Lloró hasta sumergirse en un sueño que parecía más real que los increíbles acontecimientos del día. Su visitante de medianoche había permanecido sentado a su lado, en silencio, sin

tocarla. Sus visitas anteriores habían sido claramente sensuales, pero no aquélla. De algún modo, sin necesidad de palabras, le había hecho saber que no debía culparse por haber perdido el trabajo, que pronto encontraría otro mejor.

El lunes por la mañana, Brandy ya se había recuperado y estaba dispuesta a seguir adelante. En lugar de quedarse en casa lamentando su suerte, se acercó a la agencia de empleo más cercana en cuanto dejó a Chloe en el colegio. La sonrisa de su hija fue todo el impulso que necesitó para ponerse en marcha. El desempleo no era el fin del mundo.

Desafortunadamente, y a pesar de que el señor Johnson, el hombre que la atendió, fue muy amable y se esforzó por todos los medios por encontrar un puesto que se adaptara a las necesidades horarias de Brandy, no había ningún empleo disponible en aquellos momentos.

—De todos modos voy a dejar sus datos en el ordenador, señorita Mitchum.

Esperemos que surja algo pronto.

Brandy pensó mientras se levantaba que lo que necesitaba era un milagro. Tan sólo la providencia divina podía salvarla en aquellos momentos, de manera que lanzó un silencioso ruego a lo alto. Si no encontraba un trabajo pronto iba a tener que renunciar a sus metas y volver con sus padres, lo que implicaría desarraigar de nuevo a Chloe.

La vida era dura, pero buscarse la vida lo era aún más.

Estaba a punto de salir del despacho cuando notó de nuevo aquel extraño olor a canela. Antes de que pudiera determinar de dónde procedía, la luz se fue repentinamente.

El señor Johnson gimió.

—¿Y ahora qué? Espero que no vaya a haber tormenta.

—No creo. El cielo estaba totalmente despejado cuando he entrado —Brandy tanteó la puerta hasta encontrar el pomo y la abrió. Al hacerlo, la luz del pasillo invadió el despacho. Al final del pasillo se veía que la luz de la entrada también estaba encendida.

—¿Qué pasará? —dijo Johnson, extrañado.

—No lo sé, pero el fallo parece limitado a este despacho.

Johnson rió.

—Sería una buena excusa para irme hoy a casa temprano.

Antes de que Brandy pudiera responder, la luz volvió.

Johnson se quedó mirando la pantalla de su ordenador con expresión de sorpresa.

—No se vaya, señorita Mitchum. Venga y siéntese.

—¿Qué sucede?

—El ordenador no se ha encendido como suele hacerlo habitualmente tras un apagón. El monitor se ha encendido con una pantalla distinta. Es lo más raro que he visto nunca. En la lista aparece

un trabajo que no estaba antes.

Brandy sintió un estremecimiento. No sabía que las oraciones pudieran obtener una respuesta tan rápida. ¿Podría ser aquél el milagro que había solicitado? Un milagro con olor a canela.

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó mientras se sentaba.

—Se necesita gerente para trabajar en puesto exigente —leyó el señor Johnson en alto—. Debe ser capaz de mantener la calma en medio de la tormenta y tiene que poder empezar de inmediato. Es imprescindible que posea capacidad organizativa y un manejo excelente de los ordenadores. Cuarenta horas a la semana en un turno de ocho a cinco. Seguro médico familiar y dental cubierto. Vacaciones y bajas por enfermedad pagadas. Cuarenta mil dólares al año con posibilidades de incremento.

El señor Johnson apartó la mirada del ordenador y sonrió.

—Parece una oferta llovida del cielo, ¿no le parece, señorita Mitchum?

—Desde luego. ¿Cuál es el truco? ¿Tengo que trasladarme a Groenlandia?

—No. Es local.

Cuando el señor Johnson le dio las señas, Brandy estuvo a punto de atragantarse.

—Eso está a tres bloques de mi casa.

—El puesto parece hecho para usted. Demasiado bueno para ser cierto —

Johnson imprimió la información para dársela—. Llamaría para concertarle una entrevista, pero aquí dice que no hace falta cita previa. Tal vez convendría que fuera lo antes posible para que no le quiten el puesto.

Brandy leyó el nombre de la empresa y en aquella ocasión sí se atragantó. El trabajo enviado por el cielo no era demasiado bueno para ser cierto.

Era demasiado extraño para ser real.

Un estremecimiento de anticipación la recorrió. Aquello tenía que ser una señal.

La empresa que ofrecía el puesto era Hotspur Well Control.

—¿Dónde diablos está el contrato Sandco? —Trick contempló con desagrado el desorden que reinaba en la oficina. ¿Cómo podían haberse liado tanto las cosas en tan poco tiempo?

—No lo sé, jefe. Yo estoy a cargo de hacer el café y de responder al teléfono, no de tener al día los archivos —el canoso Ace Munro entregó una taza de su peligroso mejunje a Trick—. Toma, bebe un poco antes de que te dé un ataque.

Trick aceptó la taza con una sonrisa. El viejo Ace ya había sido la mano derecha de su padre en otra época, pero se negaba a retirarse.

Desde que Wylodene los había dejado, Ace se había encargado de lo que había podido, pero no sabía nada de ordenadores y no podía decirse que fuera especialmente ordenado.

—¿Cómo fue capaz Wylo de irse y dejarnos con este lío? —se lamentó Trick.

—Oh, no lo sé. Tal vez le resultó más atractiva la perspectiva de pasar sus años dorados junto a un hombre que la va a tratar como a una reina que soportando la lata que le dábamos nosotros. Me temo que no va a quedar más remedio que reemplazarla cuanto antes.

—¿Reemplazarla? ¿Cómo vamos a reemplazar a alguien que prácticamente ha inventado el trabajo? Papá contrató a Wylo cuando empezó el negocio. No puedo creer que me haya abandonado así como así.

—Wylo era la gerente del despacho, no tu madre —gruñó Ace—. Supéralo, muchacho.

—Puede que vuelva cuando termine su luna de miel.

Ace rió.

—Se nota que no sabes mucho de romance. Ahora es una mujer felizmente casada, con un marido que la aprecia. ¿Volver? Olvídalo.

—Maldito amor —murmuró Trick.

Ace sonrió, mostrando la nueva dentadura que le había costado un mes de trabajo.

—Ésa es la actitud de un hombre que nunca ha experimentado lo auténtico.

Trick no tenía tiempo para hablar de su vida privada.

—¿Qué vamos a hacer? La contabilidad se está retrasando. Las facturas se están apilando —tomó un sorbo de su café—. ¡Y éste es el peor café que he probado en mi vida!

—Pues déjalo si no lo quieres. ¿Por qué tienes que estar siempre tan irritable?

—No estoy siempre irritable.

—Casi siempre. De lo contrario habrías prestado más atención a Wylo y habrías previsto su marcha.

—Podría haberme advertido.

—Lo hizo, pero estabas demasiado ocupado e irritado como para fijarte.

Las mujeres y su comportamiento siempre serían un misterio para Trick.

—¿Cómo voy a sustituirla?

Ace se encogió de hombros.

—Seguro que en el estado de Texas aún hay alguien que no se ha enterado de lo duro que es trabajar para ti.

Cuando Ace se fue, Trick siguió buscando el contrato Sandco. Finalmente lo encontró en la «X» en lugar de en la «S». Acababa de

volver a su despacho cuando Ace se asomó al interior.

—¡Aleluya, jefe! Creo que nuestros ruegos han sido escuchados.

Trick se puso en pie, esperanzado.

—¿Ha vuelto Wylodene?

—No. Pero hay una dama en la entrada que está aquí para solicitar el puesto.

¿Por qué no me habías dicho que te habías puesto en contacto con una agencia de empleo?

—Porque no lo he hecho.

—La mujer dice que ha sido enviada por Rash Personnel. Creo que deberías hablar con ella. Me da la impresión de que se le daría bien el trabajo.

Dada la cantidad de preocupaciones que tenía Trick, no se sorprendió demasiado por la misteriosa llegada de la solicitante del puesto. Últimamente estaban pasando muchas cosas extrañas, de manera que, ¿qué más daba una más?

—Perfecto. Hazla pasar.

Un momento después se abría la puerta para dar paso a la solicitante.

Entonces fue cuando Trick se sorprendió realmente.

Capítulo 5

Trick no se habría sentido más sorprendido si su visitante hubiera sido el mismísimo Elvis, pero logró ocultar su reacción poniendo cara de póquer. La inesperada aparición de Brandy Mitchum en su despacho tenía una especie de extraña lógica. Era como encajar una pieza en un rompecabezas parcialmente terminado sin ver el conjunto. Fuera la fortuna o el destino, el caso era que sus caminos se habían cruzado frecuentemente en los últimos días.

«Está aquí por algún motivo», pensó.

Y quería averiguar cuál era ese motivo. Brandy permaneció en el umbral de la puerta sujetando con firmeza un bolso grande contra su pecho. Sus grandes ojos marrones lo miraban con cautela y parecía dispuesta a marcharse en cualquier momento. Parecía un cervatillo enfrentado al rifle de un cazador. Trick se preguntó desde cuándo inspiraba miedo a las mujeres guapas.

Antes de que pudiera invitarla a pasar, las cortinas de la ventana se agitaron levemente y un claro aroma a canela invadió el aire. Aquello le recordó a las galletas que solía hacer su abuela. Volvió la mirada hacia la ventana. Estaba cerrada. El olor debía de proceder del aire acondicionado. No era una explicación muy convincente pero en aquellos momentos no tenía otra. Miró a Brandy y carraspeó.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Mitchum?

Brandy contempló el abarrotado despacho.

—Creo que es usted el que necesita ayuda, señor Templeton.

—¿A qué se refiere?

Brandy sonrió.

—A menos que haya pasado por aquí un ciclón del que no he oído hablar, creo que necesita alguien capaz de organizar todos esos montones de papeles.

—¿Y ha pensado en alguien?

—En mí.

—La otra noche no podía hablar conmigo. ¿Ayudarme no supondría violar su ética profesional?

—No, porque ya no trabajo para Futterman—Ulbright.

—¿Ha renunciado a su puesto? —preguntó Trick sin ocultar su sorpresa.

—No. Me han despedido.

—¿Qué ha pasado?

—Futterman se enfadó mucho porque un documento que le entregué parecía más un criptograma que otra cosa. En realidad no entiendo qué pasó, pero obviamente algo fue mal. La cuestión es que estoy sin empleo.

Trick miró un momento a Brandy con expresión pensativa.

—Siéntese, señorita Mitchum.

Brandy miró a su alrededor e hizo una mueca.

—¿Dónde?

—Creo que hay una silla debajo de esas carpetas —Trick rodeó el escritorio y fue a quitar las carpetas a la vez que lo hizo Brandy. El involuntario roce de sus manos bastó para que los latidos del corazón de Trick se intensificaran—. Pero no entiendo bien —añadió rápidamente mientras volvía a su asiento—. Esto no es un bufete de abogados.

—Lo sé —dijo Brandy mientras se sentaba en el borde de la silla.

—¿Ya no quiere trabajar de procuradora?

—Sí, pero en estos momentos no hay ningún puesto disponible en Odessa.

—¿Y está dispuesta a conformarse con menos?

Brandy permaneció un momento en silencio.

—Ser procuradora es un sueño. Con los sueños no se pagan las facturas, con los trabajos sí. Tengo otras habilidades —dijo a la vez que alzaba levemente la barbilla—.

Encajo con los requisitos para este trabajo.

—¿Y cómo sabe cuáles son los requisitos?

Brandy sacó de su bolso la hoja que le había dado el señor Johnson y se la entregó. Trick se sorprendió al ver el nombre de su empresa en la primera página.

—No sé cómo ha conseguido esto. Yo no me he puesto en contacto con ninguna agencia de empleo.

—Puede que lo hiciera algún otro empleado de la empresa —sugirió Brandy, esperanzada.

«Ace», pensó Trick. No había dejado de darle lata para que asumiera que Wydolene se había ido definitivamente. Normalmente iba directo al grano y ponía las cartas sobre la mesa, pero en aquella ocasión debía de haber decidido actuar en silencio.

—Tal vez —concedió—. ¿Quiere trabajar para mí, señorita Mitchum?

Brandy respiró profundamente.

—¿Puedo ser sincera?

—Creo que sería conveniente.

—De acuerdo. En realidad no quiero trabajar para usted. Lo cierto es que me pone nerviosa. Cada vez que estoy cerca de usted tengo la sensación de que… de que hay una bomba a punto de explotar.

—¿Una bomba?

—No literalmente, por supuesto. Pero tengo una niña que alimentar y deudas que pagar. Yo necesito un trabajo y usted necesita alguien que dirija la oficina, así que, ¿me quiere a su lado o no?

Brandy contuvo el aliento mientras esperaba una respuesta a su

audaz pregunta.

Trick pensó que sí la quería a su lado. Y más de lo que le habría gustado admitir.

—Usted es mi única posibilidad —admitió finalmente Brandy al ver que el silencio se prolongaba.

Trick no quería oír aquello. No quería ser la única posibilidad de nadie.

—No juega al póquer, ¿verdad, señorita Mitchum?

—No.

—Lo suponía. Si jugara, sabría que no debe enseñar sus cartas nada más empezar el juego.

Brandy se inclinó hacia delante y miró a Trick a los ojos.

—Me gustaría aclarar algo, señor Templeton. Esto no es un juego. Es mi vida.

La vida de mi hija —sacó otro papel de su bolso y lo dejó en el escritorio—. Éste es mi curriculum. Como verá, tengo experiencia de sobra. He trabajado desde los catorce años y trabajo duro.

Trick echó un vistazo al documento.

—También ha sido despedida en varias ocasiones —comentó, impresionado por la honestidad que revelaba el hecho de que Brandy incluyera los despidos en su curriculum. «Siempre sabrás a qué atenerte con ella», susurró una vocecita en su interior.

—Es cierto. He sido despedida. Porque mi prioridad es ocuparme de Chloe.

—No lo entiendo.

—¿Por qué iba a entenderlo? A fin de cuentas es un hombre. Ser padre no limita las opciones de un hombre. Ser madre casi siempre limita las de una mujer. Si elegimos centrarnos en nuestra profesión se nos tacha de malas madres. Si nos dedicamos a nuestros hijos se nos condena por no ser lo suficientemente ambiciosas.

Soy una buena madre y quiero a mi hija, pero eso no significa que no pueda hacer este trabajo.

Trick pensó en lo diferente que habría sido su vida si su madre hubiera poseído la mitad de la dedicación de Brandy. Si Liz Templeton hubiera hecho una prioridad de su único hijo, tal vez no la habría perdido tan pronto. Si se hubiera quedado en casa para cuidar de él en lugar de volar a Colombia, donde su marido trabajaba apagando el incendio de unos pozos petrolíferos, no habría estado en el avión de la empresa que cayó a la selva. Trick tenía diez años entonces.

Era lo suficientemente joven para necesitarla. Para echarla de menos. Lo suficientemente mayor como para endurecer su corazón contra la pérdida.

Once años después, Buck, su padre, murió en una explosión en Oriente Medio, dejándolo solo. Desde entonces Trick se ocupó de

dirigir Hotspur y su propia vida, solo y sin ayuda. Tal y como le gustaba.

—Entonces, ¿me va a dar una oportunidad o no? —preguntó Brandy.

Trick no necesitaba más información para saber que Brandy era ideal para el puesto, pero se sentía reacio a ofrecerle la oportunidad por temor a no poder resistir la tentación que suponía. ¿Sería capaz de verla a diario y tratarla con el respeto profesional que merecía? Tendría que renunciar a la atracción que sentía por ella.

Tendría que hacer lo correcto, fuera cual fuese la recompensa. Pero no estaba seguro de poseer tal integridad.

En el pasado había resultado fácil seguir siendo honorable en sus relaciones con las mujeres. No les hacía daño porque les decía de antemano con exactitud lo que esperaba de la relación y de ellas.

Pasar una buena noche juntos sin pensar en ningún mañana.

—¿Tengo que rogárselo, señor Templeton?

La pregunta de Brandy hizo salir a Trick de su ensimismamiento.

—No, claro que no. Es cierto que necesito alguien que dirija la oficina —explicó brevemente por qué se había ido Wylodene y cómo se habían deteriorado las cosas en el trabajo desde que se fue para seguir sus impulsos románticos.

—¿Y no lo avisó de cuáles eran sus intenciones?

El delicado tono de Brandy hizo comprender a Trick que ella nunca lo dejaría en la estacada así como así. Siempre sabría a qué atenerse con ella. ¡Maldición! ¿Era así como empezaba? ¿Acaso ya empezaba a depender de ella?

—Sí, supongo que dio señales bien claras, pero yo no quise creer que fuera a irse.

—Entiendo por qué se muestra reacio a contratarme.

—Lo dudo —Trick se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro del despacho. Quería ayudar a Brandy, pero temía hacerle daño. Y si había algo que Brandy Mitchum no necesitaba era una dosis añadida de dolor. Captó de nuevo aquel extraño olor a canela al pasar junto a ella. Aquella mujer era tan dulce que olía a galletas.

—Claro que lo entiendo. Ya ha perdido una empleada debido a un conflicto personal, de manera que entiendo que le cueste contratar a alguien con tantas responsabilidades.

—Eso no es…

—Deje que le explique algo. Llevo mucho tiempo por mi cuenta. Mi madre solía estar enferma a menudo mientras yo crecía. Aprendí a ser independiente incluso cuando estuve casada con el padre de Chloe, que no ayudada precisamente demasiado. El día que nació Chloe había trabajado mis ocho horas, fui al hospital sola y di a luz sin que mi marido hubiera aparecido por allí. Le aseguro que sé arreglármelas.

Brandy pareció contener la respiración mientras aguardaba la respuesta de Trick. ¿Y qué podía hacer él después de escuchar aquella desgarradora historia?

Apoyó una cadera contra el escritorio y habló con todo el entusiasmo que pudo, que no era demasiado.

—¿Le parece aceptable un salario de cuarenta mil dólares al año?

—Oh, sí —el alivio hizo que la expresión de Brandy se volviera radiante—.

¿Con seguro médico y revisiones regulares?

—Sí, claro. El trabajo es suyo… con algunas condiciones.

—Claro —Brandy dejó de sonreír mientras se preparaba para las malas noticias

—. Siempre hay condiciones.

—En primer lugar —dijo Trick con una calculada aspereza que no sentía—, quiero que desaparezca a diario del despacho no más tarde de las cinco y media.

—¿Qué?

La gratitud de la mirada de Brandy hizo que el corazón de Trick se encogiera.

—Ya me ha escuchado. Es la política de la empresa. Nada de horas extras. Nada de fines de semana. ¿Está claro?

—Sí, señor. Lo que usted diga.

—La otra condición es que siga buscando un puesto de procuradora en algún bufete. Si encuentra uno, tómelo. Simplemente tendrá que avisarme con una semana de tiempo y ocuparse de poner al tanto a su sustituta.

—¿Quiere decir que el empleo que me ofrece es sólo temporal? —dijo Brandy con cautela.

—Es tan permanente como usted quiera. Sólo me refería a que si encuentra un trabajo que le interese más lo acepte. Sin ataduras ni resentimiento.

Brandy se levantó del asiento y al hacerlo se le cayó el bolso. Ambos fueron a recogerlo al mismo tiempo. Sus manos se rozaron de nuevo y parecieron unirse como imanes al metal. Cuando sus miradas se encontraron, Trick supo que ella se sentía tan afectada como él por el contacto.

Brandy fue la primera en retirar la mano.

—Muchas gracias, señor Templeton —dijo mientras se colgaba el bolso del hombro—. Me está salvando la vida.

—No estoy muy seguro de quién está salvando a quién.

Al ver la sonrisa de Brandy, Trick pensó que era un auténtico placer hacer feliz a alguien. Tal vez debería intentarlo más a menudo.

—Gracias de todos modos. No se arrepentirá de su decisión.

Pero Trick ya empezaba a lamentar haber dejado entrar a aquella

mujer en su vida, aunque sólo hubiera sido en su oficina. Evidentemente, aquello sólo podría funcionar si mantenían una estricta relación de jefe—empleado. Tendría que comportarse como era debido. No podía ceder al anhelo que caldeaba su sangre cada vez que estaba cerca de aquella intrigante mujer.

Tenía la extraña y absurda sensación de que contratar a Brandy Mitchum no había sido una decisión exclusivamente suya. Pero aquello era ridículo. Él era su propio jefe. Hacía años que lo era. No había ninguna fuerza exterior impulsándolo a actuar. A pesar de todo, actuar siguiendo un impulso tenía su precio.

Y aquella situación estaba abocada al desastre.

¿En qué lío se estaba metiendo?

—Otra condición es que me tutees. Por aquí no nos gustan las formalidades.

¿Cuándo puedes empezar?

—¿Ahora mismo? —Brandy sonrió de nuevo, feliz, y Trick sintió que su corazón se encogía de nuevo al ver su falta de disimulo. Sería una jugadora de póquer malísima. Sería fácil de leer. Sería fácil aprovecharse de ella.

«Y no olvides que también sería fácil hacerle daño».

—Me parece perfecto —Trick se acercó a la puerta, consciente de que lo más probable era que Ace tuviera la oreja pegada a ella. Cuando la abrió, el viejo Ace estuvo a punto de caer al suelo.

—Podías avisar —gruñó—. No puedo permitirme un hueso roto a esta edad.

—Eso te pasa por espiar —Trick hizo las presentaciones—. La señorita Mitchum es la nueva encargada de la oficina. Enséñale cómo funciona todo.

—De acuerdo —Ace miró a Brandy y luego dedicó un guiño a su jefe—. Ha hecho lo correcto, jefe.

Trick no sabía si estarle agradecido por haber anunciado el puesto, o si reñirlo por haber tomado la decisión por su cuenta.

—Tenemos que hablar, Ace, pero lo dejaremos para más tarde. Ahora tengo que ir a los pozos.

—Adelante, jefe. Nosotros nos las arreglaremos perfectamente, ¿verdad, señorita Mitchum?

—Brandy. Tengo entendido que por aquí no se admites las formalidades.

—Desde luego que no.

Brandy se volvió de nuevo hacia Trick con expresión de gratitud.

—Gracias de nuevo por haberte arriesgado conmigo.

Trick sabía que estaba corriendo un riesgo. Un riesgo grande. Dejar que Brandy Mitchum entrara en su vida con su precoz hija, sus problemas y su valeroso sentido de la independencia era la apuesta

más fuerte que había hecho nunca. Estaba acostumbrado a arriesgar su cuello, no sus emociones. Alguien podía sufrir con todo aquello. Y ese alguien podía ser él.

Dio un paso atrás y carraspeó.

—Creo que no tienes idea de dónde te estás metiendo —dijo, más para sí mismo que para ella.

—Oh, creo que sí.

La radiante sonrisa de Brandy hizo que saltara una chispa, pero no tras la bragueta de Trick, donde habría estado a salvo, sino en su corazón. Y aquél era un fuego que no estaba seguro de poder apagar, pues ardía en un lugar en el que nunca había permitido que prendieran las llamas.

Brandy siguió a Ace por el pasillo. No podía creer su buena suerte, pero tampoco pensaba cuestionársela. Una hora antes estaba pensando en irse de Odessa para volver a casa, pero las cosas habían cambiado radicalmente. ¿Habría sido cosa del destino, o una mera coincidencia? La vida era una aventura llena de sorpresas, y lo que le estaba pasando parecía un cuento de hadas.

Durante los últimos días no había parado de encontrarse casualmente con Trick Templeton y de pronto era su empleada. Era fácil llegar a la conclusión de que sus destinos estaban de algún modo enlazados.

Cuando Ace la hizo entrar en la que iba a ser su oficina se sintió a gusto de inmediato. Las paredes color crema reflejaban la luz de la mañana que entraba por el amplio ventanal que había tras el escritorio. Una de las paredes estaba llena de armarios archivadores y en la opuesta había un montón de fotos que documentaban la historia de Hotspur.

—Ése es el armario de suministros —dijo Ace—, y a su lado está la puerta del baño.

En aquel momento sonó el teléfono y Ace fue a contestar. Brandy se excusó y fue al baño. La confianza que había tratado de mantener ante Trick se estaba evaporando rápidamente. Necesitaba recobrarse.

Como un gato que no hubiera utilizado todas sus vidas, había vuelto a aterrizar de pie. Pero todo lo sucedido había supuesto una auténtica conmoción. Se apoyó contra la puerta para tratar de relajarse. Miró su reloj. Todavía no eran las once de la mañana. Sin contar el fin de semana, había estado desempleada menos de tres horas.

Y había conseguido un buen trabajo, con un sueldo suficiente y seguros. Y cerca de casa.

Como había mencionado el señor Johnson en la agencia de empleo, aquel trabajo parecía haber caído del cielo. E iba a trabajar para un hombre que no quería saber nada de horas extras. Asombroso.

Pero en los últimos días habían sucedido muchas cosas asombrosas.

Todo lo que tenía que hacer era controlar la imposible atracción que sentía por su jefe. Pero eso sería fácil, porque aquel hombre la asustaba. Sin embargo se sentía atraída por él como una mariposa por la luz.

Había estado demasiado preocupada por la pérdida de su trabajo como para pararse a pensar en las extrañas coincidencias cósmicas que habían llevado de nuevo sus pasos hacia él. Y tampoco tenía tiempo para pensar en ellas en aquellos momentos. Tras retocarse rápidamente el pelo y el maquillaje, salió a reunirse de nuevo con Ace.

Pero, por lo visto, al viejo bombero no se le pasaba nada por alto.

—No es tan malo.

—¿Quién?

—Trick. Perro ladrador poco mordedor. No hay nada que temer de él.

—Trataré de recordarlo.

Antes de irse, Ace enseñó a Brandy a manejar la centralita. Una vez a solas, Brandy se dedicó a revisar los archivos y los cajones del escritorio para hacerse una idea de dónde estaba todo.

«No hay nada que temer de él», las palabras de Ace resonaron en su mente en varias ocasiones. Pero lo cierto era que tenía muchos motivos para temerlo. Trick era demasiado atractivo, demasiado mandón, demasiado intenso, y estaba demasiado acostumbrado a conseguir lo que quería.

Afortunadamente era su jefe. Y aunque no lo fuera, no era tan tonta como para implicarse en una relación con él. Tras su desastroso matrimonio lo único que quería era tranquilidad. Lo último que necesitaba en su vida era un nómada mundano sin ataduras. Trick era el polo opuesto a la clase de hombre tranquilo y agradable que ella visualizaba para su futuro.

Aunque el mero contacto con él la hacía sentirse rodeada de magia.

Pero todo el mundo sabía que la magia no era real. Ni los sueños o los hombres que los poblaban. No podía permitirse arriesgar su futuro y el de Chloe por una mera ilusión sexy.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Brandy llevó a Chloe al colegio como de costumbre. Su visitante nocturno no se había presentado aquella noche, algo que debería haber supuesto un alivio, pues por fin había podido dormir de un tirón. Pero lo cierto era que al despertar se había sentido abandonada.

Acababan de entrar en el colegio cuando un niño que los había adelantado se volvió hacia ellos y sonrió.

—Buenos días, Chloe —dijo en evidente tono de burla, sin dejar de caminar hacia atrás.

—Hola, Spencer —el tono de Chloe significaba que sabía lo que se avecinaba.

—¿Has traído hoy a tu amigo invisible a la escuela? —preguntó el crío, que a continuación giró sobre sus talones y salió corriendo entre risas.

—Niños —murmuró Chloe—. Son tan tontos.

Brandy palmeó el hombro de su hija.

—Sólo estaba bromeando. No dejes que Spencer hiera tus sentimientos.

—No puede hacerlo si no le dejo.

Brandy sonrió.

—Ésa es mi chica. No sólo lista, sino también sabia. ¿No te parecería buena idea que Celestian se quedara en casa? —añadió con cautela.

—Tienes razón, mamá —dijo Chloe al cabo de un momentó, cuando se detuvieron ante la puerta de la clase. En voz más baja, añadió—: En realidad no necesito la ayuda de Celestian en el colegio.

Brandy se agachó junto a su hija.

—Seguro que te las arreglarás perfectamente sola.

Chloe asintió.

—Claro que sí. Hoy Celestian te acompañará a ti para ayudarte en tu nuevo trabajo.

—Eso es muy generoso por tu parte —Brandy sintió que su corazón se henchía de amor.

—Puede ser un poco pesado pero sabe lo que hace.

—Seguro que me vendrá muy bien contar con él, porque no sé lo que voy a tener que hacer hoy.

Brandy sintió que se le encogía el estómago. Trick Templeton le había dado una oportunidad, pero ¿y si no lo hacía bien? Si resultaba que era una incompetente, ¿la echaría a la calle sin contemplaciones?

—¿Alguna vez te asustas, mamá? —preguntó Chloe con suavidad.

—Claro que sí, cariño. Todo el tiempo.

—¡Pero siempre te portas como una valiente!

—Ser valiente no significa que uno no tenga miedo. Ser valiente significa enfrentarse a lo que te asusta.

—Oh, ya lo entiendo —en tono más autoritario, Chloe añadió—: ¡Ve con mamá, Celestian! —sonrió traviesamente—. Soy su jefa. Tiene que hacer lo que le digo. No te preocupes, mamá. Celestian estará contigo.

—Me alegra saberlo —Brandy se relajó un poco. Tal vez aquella era la manera de Chloe de salir de su fantasía.

—Recuerda que si tienes algún problema sólo tienes que dejar que Celestian te ayude.

Aquél era un día demasiado importante como para dejarlo en manos de un amigo imaginario, de manera que, mientras se encaminaba al trabajo, Brandy elevó una plegaria en silencio para que todo fuera bien.

Brandy empezó a pensar que sus oraciones habían sido escuchadas. Durante la primera semana de trabajo Trick Templeton había estado trabajando en los pozos y no había aparecido por allí. Sin su inquietante y sexy presencia había podido centrarse en poner orden en la oficina. Chloe insistía en que Celestian era quien había conseguido el trabajo para Brandy y en que debía ayudarla. Por tanto, cada día debía llevarse al amigo imaginario de su hija al trabajo.

A veces la asombraba lo bien que se estaba adaptando a la nueva rutina, pero quien la ayudaba de verdad era Ace, no Celestian. Fue el canoso bombero quien le enseñó los rudimentos de las operaciones de control de los pozos.

—Así que, ¿qué te parece? —preguntó Ace el viernes después de ir a recoger el correo.

Brandy apartó la mirada del ordenador y sonrió. Le gustaba Ace. Era un bravucón y no paraba de contar rollos, pero tenía un corazón de oro.

—¿A qué te refieres?

—A Hotspur. ¿Piensas quedarte?

—Eso creo.

—Bien. ¿Ya has asimilado el sistema de Wydolene?

—Creo que sí. Es efectivo y muy sencillo.

Ace asintió.

—Supe que eras lista en cuanto te vi.

—Gracias, Ace.

—Si tienes ya preparadas las nóminas, tengo tiempo para llevárselas a los chicos.

—Aquí mismo están —Brandy entregó a Ace un grueso sobre que contenía el salario de la plantilla. Entre trabajo y trabajo, los hombres se alojaban en el almacén que se hallaba a las afueras y en el que se conservaba el equipo. Casi todos habían ido pasando por el despacho

a lo largo de la semana para conocerla. Como Ace, la mayoría eran tipos amistosos, un poco duros, como lo era su trabajo, pero amables y bienintencionados.

Al ver que Ace no se movía a pesar de tener ya el sobre, Brandy preguntó:

—¿He olvidado algo?

—No. Estás haciendo un buen trabajo.

—Significa mucho que me diga eso alguien cuya opinión valoro.

El arrugado rostro de Ace se tiñó de un ligero rubor.

—Trick mismo debería habértelo dicho.

—Ha estado muy ocupado esta semana.

—Eso no es excusa. Así que te lo digo yo. Lo estás haciendo de maravilla —Ace se puso el sombrero y antes de salir se volvió para dedicar un guiño a Brandy—.

Todos nos alegramos de que estés aquí. Incluso los que no lo dicen.

Era agradable sentirse apreciada para variar. Brandy sonrió cuando Ace salió del despacho. Era un tipo encantador. Estaba soltero y consideraba que Hotspur era su hogar. Y, a pesar de sus protestas, se notaba que tenía en gran estima a Trick. Este había pasado varias veces por la oficina a firmar contratos a lo largo de la semana, pero apenas se había detenido a hablar con ella. Se limitaba a murmurar «buen trabajo» antes de irse a toda prisa. Parecía disfrutar apagando fuegos que habrían aterrorizado a cualquier hombre normal.

El corazón de Brandy latía más deprisa cada vez que estaban bajo el mismo techo, pero, por fortuna para su paz mental, Trick pasaba más tiempo fuera de la oficina que dentro. Sin duda, Ace debía de haber informado a su jefe de que estaba haciendo bien su trabajo, pues Trick no parecía tener ningún problema en dejarle manejar la oficina sin apenas supervisión. Y Brandy disfrutaba con aquella autonomía. A diferencia de su jefe anterior, Trick era muy competente y confiaba en que los demás también podían serlo. Todos sus empleados le habían dicho que era un magnífico jefe.

Y a ella se le estaban dando tan bien las cosas en el trabajo que a veces se preguntaba si realmente estaría contando con la ayuda del amigo imaginario de su hija. En ocasiones casi parecía que alguien le susurraba al oído la información que necesitaba. Incluso cuando estaba a solas en la oficina nunca se sentía sola. En lugar de asustarla, la sensación era reconfortante. Como lo había sido la presencia en sus sueños del hombre de medianoche, aunque éste debía de haberla abandonado por completo, porque no había vuelto a aparecer desde que ella trabajaba en Hotspur. Se sentía feliz. Ya no tenía que trabajar horas extras y nadie la presionaba. Se iba del despacho a las cinco, relajada y anhelando pasar un rato tranquilo con su hija. Pero aquella repentina paz en su vida no dejaba de producirle cierta sensación de

inquietud. Según su experiencia, la vida no solía permanecer así mucho tiempo.

Celestian seguía formando parte de la vida de su hija. Ya no la acompañaba al colegio, pero Chloe solía mantener largos monólogos con él en casa. Una noche, con total intención de espiar, Brandy permaneció tras la puerta del dormitorio de su hija después de haberla arropado para dormir.

—No me gusta que mamá tenga problemas —oyó que susurraba Chloe.

Brandy apoyó la oreja contra la puerta. Tras unos segundos oyó que Chloe volvía a hablar.

—¿Qué quieres decir con eso de dificultades domésticas? No lo entiendo.

Silencio.

—Oh, ya lo entiendo. Trick puede ayudar. Supongo que eso no es problema.

Brandy se apoyó contra la pared, preocupada. ¿Por qué estaba hablando Chloe consigo misma? Probablemente estaba hablando con su amigo invisible, pero eso era peor. Pobre niña. ¿Se preocupaba por los problemas domésticos? Tal vez no debería haber mencionado los problemas que estaba teniendo con la secadora. Chloe era muy sensible y captaba cosas que no captarían la mayoría de los niños.

Tal vez era un error seguirle la corriente respecto a Celestian, pero también era posible que aquella fuera la manera que tenía Chloe de sentir que ejercía cierto control sobre su vida. Los primitivos solían inventar explicaciones realmente imaginativas para las cosas que no lograban entender. Tal vez Celestian daba sentido a la vida de Chloe en aquellos momentos. No podía negarle aquello.

Pero sí podía implicar a su hija en más actividades. Si la inscribía en la clase de baile de los sábados por la mañana, Chloe desarrollaría otros intereses y haría nuevos amigos.

«Buen plan», pensó Brandy mientras se acostaba. Ya sólo le faltaba encontrar un modo de sacar de su cabeza de una vez por todas a Trick Templeton.

El viernes por la tarde, mientras terminaba de trabajar, Brandy estaba pensando en su secadora. Podía utilizar parte de sus ahorros para una reparación, pero si estaba definitivamente rota, no sabía qué iba a hacer. Estaba pensando en las opciones que tenía cuando Trick entró en el despacho.

—¡Has vuelto!

—Acabo de llegar —Trick pasó junto al escritorio de Brandy sin detenerse—.

Necesito hacer unas llamadas. Dame unos minutos y luego ven a informarme de lo sucedido mientras he estado fuera.

La inesperada aparición de Trick hizo que Brandy se pusiera nerviosa. No esperaba que la cuadrilla regresara tan pronto. Debía haberles llevado menos tiempo del esperado apagar el último pozo incendiado.

Tras recoger su escritorio para el fin de semana, apagó el ordenador y tomó un informe que debía firmar Trick.

Tomó un trago de su té de canela para tratar de calmarse. Desde que había empezado a trabajar allí no dejaba de consumirlo. El aroma a canela parecía permanecer en el aire incluso cuando no había preparado una taza. Resultaba un tanto misterioso, pero probablemente tendría algo que ver con el aire acondicionado.

Cuando fue al despacho de Trick comprobó que estaba hablando por teléfono y permaneció en el umbral de entrada, pero él le hizo una seña para que pasara y se sentara mientras terminaba de hablar con su abogado sobre el juicio.

—A veces, no tener noticias no son buenas noticias, Charles —estaba diciendo

—. Sí, lo sé. Las ruedas de la justicia giran muy despacio. Pero sabes que a mí me gusta hacer las cosas con rapidez. El sistema legal sería capaz de perder una carrera con un glaciar.

Trick colgó el auricular y miró a Brandy. Su piel bronceada revelaba que había pasado los últimos días al sol.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó.

Brandy tragó con esfuerzo antes de responder. El mero hecho de estar en la misma habitación con aquel hombre hacía que se acalorara.

—Bien —contestó escuetamente.

—Me alegro de que a alguien le vayan bien.

—Charles tiene razón respecto a lo de las ruedas de la justicia. Sólo se mueven con rapidez cuando uno no quiere que lo hagan.

—Empiezo a comprobarlo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que empezaste a trabajar aquí? ¿Dos semanas?

—Más o menos.

—¿No logras encontrar un trabajo de procuradora?

—Lo cierto es que no lo estoy buscando.

—¿Y todo el tiempo y el dinero que invertiste en tus estudios? ¿Acaso piensas renunciar a ello? —dijo Trick con sincero interés.

—No. He planeado trabajar unas horas como asesora legal voluntaria.

—¿Tienes tiempo para eso?

—Prometo que nada de lo que haga en mi tiempo libre interferirá con mis obligaciones aquí. Chloe pasa un fin de semana de cada dos con su padre. Trabajaré de voluntaria los fines de semana que no esté.

—De manera que no piensas dejarme… que no piensas dejar Hotspur de forma inmediata.

Un instante antes de que Trick la mirara con cara de póquer, Brandy captó una expresión nostálgica en su mirada. ¿Era vulnerabilidad lo que había percibido bajo toda aquella desenvoltura y arrogancia? Si era así, era capaz de disimular aún mejor que ella, pero de pronto supo que ocultaba algo.

Trick Templeton no era invencible. Tenía sentimientos. Podía sufrir.

—No, a menos que quieras que lo haga. Trick asintió y carraspeó antes de hablar —Creo que estás haciendo un buen trabajo… de momento.

—Gracias —Brandy miró el teléfono—. Por lo que te he oído decir, deduzco que aún no tienes fecha en el juzgado.

—No. Charles dice que podría llevar un tiempo.

—Lo más probable es que Futterman le esté dando largas. Odia ir a juicio. Es un experto en agotar al contrario con la espera de manera que esté dispuesto a llegar a un acuerdo previo.

—Eso sucederá cuándo el infierno se congele.

—¿Has considerado la posibilidad de una mediación?

Trick frunció el ceño.

—Eso no sucederá nunca.

—En casos como éste, un acuerdo puede ser la respuesta.

—Yo no llego a acuerdos. Lucho. Y gano.

—¿Cuándo harás tu declaración?

—No lo sé. Charles dice que debo tener paciencia —Trick gruñó y estiró los brazos tras la cabeza como para aliviar un calambre. Con camisa, pantalones vaqueros y botas parecía más un vaquero que un hombre de negocios de éxito. Un vaquero, musculoso, atractivo y muy bien desarrollado.

Brandy sentía que cuanto más tiempo pasaba con él más le costaba respirar.

—La paciencia no es uno de tus puntos fuertes, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que he visto, sólo tienes dos velocidades: rápida y aún más rápida.

Trick rompió a reír y Brandy se sintió envuelta por la calidez del sonido de su risa.

—En eso estás equivocada. Sé ir muy despacio cuando surge la necesidad. Hay cosas que no deben precipitarse.

—Cierto —imaginar a Trick yendo despacio «cuando surgía la necesidad» hizo que un intenso rubor cubriera las mejillas de Brandy.

Al ver que Trick sonreía se preguntó si sería consciente de su incomodidad.

Pero probablemente sólo estaba imaginando cosas.

—Piensa en una buena comida, por ejemplo —dijo Trick—. Me

gusta disfrutarla, saborear cada bocado lentamente… Aunque, por supuesto, hace tiempo que no disfruto de una buena comida casera.

—Ah… es una lástima —Brandy estaba deseando servirle algo que satisficiera el hambre que revelaba su mirada. Podía invitarlo a casa. A comer. Se le daba bastante bien cocinar, aunque apenas tenía oportunidad de poner en práctica sus habilidades. Pero invitarlo no era buena idea. Sintió que el rubor se extendía por todo su cuerpo. En realidad no estaba pensando precisamente en comida.

—¿Tienes algo para mí?

—¡No! —Brandy contuvo el aliento ante la mirada que le estaba dirigiendo Trick—. En realidad no soy tu tipo.

Trick señaló hacia ella.

—¿Eso es para mí?

—¿Qué…? —Brandy notó que estaba balbuceando. ¡Y estaba perdiendo el control! Normalmente era tan sensata en todo lo referente a los hombres… Pero sólo necesitaba unos minutos con Trick para empezar a reaccionar como una adolescente.

—¿Hay algún problema?

—Sí, bueno… creo que somos muy distintos. En realidad apenas tenemos nada en común… —Brandy lamentó haber dicho aquellas palabras en cuanto las pronunció. Probablemente empezaba a faltarle el oxígeno.

Trick la miró un momento con expresión divertida, pero se puso serio al señalar la carpeta que Brandy sostenía bajo el brazo.

—Me refería a eso —dijo, y al menos tuvo la decencia de no reírse en su cara.

Brandy comprendió que su febril imaginación le había hecho interpretar erróneamente los gestos de Trick. Rogó para que se la tragara la tierra.

—Ah, sí. Es el informe EPA —dejó la carpeta en el escritorio y se levantó—.

Después de leerlo, firma la última página y déjalo en mi escritorio.

—¿Hay algo más de lo que deba estar informado?

—No. Nada importante.

Trick la miró de arriba abajo, deteniéndose un momento en sus elegantes zapatos de cuero y en su moño. Brandy se dijo que si quería seguir trabajando para aquel nombre tenía que dejar de derretirse en su presencia.

—Esto no es un bufete —dijo él.

—Lo sé.

—No hace falta que vengas con trajes y zapatos elegantes. Supongo que habrás notado que aquí no somos muy exigentes con el vestuario. Wylodene solía venir en vaqueros y con unas camisas que se cosía ella misma.

—Lo tendré en cuenta —dijo Brandy, que no pudo evitar sentir cierta decepción al comprobar que Trick no la estaba mirando a ella, sino su vestimenta. El intenso silencio que siguió le hizo abrir de nuevo la bocaza—. ¿Conoces a algún técnico de electrodomésticos de confianza?

—Tal vez. ¿Qué funciona mal?

«Mi cerebro. Mi corazón. Oh, y mi estómago». De hecho, Brandy se sentía tan nerviosa que temió vomitar allí mismo si no se alejaba pronto de Trick. Sin duda, así lo habría impresionado.

—La secadora. Hace una semana que hace ruidos raros y hoy se ha negado a funcionar.

—¿Has comprobado el circuito de arranque?

—Sí. Parece estar bien.

—¿El tambor gira?

—No. Cuando pulso el botón no sucede nada.

—Es probable que tenga una correa rota —Trick miró su reloj—. Son casi las cinco. Lo más probable es que no encuentres ningún técnico hasta la próxima semana.

—Eso me temía —Brandy se volvió hacia la puerta—. Pero da igual. Tendré que volver a los métodos que utilizaba cuando no tenía secadora.

—¿Meter la ropa interior en el microondas? —sugirió Trick con una sonrisa—.

¿Conducir por la ciudad con la ropa sujeta a la antena? ¿Extender la ropa sobre algún arbusto?

Brandy rompió a reír y la tensión que sentía se esfumó al instante.

—Puedo llevar la ropa mojada a una lavandería automática.

—Eso debe de resultar pesadísimo. Si te parece bien, yo podría echarle un vistazo. Pero me temo que no podré comprar una correa hasta mañana.

El olor a canela se estaba volviendo más intenso. Brandy se preguntó si Trick no lo captaría. Tal vez había dejado su taza en el calentador que tenía en el escritorio.

Más le valía comprobarlo antes de irse. No quería quemar el lugar.

—¿Harías eso por mí?

—No tienes por qué mostrarte tan asombrada —dijo Trick con expresión divertida—. A pesar de los rumores, no soy exactamente el Anticristo. De vez en cuando hago buenas acciones.

—Lo siento. He resultado un tanto grosera, pero lo cierto es que siempre pareces muy ocupado.

—Me mantengo ocupado por un motivo, pero eso no significa que siempre esté trabajando.

—Yo solía bromear diciendo que vivía en mi trabajo. Tú lo haces realmente —

Trick era dueño del edificio en que estaban las oficinas y mantenía un apartamento en la planta alta—. ¿No hace eso que se difumine la frontera entre tu vida profesional y tu vida personal?

—Resulta cómodo.

Como Ace, Trick no tenía familia, ni relaciones personales, ni aficiones. Ella trabajaba para vivir, pero Trick vivía para trabajar. Luchar contra el fuego en los pozos era algo más que una ocupación para él. Era casi una llamada religiosa.

Trick palmeó con las manos la superficie del escritorio.

—Esta tarde tengo un rato libre. ¿Quieres que eche un vistazo a tu secadora o no?

—¡Sí, por favor! Te lo agradecería.

—¿Cuál es tu dirección? —cuando Brandy se la dio, dijo—: Estaré allí a las siete.

Brandy asintió.

—Ahora debo irme. Son más de las cinco.

Brandy salió del despacho preguntándose si habría perdido la cabeza. Dadas las reacciones que despertaba en ella, ¿cómo se le había ocurrido invitar a Trick a su casa? ¿En qué estaba pensando? Ella nunca solía comportarse tan impulsivamente.

Quince minutos después se dirigía de vuelta a casa con Chloe firmemente sujeta en su asiento trasero.

—¿Te ha sucedido algo interesante hoy en el trabajo, mamá?

Brandy sonrió. Normalmente era ella la que hacía esa pregunta a su hija.

—En realidad no. ¿Y a ti? ¿Has hecho algo interesante en clase?

—Hemos hecho experimentos sobre la atracción magnética. Si intentas juntar los extremos de dos imanes se rechazan, pero si los juntas de costado se unen. ¿Sabes qué demuestra eso?

—No. ¿Qué demuestra?

—Que la atracción no funciona a menos que los polos estén en el lugar adecuado.

—Qué interesante —la inocente conversación sólo sirvió para acrecentar la aprensión de Brandy por la inminente visita de Trick. Una cosa era mantener las cosas bajo control en la oficina; controlar el magnetismo en otro lugar podría resultar difícil.

—¿Podemos cocinar unas galletas cuando lleguemos a casa? —preguntó Chloe.

Su abuela le había hecho un delantal con su nombre y le encantaba ayudar en la cocina—. Creo que deberíamos hacerlo.

—¿Tú crees? —Brandy miró por el retrovisor y vio a su hija inclinada en el asiento y asintiendo como si estuviera escuchando hablar a alguien.

—Sí.

Capítulo 7

Trick salió del coche y se encaminó hacia el porche de la casa de Brandy mientras se preguntaba qué lo había impulsado a romper sus propias reglas acudiendo allí. Pero la respuesta era muy sencilla: quería ver a Brandy. La había echado de menos mientras había estado en Nuevo México. Lo que resultaba bastante patético. ¿Cómo podía echar de menos algo que nunca había tenido?

Pero a pesar de sus absurdas ansias por verla, si Brandy no hubiera necesitado su ayuda no habría podido verla fuera de la oficina. Su política laboral le impedía socializar con sus empleados. Cuando se hizo cargo de la empresa estableció firmes barreras al respecto. Los hombres que se dedicaban a trabajos peligrosos prácticamente ponían su vida en manos de su jefe, y éste sólo podía tener éxito si tomaba las decisiones con su cabeza, no con el corazón.

De manera que, ¿qué hacía allí? ¿Por qué estaba tentando al destino? La situación que había entre Brandy y él era explosiva. Sabía que ella no era inmune a él, ni mucho menos, y resultaba especialmente complicado mantener la calma sabiéndolo.

Cambió de mano la pesada caja de herramientas que llevaba consigo y finalmente llamó a la puerta. Lo único que tenía que hacer era lo que mejor se le daba: determinar cuál era el problema de la secadora y arreglarlo. Entrar y salir.

Nada más.

Abrió la puerta Chloe, que llevaba un delantal de cocina rojo con una frase estampada en el frente: *Chloe, la Pequeña Ayudante de Mamá*.

—Oh, bien. Por fin has llegado —dijo sin preámbulos—. Pasa, Trick. Mamá saldrá en un momento. Está en la cocina. Estamos cocinando.

Chloe cerró la puerta, condujo a Trick al cuarto de estar y le ofreció una silla.

Trick miró a su alrededor. La casa resultaba muy acogedora. Estaba limpia, pero no excesivamente ordenada. A diferencia de lo que sucedía con su anodino apartamento, en aquella casa se notaba que vivía gente.

Olfateó el aire al captar un agradable olor.

—Mmm. Algo huele bien.

—Hemos hecho galletas —Chloe ocupó un asiento frente a Trick—. Te encantan las galletas de chocolate, ¿verdad?

—Sí. ¿Pero cómo lo…?

—Lo siento —Brandy entró en aquel momento secándose las manos con un paño. Trick nunca la había visto fuera de un entorno profesional y la transformación hizo que su corazón latiera más rápido. Su pelo suelto caía como seda oscura sobre sus hombros. Los

vaqueros moldeaban sus bien contorneadas piernas. La camiseta blanca bajo una camisa azul abierta revelaba una inesperada exuberancia. Trick nunca habría imaginado que sus severos trajes de trabajo escondían tantas curvas—.

Estaba sacando algo del horno.

Trick se puso en pie y lo mismo hizo Chloe.

—No hay problema. Chloe me ha atendido muy bien.

Brandy dedicó á su hija un guiño.

—Siéntate, por favor, Trick —dijo.

—¿He llegado demasiado pronto?

—No —Brandy miró el reloj—. De hecho, has llegado justo a tiempo.

—Trato de ser puntual.

—Una cualidad admirable —Brandy señaló la caja metálica que Trick había dejado en el suelo—. Veo que has traído tus propias herramientas. Si tienes prisa, supongo que querrás echar un vistazo a la secadora cuanto antes.

—Buena idea.

Era hora de seguir su camino, se dijo Trick. En un momento de debilidad había estado a punto de sucumbir a la dulce y protectora calidez del ambiente hogareño que reinaba en aquella casa. Le había bastado echar un vistazo a Brandy para preguntarse lo que se sentiría al llegar cada día a un hogar en el que lo aguardara una familia, en lugar de a un apartamento frío y vacío, para dar sentido real a su batalla contra el infernal fuego de los pozos.

Tomó la caja de herramientas y siguió a Brandy hasta el fondo de la casa con Chloe pisándole los talones.

—¿Te apetece una limonada y unas galletas antes de empezar? —preguntó Chloe.

—Tal vez cuando haya acabado —Trick sabía que debía acabar el trabajo y marcharse de allí cuanto antes de que el agujero emocional que parecía estar cavando para sí mismo se volviera más profundo.

Brandy abrió la puerta que daba al garaje.

—La lavadora y la secadora están aquí.

Trick echó un vistazo a la secadora.

—No creo que vaya a llevarme mucho tiempo averiguar cuál es el problema.

—En ese caso, te dejo trabajando —Brandy volvió a entrar en la cocina—.

Avísame si necesitas algo.

—¿Puedo quedarme a mirar? —preguntó Chloe.

—Podrías molestar a Trick.

—No me molestará —dijo Trick en cuanto vio la expresión decepcionada de la niña—. Además, lo más probable es que necesite

una ayudante —sonrió—. ¿Podrás alcanzarme las herramientas que necesite?

La expresión radiante de la niña hizo que se le encogiera el corazón. ¿Tan fácil era hacer feliz a un niño?

Brandy le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando se volvió.

—Vamos a tomar hamburguesas para cenar. Si no has cenado todavía, estás invitado.

Antes de que Trick pudiera rechazar la invitación con alguna excusa, Chloe unió las manos ante sí en un gesto de ruego.

—Sí, sí, quédate, por favor, Trick. Mamá hace unas hamburguesas realmente buenas.

Trick pensó que, a fin de cuentas, ya había saltado del avión sin paracaídas al acudir allí.

—Claro, ¿por qué no?

—Llévate a Celestian contigo —dijo Chloe a su madre—. Él sí que estorbaría.

—De acuerdo. Comeremos cuando hayáis terminado —dijo Brandy antes de cerrar la puerta.

—¿Quién es ese Celestian del que hablas? —preguntó Trick.

—Es mi amigo —Chloe suspiró—. Y, antes de que preguntes, sí, es real, y no, no puedes verlo. Sólo yo puedo verlo.

—¿Entonces es imaginario?

—No. Mamá me ha dicho que imaginario significa que no es real. Celestian dice que ha sido enviado para ayudarme, pero los otros niños no lo entienden. Ya no puede venir conmigo a la escuela porque me hacen bromas sobre él.

—Probablemente están celosos porque no tienen un compañero tan especial.

—Entonces, ¿entiendes lo de Celestian? —preguntó Chloe, esperanzada.

—Por supuesto. Yo solía tener un dragón invisible de mascota.

—¿En serio? ¿Era de verdad?

—Billy era real para mí —hacía años que Trick no pensaba en su compañero de la infancia. Sus padres solían estar fuera muy a menudo y él se había consolado creando un dragón imaginario que le hacía compañía todo el rato. Aunque muy pragmática, su intuitiva abuela aceptó la presencia de Billy. Entendía que Trick necesitara el consuelo de un compañero que no lo abandonara nunca. Cuando, siendo más mayor, se empeñó en unirse a la cuadrilla de su padre, su abuela le advirtió que luchar contra los demonios del fuego era más duro que pelear contra dragones.

—¿Y dónde está Billy ahora?

—No lo sé. Un día desperté y no estaba —como el resto de las

ilusiones de Trick, Billy desapareció poco después de la muerte de su madre.

—Probablemente encontró otro niño con el que irse a vivir cuando creciste —

sugirió Chloe.

—Seguro que tienes razón. ¿Cómo es que eres tan lista?

—El abuelo dice que soy demasiado lista para mi propio bien.

—Uno nunca es demasiado listo. Y ahora, más vale que nos pongamos a trabajar o no habremos terminado antes de la cena.

En la cocina, Brandy estaba dando la vuelta a las hamburguesas en la sartén.

Aún no estaba segura de por qué había invitado a Trick a quedarse a cenar. No lo tenía planeado, desde luego, pero parecía incapaz de controlar sus impulsos en lo que a él se refería. Seguro que un hombre como Trick tenía mejores cosas que hacer un viernes por la noche que comer hamburguesas con su secretaria.

Apenas habían pasado veinte minutos cuando se abrió la puerta del garaje.

Chloe fue la primera en salir. Estaba feliz.

—¡Adivina qué, mamá!

—¿Qué? —preguntó Brandy mientras ponía los vasos en la mesa.

—Trick ha dicho que puedo ser su ayudante cuando quiera, ¿verdad, Trick?

—Claro que sí. Se te da de maravilla. No has necesitado más que unos minutos para aprender a distinguir las llaves.

Brandy sonrió.

—Entonces, ¿habéis podido poner en marcha ese fósil de secadora, o no?

—¡Sí! —exclamó Chloe—. ¡Era la correa!

Brandy sonrió de nuevo.

—Qué alivio. Y ahora, ¿por qué no vas a lavarte las manos antes de cenar?

Cuando Chloe se fue, Brandy ofreció a Trick el fregadero y una pastilla de jabón.

—Si quieres puedes lavarte aquí. ¿Qué le pasaba a la secadora? —preguntó mientras seguía poniendo la mesa.

—Se le había soltado la correa. Sólo he tenido que volver a ponerla y tensarla.

Creo que ahora funcionará sin problemas.

—Te agradezco mucho la ayuda. Una hamburguesa es poca recompensa para tus esfuerzos, pero…

—No me debes nada —dijo Trick rápidamente, como para recordarle que no estaban atados por nada.

Mientras cenaban, Brandy pensó que había algo perfecto en el

hecho de que Trick estuviera allí, completando el círculo que se había roto mucho antes de que Joe se fuera.

Una plácida sensación de destino se apoderó de ella, colmándola de otro deseo esencialmente humano. Chloe charlaba alegremente, ajena a la crepitante electricidad que saltaba entre su madre y su nuevo amigo. Brandy miró a Trick. Allí, entre las paredes de su pequeña casa, parecía diferente al distante jefe con el que apenas se veía en la oficina. Allí parecía… familiar.

Por ilógico que pareciese, tenía la sensación de conocer a aquel hombre. Su cuerpo estaba familiarizado con el de él. Había tratado de ignorar sus sentimientos desde que se habían conocido, pero ya no podía negarlos en aquel contexto. Trick estaba allí por algún motivo. Su mente se negaba a reconocer la conexión con Trick Templeton, pero su hambriento corazón no.

Y, por una vez, Trick no parecía tener prisa por irse. Brandy no sabía qué deducir de ello, de manera que, después de cenar, se ocupó llevando la vajilla al fregadero. Cada vez que volvía la mirada veía a Trick mirándola como si acabara de descubrir algo que no acababa de parecerle real.

Estaba sentado a la mesa, hablando y comiendo galletas con Chloe, pero Brandy no lograba quitarse de encima la sensación de que si su hija no estuviera presente, lo último que querría hacer sería hablar. Una oleada de deseo recorrió su cuerpo y sacó la limonada de la nevera con la esperanza de que el frío que emanaba de ésta la calmara antes de que Trick se fijara.

—Deberías dedicarte, al negocio de las galletas, pequeña —dijo Trick a Chloe mientras Brandy les servía más limonada—. Éstas son las mejores galletas de chocolate que he comido en mi vida.

—¿Son incluso mejores que las de tu abuela?

Trick rió, pero su asombro era evidente.

—¿Acaso sabes leer también la mente? ¿Cómo sabías que mi abuela solía hacer galletas de chocolate?

—Me lo dijiste tú.

—No creo.

—Debiste de decírmelo —Chloe agitó coquetamente las pestañas —. Dé lo contrario, ¿cómo iba a saberlo?

Brandy sonrió mientras metía unas cuantas galletas en una lata y la dejó en la mesa, junto a Trick.

—Sé que no es mucho, pero quiero que te lleves esto a casa como una muestra de agradecimiento.

—Gracias —Trick tomó la lata y se puso en pie—. Ahora debo irme. No creo que la secadora vaya a darte la lata durante una temporada pero, si lo hace, avísame.

Me gusta garantizar mi trabajo.

—Gracias de nuevo —Brandy encendió la luz del porche y salió a acompañar a Trick con Chloe de la mano.

—¿Tienes que irte, Trick? —preguntó la niña, decepcionada.

—Sí. Además, imagino que ya va siendo hora de que te vayas a la cama, ¿no?

—No lo sé —Chloe miró a su madre—. ¿Hay clase mañana?

—Mañana es sábado, cariño.

—En ese caso puedo estar levantada hasta las ocho y media —dijo Chloe con expresión triunfante. Trick se inclinó hacia ella.

—Lo siento, pequeña, pero ya es más de esa hora.

—Oh —dijo Chloe, pero su desánimo apenas duró unos segundos —. Si mañana es sábado, tengo que ir a baile, ¿verdad mamá?

—Así es.

—¿También es el día de papá?

—Esta semana no toca —Brandy explicó que los fines de semana que Chloe iba a casa de su padre solía llevarla a Slapdown los sábados después de la clase de baile.

—¿Vendrás a verme bailar, Trick? Por favor, por favor… Ya sé hacer punta—

talón.

—No sé, pequeña. Debido a mi trabajo no puedo planificar las cosas con mucha antelación.

—Pero vendrás si puedes, ¿verdad? Dile dónde está la escuela, mamá.

Brandy dio a Trick las señas del estudio de la señorita Robin y alzó un hombro con gesto de disculpa para hacerle ver que no suponía ningún compromiso.

—¿Puedo darte un abrazo de niña antes de que te vayas? —preguntó Chloe a Trick.

Trick miró a Brandy y ésta asintió. En aquel momento envidió a su hija. Trick se acuclilló para que la niña pudiera rodearlo con los bracitos por el cuello. Brandy no pudo oír lo que le susurró al oído, pero sus palabras hicieron que Trick abriera los ojos de par en par. Después se despidió y prácticamente se fue corriendo a su coche.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Brandy en tono despreocupado mientras veían cómo se alejaba.

—Le he dicho que me alegraba de que hubiera venido.

—Eso está muy bien.

—También le he dicho que es justo lo que necesitamos.

—¡Chloe! —exclamó Brandy, horrorizada —¿Cómo se te ha ocurrido decirle algo así?

—¡Pero es cierto! Trick es justo lo que necesitamos. Y nosotras somos justo lo que necesita él. ¿No piensas que parecemos una familia cuando él está aquí?

—Tú y yo ya somos una familia, cariño —dijo Brandy mientras entraban—. Y

además tienes a papá y a Mallory. Eres una niña muy afortunada por tener dos familias.

—Lo sé. Pero Trick ni siquiera tiene una. Creo que se siente solo.

—Sí, yo también lo creo —Brandy pensó que probablemente había confundido la soledad con la atracción aquella noche. Trick no estaba especialmente interesado en ella; lo que había manifestado con sus largas miradas había sido agradecimiento por haber podido compartir una comida casera. Pero después de haber visto aquella nueva faceta de su carácter, más suave, más casera, empezaba a preguntarse si efectivamente podría ser lo que necesitaba… además de lo que deseaba. Había habido demasiadas casualidades en su encuentro, y probablemente había conseguido aquel trabajo en Hotspur por motivos más importantes que el dinero.

—¿Tú te sientes alguna vez sola, mamá?

Brandy abrazó a su hija.

—¿Cómo podría sentirme sola? Te tengo a ti. Te suele gustar dejar una luz encendida por la noche, ¿verdad?

—Sí.

—Tú eres mi luz en la oscuridad.

—¿Como una vela? —susurró Chloe.

—Justo como una vela.

—Pero soy una vela pequeña.

—Puede que seas pequeña, pero brillas mucho —Brandy parpadeó para alejar las lágrimas. Tal vez Trick no era el hombre destinado para ella. Tal vez estaba destinada a pasar el resto de su vida sin un hombre. Pero no importaba. Nunca estaría sola.

—¿Estás triste, mamá?

Brandy no podía negar cierta nostalgia en su interior que le hacía desear una vida más plena, que incluyera a alguien que la completara como había sucedido con Trick aquella noche durante la cena. Estaba cansada de estar sola. Quería un marido.

Un compañero. Un padre de jornada completa para Chloe. Más niños. Desde su divorcio no había querido pensar en ello. Había luchado por su independencia para probarse algo a sí misma. Pero ya se sentía lista para dar un paso más.

Reconocer su deseo más profundo hizo que sus siguientes palabras sonaran especialmente sinceras.

—No, cariño, no estoy triste. Estoy contenta.

—Yo también —Chloe bostezó—. Celestian dice que Trick nos hará felices.

Antes no sabía a qué se refería, pero ahora ya lo sé.

Informe de Campo

De: Celestian, Operario en la Tierra

En: Misión de Control

Asunto: Operación Verdadero Amor

Objetivo actual: la mujer y el hombre pasarán un mínimo de dos horas juntos en un entorno relajado que no sea su lugar de trabajo.

Notas: objetivo logrado. El hombre demuestra un nuevo nivel de crecimiento emocional positivo.

La mujer muestra un nivel decreciente de oposición a una potencial relación al captar que el hombre utiliza su aparente distanciamiento para ocultar su vulnerabilidad.

La terapia puede acelerarse.

Plan: establecer nuevas metas para aumentar la dependencia emocional de los sujetos y obtener información sobre su compatibilidad física.

Capítulo 8

A pesar de sus intenciones de dormir hasta tarde, Trick despertó al día siguiente a las seis de la mañana. Había pasado una noche inquieta, dando vueltas sin cesar. Como un adolescente alterado por las hormonas, no había dejado de repasar cada momento que había pasado con Brandy en su casa. No lograba dejar de pensar en ella.

Sabía que la mejor cura para un picor que no se podía rascar era la actividad, pero, a pesar de que en un trabajo como el suyo no existían los fines de semana, en aquella ocasión no había ningún fuego que apagar. A sus hombres les encantaba el tiempo libre, por supuesto, pero él lo odiaba. Normalmente utilizaba los huecos libres para conseguir nuevos trabajos.

Salió de la cama y fue al baño. Los sentimientos que Brandy despertaba en él no eran precisamente sencillos. En lugar de satisfacer su curiosidad, haber estado con ella la noche pasada sólo había servido para aumentar su apetito. Quería más. Quería conocerla, saber qué música le gustaba, qué comidas, si prefería ducharse o bañarse, cuáles eran sus metas, qué la hacía feliz, qué le hacía llorar…

Aquello era algo nuevo en él. Hasta que Brandy había aparecido en su vida nunca había querido llegar a «conocer» a una mujer, en un sentido distinto al puramente bíblico, por supuesto. Por primera vez en su vida quería comprobar adonde podía llevar una relación más profunda.

El problema era que tenía treinta y siete años y nunca había estado enamorado.

Pero de pronto quería saber lo que se sentiría al salir de un auténtico hogar cada mañana, sabiendo que una mujer como Brandy lo estaría esperando a su regreso.

Quería que alguien lo echara de menos, que alguien pensara en él en su ausencia.

¿No era ésa la diferencia entre vivir y meramente existir?

¿O la diferencia residía en el amor? Guau. El amor. Aquello era ir demasiado lejos. Salió del baño y fue a la cocina a desayunar algo. Al entrar captó aquel misterioso olor a canela que parecía perseguirlo en los últimos tiempos. Miró a su alrededor y al ver la lata de galletas que le había dado Brandy sonrió. Según decían, el camino hacia el corazón de un hombre pasaba por su estómago. Comió una galleta y luego otra. Los dulces le quitaron el hambre, pero también hicieron que su mente se centrara aún más en la mujer que los había hecho.

Era contraproducente pensar en Brandy así. No podía salir con su secretaria.

Hacerlo habría supuesto romper la política de su empresa, además de sus principios personales. Además, la situación se complicaba por

el hecho de que Brandy mantenía sus emociones firmemente ocultas. No le había dado ningún indicio de estar abierta a una relación con él fuera del trabajo. «Sé que no eres un genio, ¿pero acaso estás también sordo y ciego?»

Aquel pensamiento resonó en el silencio reinante como si alguien hubiera hablado en alto. Pareció tan real que Trick se volvió a mirar a su alrededor.

Obviamente, estaba solo. Rió, incómodo.

Decidido a apartar aquello de su mente, se puso un chándal y salió a correr.

Tras casi una hora de ejercicio, volvió a casa, se duchó y se vistió. Después hojeó una revista, encendió la televisión y vio las noticias. Tras revisar su correo, miró el reloj.

Apenas eran las nueve. Su gruñido de exasperación le hizo recordar algo más.

Su abuela Bett solía decir que había dos clases de personas en el mundo, los que al levantarse agradecían el nuevo día y los que se lamentaban por tener que enfrentarse a un nuevo día. Bettina Templeton siempre fue una mujer sabia. Había muerto hacía cinco años, pero aún la echaba de menos. Estuvo junto a ella en su lecho de muerte. Para entonces apenas era capaz de hablar, pero le estrechó cálidamente la mano cuando le dijo que la quería.

¿Pero quién estaría a su lado cuando él diera su último suspiro? ¿Quién sostendría su mano? ¿Quién le diría que lo amaba cuando abandonara el mundo?

La abuela Bett había sido su última conexión humana. Había evitado cualquier compromiso rechazando a la gente antes de que se acercara demasiado. Había logrado su objetivo. Estaba solo. ¿Se habría equivocado en el camino que había tomado en la vida? Brandy y Chloe lo hacían pensar. Tal vez, el sentido de la vida residía en llegar a significar algo para otros. Una nueva vaharada de canela lo hizo volver a la lata de las galletas.

De pronto tomó una decisión. Ya había rumiado suficiente aquel día. No era demasiado tarde. Aún podía llegar a la clase de baile de Chloe. Probablemente aquello era lo que necesitaba. Un refrescante cambio de ritmo. Una diversión. Una excusa legítima para volver a ver a Brandy.

«¡Ya era hora! Es la mejor idea que has tenido en siglos».

Trick sonrió mientras apagaba las luces antes de salir. Estaba totalmente de acuerdo con sus propios pensamientos.

El estudio de baile estaba situado entre una tienda de mascotas y una de alquiler de vídeos. Mientras Brandy ocupaba una silla en la sala de espera junto a las demás madres y sus hijas, Chloe permaneció junto a la puerta acristalada, mirando la calle.

—Es probable que no venga —dijo Brandy. Tenía que preparar a su hija para la más que probable decepción que iba a llevarse.

—Vendrá —dijo Chloe con firmeza.

—Sé que quieres que venga, pero es posible que Trick tenga trabajo.

—No. Trick no tiene trabajo hoy.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Celestian.

—Es probable que Celestian no lo sepa todo sobre las actividades de Trick.

Chloe rió.

—Claro que lo sabe. Ése es su trabajo. Si ha dicho que Trick vendrá, así será. Es un exagerado pero no miente.

—Pero si no pudiera venir…

—¡Ahí está! —exclamó Chloe, emocionada—. ¿Lo ves? Te lo había dicho.

Brandy volvió la cabeza para mirar por la ventana y vio que Trick avanzaba con paso decidido hacia la entrada. No llevaba su habitual sombrero vaquero y el viento agitó su oscuro pelo. Alzó una mano para apartárselo de la frente. En la otra llevaba un solitario capullo de rosa con el tallo envuelto en papel verde.

Cuando entró en la sala de espera, un involuntario y colectivo «ah» escapó de las demás madres que aguardaban con sus hijas para entrar en clase. Brandy no las culpó. Trick Templeton era un hombre digno de ser visto.

Trick se detuvo ante Chloe.

—Creo que he encontrado bien el sitio —cuando Chloe asintió enfáticamente, él le entregó la rosa.

—¿Es para mí?

—Todas las divas del baile necesitan flores.

—Nadie me había regalado nunca una rosa de verdad.

Trick sonrió.

—Puede que ésta sea la primera, pequeña, pero te aseguro que no será la última.

—¿Qué se dice, Chloe? —dijo Brandy.

—Gracias, Trick. Voy a bailar muy bien para ti. Me alegra que estés aquí.

Cuando respondió, Trick miró a Brandy.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Antes de que Brandy pudiera responder se abrió la puerta del estudio y doce pequeñas bailarinas salieron acompañadas de sus padres. La profesora de baile salió a recibir al siguiente grupo. Chloe entregó su rosa a Brandy y entró con las demás a ocupar su sitio. Brandy condujo a Trick a los asientos. Una vez sentados pudo oler el

jabón que había utilizado aquella mañana y sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

Cuando la música empezó a sonar, Trick se inclinó hacia ella.

—Has parecido sorprendida de verme. Había sido invitado.

Brandy sabía que debía de estar loca para sentirse feliz, agradecida por tan poco.

—Me alegra que hayas venido.

—¿En serio?

—En serio. Por Chloe —aclaró Brandy—. Estaba segura de que vendrías.

Gracias por no decepcionarla.

—Quería venir. Probablemente no lo entenderás, porque yo no lo entiendo, pero he despertado esta mañana sabiendo que tenía que venir.

Brandy tragó con esfuerzo. No sabía cómo responder a una confesión tan inesperada. ¿Sentiría Trick también la poderosa atracción que había entre ellos, o estaría imaginando cosas? Confundida, centró su atención en su hija, que estaba bailando muy bien.

Cuando la clase terminó, Chloe tomó la mano de ambos adultos mientras se encaminaban hacia el parking.

—¿Quieres venir a Mister Cheesie con nosotros, Trick? —preguntó Chloe alegremente.

Brandy estuvo a punto de inventar una excusa para Trick, pero se contuvo.

Quería saber que haría si no le daba una salida fácil.

—Normalmente almorzamos después de clase —explicó—. Si te gustan la pizza y los ratones mecánicos cantantes, eres bienvenido.

—¡Por favor, Trick!

—No sé lo de los ratones —dijo él con una sonrisa—, pero me encanta la pizza.

—Con pollo a la brasa encima, ¿verdad?

—¿Cómo sabes eso?

Chloe se encogió de hombros.

—Supongo que me lo dijiste.

—¿Cuándo? —preguntó Trick con el ceño fruncido.

—Hace mucho. Probablemente lo has olvidado.

Brandy montó a Chloe en su asiento y Trick las siguió en su todoterreno.

—Lo sé, lo sé. La próxima vez tendré más cuidado —murmuró Chloe en el asiento trasero.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó Brandy.

—Nada, mamá. Sólo estaba hablando con Celestian.

—No sabía que Celestian había venido con nosotros.

—Ha venido con Trick. ¿Puedo montar en el helicóptero y en el coche de los ratones después de comer.

—Ya veremos —dijo Brandy, concentrada en el tráfico.

—¡De acuerdo! —exclamó Chloe un momento después—. Se lo preguntaré.

Brandy miró por el retrovisor. Su hija seguía hablando sola. Celestian empezaba a ser un problema. Iba a tener que consultar con el pediatra.

—¿Qué me vas a preguntar?

—¿Te gusta Trick, mamá?

—Me gusta la mayoría de la gente. Ya lo sabes.

—¿Pero te gusta Trick más que la mayoría de la gente?

—No lo conozco lo suficiente.

—¿Crees que es… todo un ejemplar de virilidad masculina?

—¡Chloe!

—¿Lo crees o no? —preguntó Chloe inocentemente.

—No pienso hablar contigo sobre ese tema —Brandy tuvo que hacer esfuerzos para no romper a reír.

—¿Qué significa virilidad?

—Eh… fuerte.

—De acuerdo, Trick es fuerte. Si tuviera oportunidad de hacerlo, ¿lo besarías?

—¡Chloe! Deja de hablar de esas cosas. Sobre todo delante de Trick, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá —dijo Chloe obedientemente. Luego susurró—. Creo que sí lo haría.

Brandy supuso que la niña habría oído lo que decían en alguno de los seriales que ella solía ver por la noche antes de acostarse. Iba a tener que vigilar el volumen del televisor.

Una vez en el restaurante pidieron la comida y las bebidas en el mostrador.

Trick se empeñó en pagar, algo que sólo sirvió para que la ansiedad de Brandy aumentara. Lo último que quería era que aquello pareciera una cita.

El lugar estaba abarrotado de niños celebrando cumpleaños y el jaleo reinante era bastante considerable.

Brandy sonrió al ver la expresión perpleja de Trick.

—Nunca habías estado en un Mister Cheesie un sábado por la mañana,

¿verdad?

—De hecho, nunca había ido a uno. Pero no entiendo por qué —añadió Trick con una expresiva mueca—. Supongo que no sabía lo que me estaba perdiendo. ¿Es siempre tan… bullicioso?

—Si quieres podemos llevarnos la pizza y las bebidas para tomarlas

fuera.

—No, no hará falta. Estoy seguro de que todo irá mejor en cuanto me estallen los tímpanos.

Durante la siguiente hora vieron dos veces el espectáculo de los ratones cantantes, se comieron casi toda la pizza y jugaron a todo lo que se podía jugar.

Chloe ganó en uno de los juegos un dragón de peluche al que bautizó como Billy.

—¿Tienes planes para el resto de la tarde? —preguntó Trick cuando salieron.

—Siempre vamos al parque —dijo Chloe antes de que Brandy reaccionara—.

¿Quieres venir?

—En el parque no hay ruido, ¿verdad? —bromeó Trick—. Sólo árboles y pájaros cantando, ¿no? —cuando Chloe asintió y rió, Trick miró a Brandy— Si no te importa, me gustaría acompañaros.

—Nos encantaría —dijo Brandy, que había decidido olvidar sus nervios y dejar que el destino guiara sus pasos. De hecho, estaba deseando averiguar qué pasaría a continuación—. ¿Quieres venir en nuestro coche o nos sigues?

—Os sigo —dijo Trick, que a continuación añadió con suavidad—: A donde sea.

Los adultos compartieron un asiento en la sombra mientras Chloe jugaba con su dragón. Pocos minutos después de llegar estaba compartiendo sus juegos con otro niño de su edad.

—Chloe es una niña asombrosa —dijo Trick—. Es como una mujer hecha y derecha metida en el cuerpecito de una niña.

—Es una forma de decirlo —dijo Brandy, sonriente.

—¿Tiene una buena relación con su padre?

—Ahora sí. No pudo contar mucho con él los primeros tres años de su vida. Joe estaba muy deprimido por la muerte de su padre y emprendió el camino de la autodestrucción. Tuve que dejarlo para sobrevivir. Bastante tenía con mantenernos a Chloe y a mí misma a flote. Pero ahora las cosas han mejorado. Joe ha sentado la cabeza, es el sheriff del pueblo y se ha casado con una doctora. Chloe pasa un fin de semana cada quince días con ellos.

—Háblame de tu familia.

—Mamá y papá viven en las afueras de Midland y nos vemos a menudo. Ace me dijo que tú perdiste a tus padres. Eso debe de ser duro.

—Sucedió hace mucho —Trick contó a Brandy que su abuela se ocupó de él cuando era pequeño—. Es probable que te parezca absurdo, pero Chloe me recuerda a ella. La abuela Bett poseía el espíritu libre de un niño encerrado en el cuerpo de una anciana.

Tras disfrutar de una agradable tarde en el parque, Trick siguió a Brandy a casa y la esperó en el salón mientras acostaba a Chloe.

—Estaba agotada —dijo Brandy cuando regresó—. Ya hace un año que no se echa la siesta de la tarde —en lugar de retirar los juguetes que había en un sillón, se sentó en el extremo opuesto del sofá que ocupaba Trick.

«Lo suficientemente cerca como para tocarla. Como para besarla».

Trick ignoró aquel caprichoso pensamiento. Las cosas iban bien. Habían hablado. Habían compartido destellos de su pasado. Habían conectado.

—Supongo que se ha divertido.

—Desde luego.

—Yo también.

—Me alegra oír eso. Has hecho muy feliz a Chloe viniendo.

—¿Y a su madre? ¿He hecho algo por ella?

Brandy lo miró a los ojos.

—Has hecho que me sienta viva por primera vez en años.

—Suelen decir que la pizza es un auténtico afrodisíaco —bromeó Trick.

Brandy sonrió.

—Creo que en realidad han sido los ratones cantantes. Siempre he sentido debilidad por los roedores —añadió riendo.

Trick se deslizó hacia ella en el sofá, pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Si estoy dando un paso que no quieres que dé, éste es el momento de decirlo

—susurró.

—Me acojo a la quinta enmienda —replicó ella mientras sus labios se encontraban.

En el primer momento de su primer beso, Trick encontró mucho más. Encontró respuestas. Encontró el futuro y el pasado. Encontró lo que le faltaba en su vida.

Capítulo 9

Brandy tembló cuando Trick la rodeó con sus brazos. Apoyó la palma contra su pecho y los intensos latidos de su corazón le hablaron. La reconfortaron. No estaba imaginando la increíble química que incendiaba su sangre y agitaba su alma. Él también la sentía.

Se abrazaron y besaron como si llevaran toda una vida haciéndolo. No hubo indecisión en las caricias de Trick. Deslizó las manos por el cuerpo de Brandy, deteniéndose en todas sus curvas lenta y deliberadamente. La besó como si fuera un hombre que por fin hubiera encontrado su camino a casa y ella fuera la puerta que no podía esperar a abrir.

Las defensas de Brandy se desmoronaron rápidamente. No la sorprendió su propio anhelo, ni su hambrienta respuesta. Por lo visto estaba equivocada. El deseo enloquecedor no existía tan sólo en las novelas. Y tampoco era el producto de una imaginación recalentada.

Era real. Aquello era real.

Por primera vez en su vida entendió realmente el significado de la pasión. Nada en su limitada experiencia sexual podría haberla preparado para tanto deseo. Y, por algún motivo que no lograba explicarse, sentía que ya sabía lo que sentiría teniendo a aquel hombre en su interior. Sabía que Trick podía ofrecerle la liberación que no encontró durante los breves e infelices días de su matrimonio. Trick se lo daría todo.

La completaría.

Pero, en lugar de animarla, aquella certeza hizo que se sintiera repentinamente aterrorizada. ¿Qué estaba sucediendo? El deseo había hecho que se le nublara la razón. Un beso y ya estaba lista para lanzarlo todo por la borda. Estaba a punto de dar el salto al que se había resistido durante años, y con un hombre al que no conocía lo suficiente como para fiarse. No podía permitir que aquello sucediera.

—Trick —susurró mientras él la besaba en el cuello—. Para. No podemos hacer esto. No aquí. Y no ahora.

Trick se quedó paralizado y enseguida se irguió en el sofá.

—Tienes razón. No podemos. No es el lugar ni el momento adecuado —se pasó una mano por el rostro—. Podría poner excusas y decir que me he dejado llevar un poco, pero sería mentira. Me he dejado llevar por completo.

—Yo también.

—No quiero precipitar las cosas.

—Estamos yendo demasiado deprisa —Brandy apoyó la cabeza contra su pecho. Si no hubiera frenado a tiempo, habrían… Cinco años de buenas intenciones se habrían ido por la borda.

—Tienes razón —Trick apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y suspiró.

—Debemos tener cuidado.

—Suelo llevar guantes de amianto cuando juego con fuego —dijo Trick con una sonrisa irónica—. ¿Ésa es la clase de cuidado a la que te refieres?

—Lo que sea que impida que nos quememos.

Por tentador que fuera Trick, por muy viva que la hubieran hecho sentirse sus besos, Brandy sabía que no podía tener una aventura con su jefe. Debía pensar en su futuro. En el futuro de Chloe.

Implicarse en una relación con un hombre que no quería saber nada de compromisos no era precisamente lo que buscaba. Trick no había llegado soltero hasta los treinta y siete años por nada. Sin duda prefería tener aventuras breves con mujeres dispuestas. Pero ella no estaba dispuesta y las aventuras no eran su estilo.

—Te respeto, Brandy —dijo Trick a la vez que se apartaba un poco de ella—.

No pienso aprovecharme de ti ni de la situación.

—Te lo agradezco. Lo sé todo sobre «situaciones». Tal vez debería contarte por qué me casé con Joe.

—Quiero saberlo todo sobre ti.

Brandy asintió lentamente.

—Tenía diecinueve años cuando conocí a Joe. Fue el primer hombre que…

bueno, digamos que era muy ingenua. Slapdown es un pueblo pequeño y sólo puede tener un chico malo. Y Joe fue ese chico durante años. Guapo. Peligroso. Excitante…

El sentido común y todo el mundo que me conocía trató de hacerme ver la realidad, pero yo no quería escuchar. Estaba enamorada. En el fondo sabía que Joe no era bueno para mí, pero estaba convencida de que podía hacerlo cambiar. Era un chico incomprendido y que sufría. Todo lo que necesitaba para redimirse era el poder sanador de mi amor. No podía salvarlo de su propia naturaleza autodestructiva, pero sí me llevé una sorpresa: me quedé embarazada de Chloe. Hicimos lo correcto y nos casamos, pero nunca funcionamos bien como pareja. Lo único que había entre nosotros era atracción física. Cuando ésta se esfumó descubrimos que apenas teníamos nada en común.

—Una mala experiencia —dijo Trick sinceramente, y Brandy se alegró de haber tenido el coraje de hablar con él.

—Prefiero considerarlo una experiencia de aprendizaje —dijo con una sonrisa.

—¿Y crees que tú y yo tenemos algo en común?

—Sí, que ambos estamos más solos de lo que deberíamos.

—En eso tienes razón.

Brandy vio que Trick se inclinaba hacia ella y supo que si volvía a besarla no sería capaz de detenerlo.

—Tengo sed. ¿Y tú? ¿Quieres beber algo? —dijo a la vez que se ponía en pie.

—¿Por qué no? —Trick la siguió a la cocina—. Pero creo que tenemos algo más en común que la soledad, aunque aún no hemos descubierto de qué se trata.

Brandy le alcanzó una lata de refresco.

—Tal vez. Pero nunca lo descubriremos si nos lanzamos directamente a… a…

—¿Al sexo?

—El sexo lo complica todo. Crea una conexión física, no emocional. Sólo hay una forma de averiguar si hay algo más entre nosotros que mera química. Debemos tomarnos las cosas con calma. Conocernos mejor. Ver qué surge.

Trick gruñó.

—¿Dónde aprendiste esas tácticas de tortura? ¿En la CÍA?

Brandy sonrió.

—Si lo que te interesa es el sexo, estoy segura de que puedes encontrarlo en otro sitio.

Trick estuvo a punto de atragantarse con su bebida.

—¿Eres siempre tan sincera?

—Eso intento. No me gusta andarme con rodeos.

—A mí tampoco. Admiro a las personas que van al grano.

—En ese caso me gustaría aclarar algo: no pienso tener una simple aventura contigo. Necesito más que eso.

Trick asintió.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

—¿Y sigues… interesado?

—Sí —Trick frunció el ceño—. ¿Acaso temías que saliera disparado a la primera mención de un compromiso?

—Francamente sí —Brandy rió—. ¿No es así como has logrado mantenerte tanto tiempo sin ataduras?

—Tal vez.

—Yo ya aporté mi parte al «Programa de Redención de Chicos Malos» y aprendí la lección.

Brandy se ruborizó al decir aquello y Trick quiso besarla de nuevo, pero sabía que debía mantener el control.

—¿Por qué no salimos a sentarnos al porche?

Brandy asintió y, tras asegurarse de que Chloe estaba dormida, salieron y se sentaron en el balancín del porche.

—Hace una temperatura muy agradable —dijo Trick.

—Me gusta salir aquí un rato con Chloe por las noches. Me ayuda a

desconectar.

Trick se preguntó si él desconectaba alguna vez. Cuando acababa el día solía caer agotado en la cama, dormía sin soñar y despertaba a la mañana siguiente para empezar de nuevo. Recargaba sus baterías aceptando más y más trabajo, sin detenerse nunca a recapacitar sobre su vida y su futuro. Tal vez se había equivocado empeñándose en llevar aquella vida sin compromisos. Tal vez lo que sucedía era que no había conocido a la mujer adecuada. Por primera vez en su vida no sólo estaba dispuesto a arriesgar su corazón, sino también a entregarlo.

A Brandy.

—Estás muy callado —dijo ella al cabo de unos minutos.

—Estoy pensando en lo que has dicho antes. Lo cierto es que uno acababa por cansarse de correr hacia no se sabe dónde, sobre todo cuando has olvidado por qué empezaste a correr —Trick hizo una pausa y miró a Brandy—. Siempre he huido de la perspectiva de crear un hogar y una familia.

—Eso suponía —dijo ella con una tensa sonrisa.

—Hasta ahora —añadió Trick rápidamente—. Me haces desear cosas que nunca pensé que llegaría a desear.

—Supongo que en eso estamos igualados —murmuró Brandy—. Tú me haces sentir cosas que nunca pensé que podría sentir.

Trick tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no cubrir su dulce rostro de besos. Quería a aquella mujer, pero ¿era el hombre adecuado para ella? ¿La merecía? Jamás se había planteado aquel tipo de cosas.

Pero con la ayuda de Brandy tal vez podría aprender a amar, a ser la clase de hombre que ella necesitaba. Debía tener cuidado. Había demasiado en juego como para precipitar las cosas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Brandy.

—Debemos darnos tiempo.

Brandy suspiró.

—¿Qué tienes pensado?

—Tal vez deberíamos empezar por una cita real —sugirió Trick—. ¿Quieres cenar conmigo mañana?

—¿Puedo llamarte mañana para confirmarlo? Necesito asegurarme de encontrar una canguro para Chloe.

—Si no encuentras a nadie podemos llevarla con nosotros.

—En ese caso no sería una cita real, ¿no te parece? —dijo Brandy con una tímida sonrisa.

—No, no lo sería.

Trick tenía que besarla de nuevo. Y así lo hizo. Delante de todo el mundo que quisiera verlo.

—¿Adonde vas, mamá? —preguntó Chloe mientras su madre

sacaba la ropa que iba a ponerse del armario.

—A comer —Brandy rechazó su mejor vestido negro. Era demasiado serio. No quería que Trick pensara que se estaba esforzando demasiado, de manera que eligió una falda con un suéter azul a juego.

—¿A comer con Trick?

—Aja.

—¿Vais a volver a Mister Cheesie?

—No. Estoy casi segura de que no vamos a ir a Mister Cheesie —Brandy esperaba que Trick no tuviera planeado llevarla a algún restaurante excesivamente caro. Era una cita, pero simplemente para irse conociendo. Un exceso de elementos románticos, como velas, flores y demás, podría suponer demasiada presión.

Alguien llamó a la puerta y Chloe se puso en pie de un salto.

—¡Voy a abrir!

—Probablemente será Amy —afortunadamente para Brandy, los estudiantes universitarios siempre necesitaban dinero extra y Amy no había puesto ninguna objeción para ir a cuidar a Chloe a pesar de que la había avisado aquella misma mañana.

El restaurante especializado en marisco que había elegido Trick era perfecto. El ambiente era relajado pero también animado. Durante la comida hablaron de Hotspur y Trick puso al tanto a Brandy de cuál había sido la evolución de la empresa desde sus inicios. También compartieron detalles sobres sus respectivas infancias e hicieron interesantes descubrimientos.

—Nunca permanecíamos mucho tiempo en un mismo lugar —dijo Brandy, para la que aquel continuo traslado siempre fue motivo de ansiedad—. Mamá solía decir que papá era «un trasero de mal asiento». Supongo que era una forma de hacer que pareciera menos irresponsable y más aventurero.

—Al menos no te dejaban atrás cuando se iban —dijo Trick—. Mi madre seguía a mi padre por todo el país mientras él se dedicaba a perseguir fuegos y yo siempre acababa con mi abuela. Siempre sentí que era una carga para ellos.

—Mi problema era el contrario. Mis padres dependían demasiado de mí. Mi madre solía estar enferma a menudo y mi padre era un desastre con los asuntos prácticos de la vida diaria. Tuve que ocuparme prácticamente de todo desde muy pequeña.

Trick sonrió.

—Eso explica por qué eres tan independiente.

—No sé si explica mi independencia, pero puede que explique por qué se me da bien hacer malabarismos con las prioridades.

—¿Tus padres siguen siendo tan dependientes de ti?

—No tanto como antes. Finalmente se asentaron cuando empecé

en la universidad, porque me negué a trasladarme de nuevo. Papá encontró un trabajo decente que logró conservar. Mamá tuvo que someterse a una operación de espalda hace un par de años y papá se portó realmente bien. Creo que se dio cuenta de lo perdido que estaría sin ella. Ha supuesto un alivio dejar de sentirme responsable de su felicidad.

—Y sin embargo elegiste un matrimonio como el que tuvieron tus padres.

Brandy permaneció un momento pensativa.

—Supongo que tienes razón. Joe era irresponsable y dependiente. Imagino que hay una tendencia a repetir las cosas.

—Ya es hora de que alguien cuide de ti.

Brandy rió.

—No pienso contener el aliento esperando —la conversación había reactivado sus preocupaciones. Trick estaba muy habituado a su soltería y tal vez era demasiado tarde para que pudiera aceptar la responsabilidad de una familia. ¿Estaría saltando de la sartén para caer al fuego?

El camarero llenó de nuevo sus tazas de café, dándoles la excusa para prolongar un rato más la sobremesa. Brandy se alegró de ello. Cuanto más iba sabiendo de Trick, más le iba gustando. Y le encantaba estar con él. Trató de encontrar algún interés común, pero pronto quedó claro que Trick no se tomaba tiempo libre para leer ni ir al cine. Apenas veía nada excepto las noticias en televisión. Brandy bromeó diciendo que necesitaba una puesta al día de sus intereses culturales y prometió introducirlo a algunas de sus aficiones. Enseñar a Trick a divertirse podía ser un auténtico aliciente.

Una hora más tarde, Trick la acompañaba hasta la puerta de su casa.

—He pasado una noche muy agradable.

—Yo también —dijo Brandy sinceramente.

—¿Vas a sentirte mañana incomoda en la oficina por estar saliendo con tu jefe?

—No creo. Estamos tratando de hacer bien las cosas. Si no perdemos el control sobre la faceta física de la relación, creo que todo irá bien.

Trick la tomó por los antebrazos con delicadeza y la atrajo hacia sí.

—¿Un beso de buenas noches supondría perder el control?

—No —Brandy acercó sus labios a los de Trick. Había estado anticipando aquel momento todo el día. Trick había prometido respetar las barreras, pero era ella quien las establecía—. Después de una velada tan encantadora, creo que un beso de buenas noches puede resultar muy adecuado.

Capítulo 10

Cansado de luchar contra la voz interna que lo empujaba en dirección a Brandy, Trick decidió prestarle atención. Llevaba demasiados años acostumbrado a ignorar sus sentimientos, a guiarse por su cabeza, a mantener a los demás a un brazo de distancia. Tal vez había llegado el momento de reorientar las cosas. Pero carecía de experiencia en la ciencia del cortejo y nunca se había enamorado realmente. No tenía nadie a quien pedir consejo, de manera que se veía obligado a escuchar su subconsciente.

«Sé paciente. No hay nuez más difícil de partir que un soltero cínico».

Tras aprender a aceptar aquellos fragmentos de sabiduría no solicitada de su subconsciente, Trick ya no podía negar sus sentimientos por Brandy. Pero le costaba asimilar el concepto de «amor verdadero». ¿Cómo podía confiar en algo que siempre había considerado tan real como los unicornios y los elfos?

La posibilidad de un futuro feliz con Brandy lo asustaba más que el peor de los incendios.

Cuando estaba con ella se sentía bien, pero cuando se separaban, los viejos demonios volvían a surgir. Era demasiado realista como para creer que podría asentarse tras haber disfrutado de toda una vida de libertad.

Afortunadamente, las restricciones que había puesto Brandy a su relación estaban haciendo que las cosas no se complicaran más. El sexo sin amor era muy diferente a estar enamorado sin tener sexo. Aquello hacía que aumentara su deseo, por supuesto, pero también lo estaba obligando a enfrentarse a sus sentimientos.

De manera que aceptaba las limitaciones de su relación y no paraba de tomar duchas frías.

«¿Lo ves? El amor es tan bueno como lo pintan».

Amor. Aún tenía dificultades para utilizar aquel término, pero algo había cambiado. Ahora, cuando estaba trabajando en algún pozo, encontraba excusas para pasar por la oficina. Ver a Brandy confirmaba su nostalgia y la hacía real. No sólo era capaz de estar loco por ella, sino que era posible que ella sintiera lo mismo por él.

Cuando no podía ir a la oficina, llamaba. No podía pasar el día sin escuchar su voz al menos cinco veces. Nunca antes había necesitado tanto contacto con nadie.

Tenía que pasar cada minuto libre con ella, porque cuando estaban separados no vivía, sino que se limitaba a esperar. Esperar a volver a verla. Esperar a hablar con ella. Esperar para tocarla y comprobar cómo se disolvían todas sus dudas en un beso.

Los cálidos días del verano dieron paso al otoño y, a pesar de sus

objeciones anteriores, Trick se sumergió en la cómoda rutina de la vida doméstica. Con la ayuda de Brandy y su ternura, las barreras emocionales que había erigido en torno a su corazón fueron cayendo poco a poco. Trick sentía que era un hombre mejor estando con Brandy y Chloe que estando solo.

Nunca había necesitado a nadie, pero necesitaba a Brandy. Aún no estaba claro si ella lo necesitaba a él, pero su subconsciente solía dedicarse a enviarle mensajes tranquilizadores al respecto.

«Mira lo lejos que has llegado en tan poco tiempo».

«No seas tan duro contigo mismo; estás avanzando».

«Existes para encontrar a la persona nacida para completarte».

«Amar a Brandy es el propósito de tu vida».

Aquellos pensamientos tan poco típicos de él lo preocuparon al principio, pero eran tan insistentes que tuvo que acabar por estar de acuerdo con su subconsciente.

A menos que creyera que podía conseguirlo todo, nunca lo conseguiría. Amor.

Seguridad. Un hogar y una familia. Felicidad. Debía confiar en que su corazón sabía lo que su mente se resistía a aceptar.

Un domingo por la mañana de finales de octubre, Trick estaba subido en una escalera quitando las hojas de los canalones de la casa de Brandy cuando un coche se detuvo ante ésta y tocó la bocina. Cuando se volvió a mirar vio que se trataba del coche de Joe Mitchum. Chloe volvía a casa después de haber pasado el fin de semana con su padre.

—¡Hola, Trick! ¡Mira lo que tengo! —Chloe saltó del coche seguida del perrito de su padre y rodeó el vehículo. Un momento después reapareció con una enorme calabaza en brazos. Su padre soportaba casi todo el peso.

—Es toda una calabaza, pequeña —Trick bajó la escalera y se reunió con el grupo. Joe sonrió, dejó la calabaza en la acera y volvió al vehículo.

—Tengo cuatro más. ¿Puedes creerlo?

—¿En serio?

—Sí, una por cada año que tengo. ¿Dónde está mamá? Quiero enseñárselas.

—Ha salido a comprar algo. No tardará.

—Hemos pasado por el mercadillo benéfico de la iglesia —explicó Joe mientras dejaba las otras calabazas en el suelo—. Nos hemos excedido un poco. Espero que no le importe a Brandy.

—La he oído mencionar que quería decorar el patio para el otoño. Éste será un buen comienzo —aunque su divorcio había sido doloroso, Trick sabía que Brandy y Joe mantenía una relación amistosa por el bien de Chloe.

—Si Trick no está demasiado ocupado, tal vez podría ayudarte a hacer linternas con ella —Joe dedicó un guiño a Trick—. Mamá puede ayudarte a pintarlas.

—Por supuesto —extrañamente, Trick nunca estaba demasiado ocupado aquella temporada. Era una sensación liberadora. Dedicó a Joe un breve asentimiento, el código universal de los hombres para decirse «gracias, colega». Joe le devolvió el gesto mientras su mujer lo tomaba del brazo.

Trick ya había visto en un par de ocasiones al ex marido de Brandy y a su esposa Malory. Se había sentido predispuesto a que no le gustara el hombre que había roto el corazón de Brandy, pero lo cierto era que no sentía ninguna animosidad hacia él.

Cuando Joe y Mallory se fueron, Trick se sentó en el porche con Chloe para esperar a Brandy.

—¿Qué vas a hacer con todas esas calabazas?

—Tengo que llevar una al colegio para el festival de otoño. ¿Vendrás? Es un carnaval y hay toda clase de juegos. Yo tengo que disfrazarme, pero tú no, a menos que quieras hacerlo.

—¿Cuándo se celebra?

—El día antes de Halloween. Empieza a las seis. Promete que vendrás.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada.

—¡Bien, bien! —exclamo Chloe alborozada, y a continuación cambio de tema—.

Celestian ha hecho un agujero entre las flores de Mallory y yo lo he rellenado.

—Eres una buena ayudante. ¿Y el otro Celestian?

—¿El que no es un perro? Lo hice quedarse aquí contigo y con mamá.

—Supongo que ya no lo necesitas —Trick y Brandy habían hablado sobre el amigo imaginario de Chloe y habían decidido no permitir que el asunto se convirtiera en una lucha de poder. Durante las dos semanas anteriores Chloe apenas había mencionado al supuesto Celestian y parecía más adaptada en el colegio.

—En realidad Celestian está aquí para ayudaros a mamá y a ti. Yo no necesito ayuda. Soy bastante lista para mi edad.

—Sí que lo eres. Pero mamá y yo ya somos mayores. Tampoco necesitamos la ayuda de Celestian.

—Claro que la necesitáis. De no ser por él, mamá y tú no seríais novios.

—¿En serio?

Chloe suspiró.

—Se supone que no puedo revelar información privilegiada —a continuación cambió de nuevo de tema—. La señorita Steuban dice

que se pueden comer las semillas de las calabazas.

—Si las asas, sí.

Aún estaban hablando de todas las cosas que se podían hacer con las calabazas cuando llegó Brandy.

Una semana después, Brandy estaba trabajando en el ordenador cuando el abogado de Trick, Charles Thorson pasó por la oficina.

—Lo siento, Charles, pero Trick acaba de irse. Tiene una reunión en Lubbock y no volverá hasta última hora.

Charles ocupó el asiento que había ante el escritorio de Brandy.

—No importa. En realidad he venido a hablar contigo. A pesar de las veces que hemos hablado, nunca me has mencionado que eres procuradora.

—No es ningún secreto —Brandy se encogió de hombros—. Supongo que el tema nunca ha surgido.

—¿Te importa que te pregunte dónde te preparaste?

—En la escuela de Midland. ¿Por qué?

—Trick estaba en el despacho el otro día preparando su declaración y mencionó que estabas trabajando como voluntaria en Ayuda Legal.

—Suelo acudir los sábados, cuando mi hija está con su padre. Investigar precedentes y ayudar a preparar documentos legales me mantiene en forma.

—¿No quieres trabajar en la profesión para la que te preparaste?

—Desde luego. Pero no hay muchos puestos para procuradores en Odessa.

—Trick mencionó que sólo estabas trabajando en Hotspur hasta que te saliera otro trabajo.

—¿En serio? —al ver que Charles asentía, Brandy sintió que se le encogía el estómago—. En eso quedamos cuando empecé a trabajar aquí, pero lo cierto es que no he buscado nada. Me gusta trabajar en Hotspur.

—Eres leal. Eso me gusta —Charles sonrió—. ¿Y si el trabajo te encontrara a ti?

¿Te plantearías cambiar?

—No sé. ¿En qué estás pensando?

—¿Conoces la Fundación para la Defensa de los Indigentes?

—Sí, claro. Todo el mundo tiene derecho a una representación legal, y si un acusado no puede permitirse un defensor, se le asigna uno.

—Eso es. Me han solicitado que me ocupe de algunos de los casos pero, por mucho que crea en la justicia para todos, lo cierto es que no puedo aceptar más trabajo si no cuento con ayuda, y he pensado en ti. Estoy dispuesto a pagarte un buen sueldo para que hagas lo mismo que haces gratis en Ayuda Legal.

—No me gustaría dejar Ayuda Legal —dijo Brandy con su sinceridad habitual

—. Es un trabajo muy gratificante.

—No tendrías por que renunciar a ello. Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya. Sé que tienes una niña y que necesitas las tardes libres. Trick me puso al tanto.

Puedo garantizarte cuarenta horas de trabajo semanales y estoy dispuesto a igualar tu sueldo actual. Tal vez incluso a superarlo. ¿Estarías interesada?

Por supuesto que estaba interesada. Brandy soñaba con trabajar para la defensa de otros, con hablar a favor de aquellos que carecían de voz. Por eso había estudiado para procuradora.

—Antes de nada deberías saber que fui despedida de mi anterior trabajo como procuradora.

—Lo sé —Charles se encogió de hombros—. Pero el hecho de que no le gustaras a Fenton Futterman debe de significar que eres buena en tu trabajo. Tu despido es toda la recomendación que necesito.

—¿En serio?

—No estaría aquí si tuviera dudas.

—¿Está Trick al tanto de esto?

Charles negó con la cabeza.

—Soy un abogado, no un santo. Quería hablar contigo antes.

—Me siento muy tentada por tu oferta, pero no puedo dejar a Trick en la estacada. Depende de mí para que las cosas funcionen por aquí.

—Lo sé. No deja de hacer alabanzas de ti.

—¿De verdad?

—Constantemente. Y a pesar de lo que pueda haberte dicho de mí, comprobarás que es fácil llevarse bien conmigo. Necesito alguien que pueda trabajar independientemente, sin una supervisión constante por mi parte. Creo que encontrarás el trabajo muy gratificante.

—Estoy segura de ello. Pero Trick me contrató cuando nadie más quería hacerlo. No puedo dejarlo colgado.

—Comprendo. Trick es mi amigo y yo no suelo apuñalar a mis amigos por la espalda. Busca a alguien que pueda sustituirte y ponlo al día en el trabajo. No quiero malos rollos si decides aceptar mi oferta —Charles sonrió—. Estoy en la nómina de Hotspur y, por mucho que odiara perder a Trick como amigo, más aún odiaría perderlo como cliente.

—Es una oferta generosa. ¿Puedo pensarla?

—Tengo hasta finales de noviembre para aceptar o rechazar el contrato. ¿Es tiempo suficiente?

—Sí. Quiero hablar con Trick para asegurarme de que no le importe que me vaya y debo encontrar una sustituta —contestó Brandy.

Trick la había contratado cuando estaba desesperada y sin perspectivas. A pesar de todo, él le había recordado en varias ocasiones que se sintiera libre de aceptar un trabajo mejor si surgía. ¿Pero entendería que se fuera después de haberse vuelto prácticamente imprescindible, o se sentiría abandonado?

Las cosas habían ido bien entre ellos durante aquellas tres semanas. A pesar de que había sido difícil ceñirse exclusivamente a unos besos y unas caricias habían respetado su acuerdo. Si dejaban de ser jefe y empleada, tal vez podrían llevar su relación al siguiente nivel.

Charles se levantó.

—Comprendo. Llámame cuando hayas tomado una decisión.

—Te agradecería que no mencionaras el asunto a Trick hasta que haya tenido la oportunidad de hablar con él.

—Por supuesto. Espero tus noticias.

Cuando Charles se fue, Brandy llamó al señor Johnson a la oficina de empleo para buscar una sustituta. No pensaba mencionar a Trick la oferta de Charles sin tener un plan elaborado.

El señor Johnson le dijo que consultaría los archivos y que la llamaría, pero le advirtió que podía llevar tiempo encontrar a alguien cualificado y le recomendó que además pusiera un anuncio.

Brandy colgó más descorazonada de lo que se había sentido en semanas. ¿Por qué tenía que surgir una oportunidad tan tentadora si no podía aprovecharla?

Tal vez se trataba de una prueba. ¿Era leal? ¿Podía dejar a un lado sus deseos y necesidades por un hombre del que había llegado a encariñarse? ¿Tendría que hacerlo? A pesar de que las cosas iban bien, aún no sabía adonde se encaminaba su relación. Trick había demostrado ser capaz de centrarse en algo más que el trabajo, pero lo cierto era que éste no había sido muy exigente en los últimos tiempos. ¿Qué sucedería cuando tuviera que pasar días y semanas enteras luchando contra algún fuego?

No lamentaba la atención que Trick prestaba a su trabajo, por supuesto. Su trabajo formaba parte esencial de él. Pero también lo era el de ella. Pensó en la oferta de Charles y suspiró. Tenía que haber una respuesta para aquel dilema.

Fue a la habitación trasera para tomar un refresco de la nevera pero cambió de opinión.

Tal vez sería mejor que se preparara una agradable taza de té de canela.

Comunicado de Emergencia
De: Control de Misión
Para: Celestian, Operario en la Tierra
Misión: Operación Verdadero Amor

Asunto: Interrumpir la orden

¡ALERTA! Los resultados documentados en el anterior informe pueden haberse desviado negativamente de su curso debido al empleo no autorizado por parte del Operario de manipulación de pensamientos e intromisión en los sueños. Jugar con la libre voluntad de un sujeto no es una estrategia permitida.

El Operario sólo está autorizado a controlar el entorno y a gestionar los acontecimientos para completar la misión. No se tolerará el empleo de técnicas no sancionadas. Hacer caso omiso de esta orden implicaría la inmediata conclusión de la misión y la retirada de todas las compensaciones.

Si no tenemos noticias en veinticuatro horas se iniciarán de inmediato los procedimientos de cancelación.

Informe de Campo

De: Celestian, Operario en la Tierra

Para: Control de Misión

Asunto: Operación Verdadero Amor

Comunicado de Emergencia recibido. El Operario había asumido erróneamente que todo estaba permitido en el amor y en la guerra. Tras revisar la sección cinco del manual ha establecido nuevas metas basadas en el empleo aceptable de los medios disponibles. Los objetivos parciales se han alcanzado, pero aún no puede asegurarse el resultado de la misión.

Plan: desconocido en este momento.

Capítulo 11

El periodo de calma en Hotspur pasó de la noche a la mañana y Trick se vio repentinamente abrumado de trabajo. Él se enfrentó al reto con su habitual entusiasmo, pero Brandy lamentó el repentino aumento de la actividad después de aquellas semanas en que habían podido pasar tanto tiempo juntos. Pero el efecto en Trick fue obvio. Estaba deseando volver a su rutina habitual.

Brandy había asumido que estaba satisfecho pasando tiempo con ella y con Chloe, pero estaba claro que disfrutaba siendo el epicentro de Hotspur. Cocinar galletas y ver películas de niños no eran actividades que pudieran competir con la clase de excitación a que estaba acostumbrado.

Brandy no tuvo oportunidad de hablar con él sobre la oferta de Charles. Apenas hablaban una vez al día y, al margen de los días que pasaba fuera, Trick trabajaba hasta tan tarde que apenas tenía tiempo de hacer alguna visita rápida. Incluso sus besos eran distraídos y superficiales, como si su mente estuviera ya a muchas millas de allí.

Brandy deseaba retenerlo. Incluso sus sueños con el hombre de medianoche regresaron. Pero aquel hombre ya no era un extraño. Lo conocía muy bien. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que el hombre de sus sueños era Trick?

Siempre lo había sido.

Durante las pasadas semanas, Brandy había perdido la perspectiva de las diferencias básicas que había entre ellos. Se había fiado de sus sentimientos, cuando el sentido común era mucho más fiable. La atención que le había prestado Trick y su ternura le habían dado un falso sentido de seguridad. Durante unos días había creído que podía ser suficiente para él. Se había dejado llevar por el primer hombre que había encendido una chispa en su corazón. Se había enamorado de un hombre que no estaba hecho para la vida que ella anhelaba.

Brandy terminó de barrer el porche y se sentó a descansar un momento en el balancín. Durante unos días, Trick había parecido sentirse totalmente a gusto en aquella casa. Había sacado la basura, había picado cebolla en la cocina, había leído cuentos a Chloe… pero lo cierto era que su corazón siempre estaba esperando la siguiente aventura. Forzarlo a encajar en un papel para el que no era temperamentalmente adecuado sólo podía llevarlos al desastre. Ya cometió aquel error con Joe. Trató de cambiarlo y sólo logró que las cosas empeoraran.

Desanimada, entró en la casa y recogió los libros que Chloe había dejado dispersos por el cuarto de estar. Al pasar junto a su habitación oyó que la niña estaba cantando una canción que le había enseñado Trick. Debería haber pensado en cuánto iba a echar su hija de menos a

Trick si las cosas iban mal. Su amigo invisible había regresado los últimos días y había insistido en llevárselo a la escuela a pesar de los conflictos que causaba.

Dentro de la habitación, Chloe dejó de cantar y alzó la voz en tono frustrado.

—¡No estás haciendo un buen trabajo! —exclamó, enfadada—. Eres un guía muy malo. Creo que has hecho algo mal y que por eso se ha ido Trick. Es culpa tuya y estoy enfadada contigo. Hoy me has causado problemas. ¡Ya no eres mi amigo!

Brandy llamó a la puerta suavemente y pasó al interior.

—Te he oído hablar y me has parecido disgustada, cariño —dijo mientras se sentaba en el borde de la cama—. No me gusta que estés disgustada.

—Lo siento, mamá.

—¿Por qué no me dices lo que te preocupa?

—Es Celestian.

—¿Qué ha hecho?

—Ha liado las cosas. Hoy me ha dado problemas en el colegio. Spencer se ha burlado de mí. Me ha dicho que Celestian no es real, y cuando le he dicho que sí lo es me ha llamado mentirosa y ha dicho que mis braguitas estaban ardiendo.

Brandy acarició la cabeza de su hija.

—Eso ha debido de herir tus sentimientos.

—No. ¡Me he enfadado! He empujado a Spencer, que se ha caído de culo y ha empezado a llorar como un bebé. Entonces ha venido la señorita Steuban y ha hecho que me disculpara.

—¿Y así te has sentido mejor?

—No. Spencer no merecía que me disculpara.

—Si le has hecho daño, tenías que decirle que lo sentías.

—¿Aunque no lo sintiera? ¿Aunque él se hubiera portado mal?

—Especialmente en ese caso. Cuando otros se equivocan es especialmente importante que nosotros hagamos lo correcto —al ver que Chloe no decía nada, añadió—: ¿Estás de acuerdo?

—Sí —asintió la niña.

—Tenemos que hablar de Celestian. Sé que a ti te parece real, pero sólo es real porque tú quieres que lo sea. Para el resto de las personas es un ser imaginario.

—¿En serio? ¿No es real?

—No.

—Pues lo parece.

—¿Te has fijado en que la ropa se te va quedando pequeña según creces?

—Sí.

—Pues lo mismo sucede con Celestian. Es posible que lo

necesitaras cuando nos trasladamos aquí porque eras más pequeña y echabas de menos a los abuelos y a tus amigos, pero ahora ya eres más mayor y estamos muy contentas viviendo aquí. Ves a menudo a tu padre, a Mallory y a los abuelos, y tienes amigos en el colegio y en la clase de baile.

—Trick dijo que a él también se le quedó pequeño el dragón con que jugaba de niño.

—¿Lo ves? —dijo Brandy, esperanzada.

—Se supone que no debo hablar de ello, pero Celestian vino para ayudaros a ti y a Trick. Si se va, ¿cómo os las vais a arreglar?

Brandy abrazó a su hija.

—Trick y yo no necesitamos la ayuda de Celestian, cariño. Apenas ves a Trick estos días porque está muy ocupado con su trabajo.

—Pero tú también te sientes triste porque no está.

—Lo echo de menos, pero no estoy triste —la palabra «tristeza» no podía describir lo que sentía. Su corazón anhelaba algo que no podía ser.

—¿Volverá Trick alguna vez?

—Estoy segura de que volverás a verlo cuando no esté tan ocupado.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—Ojalá estuviera Trick aquí ahora mismo —murmuró Chloe—. Él cuidaría de nosotros.

Brandy apoyó y tomó a su hija por la barbilla para hacerle alzar el rostro.

—Tú y yo somos fuertes como las *supernenas*. Podemos cuidar de nosotras. Así que dile a Celestian que tenemos las cosas controladas y que ya no necesitamos su ayuda.

—¿Tengo que decirle que vuelva al lugar del que vino? —preguntó Chloe con los ojos abiertos de par en par.

—Creo que sería lo mejor.

—De acuerdo —Chloe bajó de la cama y fue a abrir la puerta—. Esto no va a ser fácil. ¿Te importa dejarme sola?

—Claro que no. Avísame cuando hayas acabado para que venga a arroparte.

Brandy permaneció en el pasillo con la oreja pegada a la puerta. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras escuchaba cómo se despedía su hija de aquella parte de su infancia. La realidad era dura. La vida era dura. Chloe aprendería pronto que las cosas no podían ser siempre como quería.

—Lo único que pasa es que Trick está ocupado —estaba diciendo Chloe—. No se ha ido porque ya no le estés diciendo que se quede —tras una pausa, siguió hablando con frecuentes interrupciones—. Lo sé

porque ya soy mayor. Tengo cinco años y medio. Puedo cuidar de mí misma. Eso da igual. Mamá quiere que te vayas. Y

yo también. Puede que sea una situación muy irregular, pero yo soy la jefa y no puedes discutir conmigo. Adiós, Celestian. Gracias por tu ayuda pero ya podemos arreglárnoslas solas. Yo también espero que podamos tener un final feliz sin ti.

Tras unos momentos de silencio, la puerta se entreabrió y Chloe se asomó en busca de su madre.

—¿Se ha ido ya Celestian? —preguntó Brandy.

—Eso creo.

Chloe miró a su alrededor, tras las cortinas, bajo la cama y en el armario.

Cuando terminó, abrazó a su madre por la cintura y comenzó a sollozar.

—He hecho que se fuera. Ya no puede volver. Celestian se ha ido para siempre.

Comunicado de Emergencia

De: Control de Misión

A: Celestian, Operario en la Tierra

Misión: Verdadero Amor

¡ALERTA! Se ha roto el protocolo. Misión abortada. El Operario debe comunicar su situación actual de inmediato e informar de lo sucedido o enfrentarse a una demanda por abandono del deber.

Informe de Campo

De: Celestian, Operario en el Limbo

A: Control de la Misión

Tema: Operación Verdadero Amor

Llegada inminente. Imposible seguir interviniendo porque el humano asignado ha rechazado al Operario. No va a ser posible cumplir la misión satisfactoriamente. Todo está perdido.

Conclusiones: el conocimiento adquirido por la experiencia de campo refuerza la hipótesis del Operario de que los humanos no supervisados son incapaces de encontrar el amor por su cuenta, incluso cuando lo tienen delante de los ojos.

Resumen del Proyecto: sin duda, los finales felices son auténticos milagros.

Capítulo 12

—¿Cómo han ido las cosas en Houston? —preguntó Brandy tras entregar a Trick la taza de café que le había pedido.

—¿Es ahí donde he estado? Tengo un recuerdo muy vago de estos últimos días

—Trick miró el correo que se había acumulado durante su ausencia y sonrió. A pesar de lo exigente que era su trabajo, no parecía tenso ni agotado. De hecho, tenía un aspecto estupendo.

Brandy colocó varios papeles ante él para que los firmara, cosa que Trick hizo sin molestarse en leerlos. Había vuelto porque tenía que reunirse con Charles en los juzgados. Seguía negándose a llegar a un acuerdo previo, de manera que Harry Peet y él tenían que presentar sus respectivas declaraciones.

—¿A qué hora llegaste? —Brandy hizo la pregunta en tono despreocupado, pero lo cierto era que había permanecido despierta casi hasta medianoche esperando la llamada de Trick y luego se había llevado el teléfono a la cama, por si acaso.

—Tarde. Hacia las dos —Trick hizo rápidamente dos montones con el correo y tiró una a la papelera—. Habría llamado, pero no quise despertarte. Gracias por defender el fuerte mientras he estado fuera. No podría mantener este ritmo frenético sin ti.

—Sólo he hecho mi trabajo —unos días antes, Brandy creía que Trick valoraba algo más que su habilidad para la contabilidad y para hacer juegos malabares con las citas. Pero ya no estaba tan segura. Aún no le había hablado de la oferta de Charles porque no había encontrado sustituta. O al menos ésa era su excusa. Lo cierto era que aún no había tomado ninguna decisión. Sabía que le encantaría trabajar para Charles.

El problema era dejar a Trick.

Si él rompía con ella, trabajar en Hotspur sería la única oportunidad que tendría de verlo. Por otro lado, si no lo veía no le dolería tanto verse apartada de su vida.

Pero si decidían seguir adelante, tal vez facilitaría las cosas que trabajara en otro sitio.

El teléfono sonó en aquel momento y contestó. Se lo entregó a Trick.

—Hola, Charles, ¿qué sucede? —Trick frunció el ceño mientras escuchaba a su abogado—. Sí, claro. Nos vemos —colgó y miró a Brandy—. Lo siento pero tengo que repasar algunos detalles con Charles antes de vernos con Futterman y Peet.

—Pensaba que ya había preparado tu declaración.

—Y lo ha hecho, pero ha surgido algo más. Esperaba que pudiéramos comer juntos, pero tengo que ver a la cuadrilla después de

acabar en los juzgados. ¿Qué te parece si cenamos? —Trick hizo una mueca—. No, espera, mañana es jueves, así que no puede ser. Tal vez se calmen las cosas para el fin de semana.

—Tal vez —Brandy pensó que tal vez se había equivocado al creer que Trick había comprendido que había más cosas en la vida que el trabajo—. No olvides que no estaré en el despacho el viernes. Ace me ha dicho que él se ocupará de todo.

—No lo recordaba.

—Te lo he dicho dos veces. Ese día tengo que echar una mano en el colegio de Chloe para las decoraciones del Festival de Otoño.

—No hay problema —Trick se encaminó hacia la puerta mientras miraba su reloj—. Tengo que irme.

—Comprendo.

Mientras Brandy lo acompañaba hacia la salida, Trick respondió a una llamada de su móvil.

La ansiedad de no saber qué terreno pisaba en lo referente a Trick hizo que todas las inseguridades de Brandy afloraran. Un día estaba convencida de que estaban hechos el uno para el otro y al siguiente no estaba segura de que Trick recordara que existiera. Por mucho que lo amara, no podía seguir viviendo más tiempo en el limbo. Iba a volverse loca preguntándose si Chloe y ella tenían cabida en su vida. Chloe necesitaba estabilidad. Por su bien, y por su propia paz mental, necesitaba mantener los pies firmemente plantados en la tierra.

Trick colgó el teléfono y se encaminó con paso decidido hacia la puerta.

—Te llamaré en cuanto pueda.

Cuando no tuviera nada mejor que hacer. Brandy reprimió aquella respuesta.

Aquél no era el momento ni el lugar para sacar el tema.

Antes de salir, Trick se volvió hacia ella, tomó su rostro entre las manos y la besó lenta y seductoramente. El beso alcanzó el alma de Brandy, su corazón. ¿Habría imaginado las dudas que la asediaban hacía tan sólo unos instantes? Deseaba fundirse entre los brazos de Trick, convertirse en una parte de él… la parte sin la que no podía vivir.

Cuando Trick se fue, Brandy se centró totalmente en su trabajo para no pensar en otra cosa. Un par de horas más tarde oyó que se abría la puerta y al alzar la mirada vio a una mujer de unos sesenta años con un aspecto realmente saludable.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con una sonrisa.

—Tú debes de ser Brandy.

—Sí. Soy Brandy Mitchum.

—Me alegra conocerte, Brandy. Yo me llamo Wylodene Mitchum, pero puedes llamarme Wylo. Solía trabajar aquí. De hecho, he pasado

casi cincuenta años de mi vida trabajando en Hotspur.

Brandy asintió.

—Por supuesto. Trick me ha hablado de ti.

—Seguro que sí. Pero no le hagas caso —Wylo guiñó un ojo—. Casi todo lo que dice sobre mí no es cierto. Se volvió medio loco de preocupación cuando se enteró de que me había enamorado. Cualquiera hubiera creído que había matado a su cerdito parlante y había arruinado su posibilidad de unirse a un circo.

Brandy rió.

—Lamentará no haber estado aquí para verte. Me temo que no va a volver en todo el día.

—Es una lástima. ¿Y Ace? ¿Está por aquí el viejo carcamal?

—No. Toda la cuadrilla está fuera trabajando.

—¿Te importa si me siento? —tras ocupar la silla que había ante el escritorio de Brandy, Wylo preguntó—: ¿Cómo le van últimamente las cosas a Trick? ¿Van bien los negocios?

—De maravilla.

—Me alegra oírlo. Puede que así acabe por relajarse. No ha bajado el pistón desde que su padre murió en la explosión de un pozo. ¿Estabas al tanto de eso?

—Sí, me lo contó —en realidad, todo lo que sabía Brandy era que Buck Templeton murió cuando Trick hizo su primer viaje al extranjero.

—Su madre murió varios años antes, cuando él sólo era un muchacho. Hotspur fue todo lo que le quedó de sus padres. Juró mantener la empresa en pie y lo hizo a base de trabajar por diez hombres juntos.

Brandy suspiró.

—Aún sigue trabajando mucho.

—Lo sé. Ése siempre fue un punto conflictivo entre nosotros. Solía decirle siempre que debía vivir la vida. Y él siempre solía contestar que me metiera en mis asuntos —Wylo miró a Brandy detenidamente —. Tal vez tú podrías ayudarlo en ese aspecto. Ofrecerle algo de entretenimiento tal vez.

Brandy se ruborizó.

—Hago lo que puedo.

—Me alegro. No renuncies a Trick. Bajo toda su apariencia de dureza y desapego, es un buen hombre. Pero a pesar de que es capaz de arriesgar su vida en su trabajo, lo aterroriza arriesgar su corazón.

—Me temo que no puedo hacer demasiado respecto a eso —Brandy no podía creer que estuviera hablando de algo tan personal como su vida amorosa con una desconocida. Pero lo extraño era que no se sentía como si estuviera ante una desconocida.

—Pobre chico. No ha sido entrenado adecuadamente. Necesita una

mujer que lo transforme de hombre en marido. Los hombres pueden cambiar. Sólo necesitan la inspiración adecuada. Lo que nos lleva de vuelta a ti. ¿Qué tal te encuentras trabajando aquí?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad. Me ha pasado la cosa más extraña. El martes de la semana pasada desperté pensando que tenía que ir a Hotspur a hablar con la nueva secretaria. Había oído hablar de ti, pero algo me decía que debíamos conocemos.

—¿En serio?

—Es extraño, ¿verdad? —Wylo abrió su bolso y sacó una lata de caramelos de sabor a canela—. ¿Quieres uno? No sé por qué, pero me entró antojo por estos caramelos justo después de pensar en venir aquí.

Brandy aceptó un caramelo. El sabor a canela era muy intenso y le recordó a otros extraños incidentes relacionados con aquel aroma.

—¿Y puedo preguntarte por qué no viniste la semana pasada?

—No lo recuerdo. Algo debió de surgir. No es que mi vida sea un torbellino de actividad, pero es probable que mi hombre me distrajera. Pero he pasado toda la semana con la sensación de que debía venir. Hoy, cuando he tomado el bolso y he visto los caramelos he pensado de nuevo en ti. ¿No es extraño? Espero no estar volviéndome senil tan pronto.

Brandy rió.

—Estoy segura de que no se trata de eso. A mí también me encanta la canela —

sin embargo, últimamente no había sentido el mismo deseo de consumir su té de canela. Incluso Chloe había dejado de pedirle las galletas de canela.

—No me gustaría pensar que he venido aquí sólo para darte un caramelo.

¿Quieres hablarme de algo?

Brandy se preguntó si la inesperada aparición de Wylo sería una señal para que aceptara la oferta de Charles. ¿Quién mejor que ella para sustituirla?

—¿Estás trabajando actualmente?

—¡Cielos, no! ¿Quién contrataría a un fósil como yo? —Wylo suspiró con nostalgia—. Pero es cierto que echo de menos trabajar. Puede que algunas mujeres encuentren estimulante pasarse el día en el bingo, pero a mí me parece un rollo.

Necesito algo más estimulante.

—¿Te plantearías la posibilidad de volver a trabajar?

—Desde luego —dijo Wylo sin ocultar su interés—. Mi marido está retirado, lo que significa que está en casa veinticuatro horas. Lo adoro, pero no quiero ser su única afición.

Brandy se cruzó de brazos, pensativa. Si Wylo se hacía cargo de Hotspur, Trick y ella serían libres. ¿Pero lo serían para acercarse más, o para distanciarse? No sabía lo que depararía el futuro, pero trabajar en otro sitio podía ser la clave para que sucediera algo.

—Hablando hipotéticamente —dijo—, si apareciera el trabajo adecuado, por ejemplo tu antiguo puesto en Hotspur, ¿te plantearías aceptarlo?

Wylo sonrió de oreja a oreja.

—Tardaría lo mismo en aceptarlo que un hipotético perro hambriento en lanzarse sobre un hipotético hueso.

—Creo que esta vez no va a venir, cariño —Brandy apoyó las manos en los hombros de Chloe para tratar de consolarla. Estaba adorable con el disfraz rosa de princesa con el que iba a acudir al Festival de Otoño—. Tal vez deberíamos irnos ya.

Supongo que no querrás llegar tarde.

—Vendrá —dijo Chloe con firmeza—. Dijo que lo haría.

Brandy alzó la voluminosa falda del disfraz de gitana que vestía. Le había tocado ocupar el puesto de lectora de la fortuna.

—No recuerdo haber invitado a Trick a venir. No creo que sepa que hay un festival en tu colegio.

—Lo sabe. Se lo dije el día que papá me compró las calabazas. Le dije que yo tenía que disfrazarme pero que no hacía falta que él lo hiciera. Dijo que no se lo perdería. Lo prometió.

—En ese caso, estoy segura de que habría venido si no hubiera surgido algo importante —la última noticia que había tenido Brandy de Trick había sido el miércoles, cuando llamó para decir que iba a acudir a una importante reunión en Dallas.

—Vendrá —insistió Chloe—. ¿Qué puede ser más importante que una promesa?

Brandy abrazó a su hija. ¿Qué podía decirle para aliviar su decepción? ¿Cómo hacerle comprender lo que sucedía con Trick cuando ella misma no lo comprendía?

—Lo mejor que podemos hacer es ir al carnaval a divertimos. A lo mejor ganas algún premio en los concursos.

Chloe frunció el ceño.

—Papá tampoco solía venir a mis fiestas del colegio. Y también solías decir que estaba ocupado.

Brandy no ocultó su asombro.

—No puedo creer que te acuerdes de eso. Pasó hace mucho.

—Tengo buena memoria. Cuando no venía a verme no era porque estuviera ocupado, ¿verdad? Era porque se había olvidado de mí.

—Es cierto que entonces se olvidaba de vez en cuando, cariño, pero eso pertenece al pasado y lo importante es mirar al futuro. Papá ya nunca se olvida de ti y siempre podrás contar con él.

—Lo sé —Chloe miró a su madre con los ojos brillantes por las lágrimas. Las frotó antes de que cayeran y estropearan su maquillaje de princesa—, ¿Crees que Trick se ha olvidado?

—Probablemente —contestó Brandy sinceramente—. Estoy segura de que nunca te dejaría plantada a propósito.

——Celestian tenía razón. No debería haber hecho que se fuera —Chloe se arrojó al sofá sin importarle arrugar su vestido—. ¡Quiero a Celestian y a Trick!

Con el corazón encogido, Brandy trató de tranquilizar a su desconsolada hija.

Ella sabía mejor que nadie que uno no siempre conseguía lo que quería.

Capítulo 13

El domingo por la tarde Trick seguía sin llamar. Cuando Brandy trató de localizarlo en su móvil saltó el contestador. Suspiró. Se aseguró de que su móvil estaba cargado y luego fue a comprobar que el teléfono fijo funcionaba adecuadamente. Funcionaba. Si Trick quería ponerse en contacto con ella, podía hacerlo.

—Tengo una idea —necesitaba distraerse tanto como la aún llorosa Chloe—.

¿Por qué no quitamos los adornos de Halloween y sacamos los del Día de Acción de Gracias para ponerlos en el porche? Está a punto de llegar.

Chloe apartó la mirada del dibujo que estaba haciendo y se encogió de hombros.

—Si quieres…

—Después podemos ir a la biblioteca a por algún libro.

—Creo que no me apetece.

Brandy sabía que la falta de entusiasmo de su hija se debía a la ausencia de Trick. Pero ya tendría oportunidades de sobra en el futuro para disgustarse por algún hombre.

—Vamos fuera. Necesitamos un poco de aire fresco y sol.

Ayudó a Chloe a ponerse su abrigo y guardó el móvil en el bolsillo del suyo. Al menos ella sabía que resultaba patética en su optimismo.

Quitaron las luces naranjas del porche y guardaron el espantapájaros en el garaje. Cuando llegó el momento de librarse de las calabazas, Chloe miró con expresión solemne la que había labrado Trick. Hacía tiempo que había pasado la fecha de expiración del artístico vegetal.

—La sonrisa solía ser grande y feliz. Ahora es triste y apagada.

—Eso es lo que pasa cuando las calabazas maduran.

—Ojalá siguiera contenta.

—Lo sé, cariño. Pero algunas cosas no están hechas para durar. Disfrutamos de ellas mientras podemos y luego tenemos que decirles adiós.

Chloe se apartó cuando Brandy tiró la calabaza a la basura. Era culpa suya que su hija estuviera tan disgustada. No debería haber permitido que se apegara a un hombre incapaz de recordar las promesas que hacía.

—Quiero montar un rato en bici —dijo Chloe.

Mientras la niña pedaleaba, Brandy sacó su móvil y llamó a Charles Thorson.

Tras intercambiar algunas formalidades, respiró profundamente antes de dar el gran paso.

—Si tu oferta sigue en pie, me gustaría aceptarla.

Sin ocultar su entusiasmo, Charles le aseguró que la oferta seguía en pie.

Brandy deseó sentirse tan entusiasmada como él, pero lo único que sentía era resignación. Cuando le dijo que lo llamaría al día siguiente para comunicarle cuándo podría empezar a trabajar, Charles le dijo que estaba deseando empezar a contar con su colaboración. A continuación, Brandy llamo a Wylo. Ésta se mostró encantada ante la perspectiva de recuperar su viejo trabajo. Brandy sabía que sólo necesitaría un rato para ponerla al día. Así tendría el resto de la semana para someter sus caprichosas emociones…. y olvidar de una vez por todas sus sueños y esperanzas.

Cuatro días después Trick detenía el coche ante la casa de Brandy. Eran más de las diez de la noche, pero una luz en la ventana le dijo que tal vez aún estaba despierta. Tenía que verla. Abrazarla. Agotado de luchar contra el fuego en una remota zona de la península de Yucatán, nunca se había sentido tan contento de volver a casa.

A casa. Su viaje al infierno le había enseñado una valiosa lección. «Casa» no era un lugar. No tenía nada que ver con paredes o techos. «Casa» era la persona que pensaba en uno mientras estaba fuera, que te echaba de menos y te daba la bienvenida y te abrazaba hasta que tenías que volver a irte. Hasta entonces él no había tenido una casa real.

Pero ahora la tenía.

Brandy abrió la puerta en bata y zapatillas, con el pelo suelto y sin maquillar.

Trick tuvo que contenerse para no abrazarla allí mismo.

—¿Trick? ¿Qué haces aquí? —sorprendida, Brandy se apartó a un lado para dejarlo pasar.

—Aún no te lo he dicho, ¿verdad?

—¿Qué no me has dicho? —preguntó Brandy, desconcertada.

Trick se dio un capón mental por idiota.

—No puedo creer que no te haya dicho nunca las palabras. Las he pensado un millón de veces al día. Quería decírtelo, pero estaba demasiado ocupado asegurándome de tener algo que ofrecerte.

—¿De qué estás hablando, Trick?

Trick fue hasta el sofá y tomó a Brandy de la mano para que se sentara a su lado.

—Debería habértelo dicho antes. Mi única excusa es mi falta de experiencia.

Pero más vale tarde que nunca, ¿no? —se llevó la mano de Brandy a los labios y la beso—. Te quiero, Brandy. Te quiero.

Ella se quedó mirándolo sin decir nada, conmocionada, Parpadeó. Carraspeó.

Pero no dijo nada. No mostró alegría ni alivio. Por cómo estaba

mirando a Trick, más parecía que le hubiera dicho que venía de otra galaxia.

Trick no era ningún experto en manifestar su amor, pero no esperaba fracasar tan estrepitosamente.

—¿Brandy?

En respuesta, Brandy alzó un tembloroso dedo índice con el que presionó repetidas veces el pecho de Trick.

—No —dijo con voz ronca—. No te atrevas a decirme que me quieres.

—¿Qué? —preguntó Trick. Era su turno de mostrarse desconcertado. ¿No eran aquellas dos palabras la llave que daba acceso al reino de la felicidad?

—No me digas que me quieres a menos que lo digas de verdad —murmuró Brandy—. No lo hagas.

Él sonrió, aliviado. De manera que sí eran las palabras mágicas.

—Nunca digo nada que no pienso de verdad —pasó una mano por la cintura de Brandy para sellar sus palabras con un beso, pero se apartó.

Trick volvió a sentirse desconcertado.

—Háblame, Brandy. ¿Qué he hecho mal?

—Yo también te quiero, Trick —dijo ella en tono apenas audible.

Trick sonrió de nuevo y alargó la mano hacia ella. Pero Brandy volvió a apartarse.

—Te quiero y por eso voy a dejar que te vayas.

Trick frunció el ceño.

—No entiendo.

—Estas dos últimas semanas me han enseñado algo —Brandy respiró profundamente antes de continuar. Era evidente que estaba nerviosa, y Trick empezó a preocuparse seriamente—. Durante una temporada llegué a creer que estábamos destinados el uno para el otro. Todas las señales lo decían.

—Las señales. Eso está bien, ¿no?

—No, no lo está. Me temo que somos amantes desventurados.

—¿Desventurados? —Trick trató de buscar una referencia que diera sentido a aquella palabra—. ¿Como Romeo y Julieta, o algo así?

Brandy asintió.

—Por mucho que creamos querernos, por mucho que sintamos que somos almas gemelas…

—¿Tú también sientes eso? —Trick volvió a tomarla de la mano—. Pensaba que era sólo yo.

—Por mucho que creamos querernos —repitió Brandy, impaciente—, nuestras estrellas están en distinta órbita. Yo necesito cosas como seguridad y estabilidad. La certeza de que Chloe y yo siempre podremos contar contigo.

Trick sabía que podía ofrecerle aquello, pero ella no. Las preocupaciones de Brandy eran legítimas y, a menos que pudiera convencerla de que había cambiado, nunca tendría oportunidad de demostrarlo.

—¿Por qué crees que he estado trabajando tan duro últimamente?

—Porque, como un tiburón, estás programado para estar en continua acción.

—¡No! —a Trick no le gustó aquella comparación, aunque debía reconocer que era bastante precisa—. En realidad tienes razón, pero desde que te he conocido estoy tan activo por otros motivos. Me ha hecho falta verme aislado en medio de un fuego en plena selva para darme cuenta de que me estaba excediendo. Quiero merecer tu amor y compartir las cargas que has soportado sola todo este tiempo. Quiero cuidar de ti y de Chloe. Quiero enseñaros el mundo y ofreceros una vida maravillosa. No sé cómo decirlo más claro, Brandy. Te quiero y quiero pasar el resto de mis días contigo.

Brandy tuvo que apoyarse en el respaldo del sofá. Había temido no llegar a escuchar nunca aquellas palabras de Trick, pero ahora que lo había hecho no se atrevía a creerlas. Había soñado con el marido perfecto y un hombre maravilloso se estaba ofreciendo para el papel. ¿Qué le sucedía? ¿Acaso era incapaz de librarse de sus fantasías para dejar entrar a Trick en su vida?

—Escúchame, Brandy —Trick la tomó por los antebrazos para que lo mirara—.

Quiero darte el resto de mi vida. Chloe es lo suficientemente lista como para ir a Harvard. Quiero ofrecerle eso. Y algún día quiero ofrecerle la boda de cuento de hadas con que sueñan las chicas. Lo que quiera.

Brandy se dio un zarandeo mental al oír mencionar a su hija. Aquello no se trataba solo de ella. Tenía que pensar en Chloe. Las palabras de Trick habían hecho desaparecer parte de los escombros de su corazón, pero eso no significaba que pudiera trasladarse a vivir en él.

—Lo que habría querido Chloe habría sido que asistieras al Festival de Otoño, que hubieras jugado con ella. Una educación universitaria no es relevante para una niña de cinco años. ¿Tienes idea de lo desolada que se sintió cuando no apareciste?

—No entiendo.

—Chloe me dijo que prometiste llevarla al carnaval del colegio. Estuvo esperándote media hora junto a la ventana.

—¡Maldición! —Trick echó atrás la cabeza y gimió—. ¡Oh, no! Pobre niña. Sé cómo se sintió. Yo tuve que esperar inútilmente tan a menudo a mis padres que no le deseo a nadie esa sensación. Especialmente a Chloe. Sé que nada de lo que diga servirá para aliviar

su dolor, pero debes saber que jamás haría nada intencionadamente para dañar a Chloe. Para entonces ya estaba en México. ¿Por qué no me habías dicho antes lo que pasó?

—No me enteré de que habías tenido que irte a Yucatán hasta el lunes. No trabajé el viernes porque estuve en el colegio ayudando a decorar para el carnaval.

—Lo olvidé por completo —dijo Trick, preocupado—. ¿Crees que me perdonará?

—Ya lo ha hecho. Las niñas pequeñas son eternas optimistas.

Trick tomó una mano de Brandy entre las suyas.

—¿Y tú? ¿Puedes perdonarme?

—Las niñas grandes somos realistas. He dejado Hotspur.

—Lo sé. He llamado a la oficina desde el aeropuerto y Wylo me ha dicho que vas a trabajar con Charles.

—¿Y no estás enfadado?

—Podría estarlo si pensara que estás renunciando a algo más que tu trabajo en Hotspur —Trick hizo una pausa y eligió cuidadosamente sus siguientes palabras. Sin duda, no saber nada sobre las mujeres y sus necesidades emocionales era toda una desventaja. Había utilizado casi todas sus cartas y aún no sabía si iba a poder convencer a Brandy para que se arriesgara con él. Estaba pidiendo demasiado de una mujer que ya había jugado y perdido antes—. Charles puede ofrecerte la clase de trabajo que siempre has querido hacer. Creía que había dejado muy claro desde el principio que si surgía algún trabajo como procuradora podías aceptarlo.

—Temía que interpretaras mi marcha como un abandono.

—Guau —Trick pensó que no había nada peor que ser abofeteado en el rostro por sus peores temores. Aunque no quisiera escuchar la verdad, tenía que hacer la pregunta—. Pero no me estás abandonando, ¿verdad? Porque no podría permitir que eso sucediera.

—Hay una lección que aún no has aprendido.

—¿Cuál?

—No siempre puedes controlarlo todo.

—Dejé de controlarlo todo en el momento en que te limpié aquella mancha de chocolate de tu rostro —Trick sonrió con la esperanza de camelar a Brandy para que le devolviera la sonrisa.

Pero Brandy se limitó a respirar profundamente, como si necesitara aire extra para hablar.

—Somos demasiado diferentes. Tendríamos que alcanzar demasiados compromisos para que la relación funcionara. A ti se te da mejor pelear que ver la otra cara de la discusión.

—Estoy aprendiendo a llegar a acuerdos. Futterman llamó a Charles el día de la declaración y ofreció llegar a un acuerdo por una cantidad menor. Por primera vez en mi vida me di cuenta de que la

razón no tenía por qué estar completamente de mi lado. Tú me has enseñado a mirar fuera de mí mismo. De manera que me obligué a escuchar atentamente la declaración de Harry Peet. Sigue pareciéndome un bicho raro, pero he de reconocer que dijo algunas cosas ciertas.

—¿Y?

—Permití que Charles aceptara un acuerdo por un diez por ciento de la cantidad inicialmente exigida. Por algún motivo, me pareció que no merecía la pena pelear. No quiero pasarme el tiempo en los juzgados. Quiero estar contigo.

Brandy miró a Trick con expresión esperanzada.

—¿No crees que somos demasiado distintos?

—Somos aparentemente opuestos, pero si haces un resumen de nuestras diferencias, verás que formamos un todo —era evidente que Trick había pasado mucho tiempo pensando en su situación. En ella. Continuó hablando con creciente entusiasmo—: Estamos hechos el uno para el otro. Yo te ayudaré a explorar nuevos horizontes y tú tendrás un hogar preparado al que volver. A solas nunca podríamos llegar a ser lo que estamos destinados a ser. Juntos podemos ser lo que queramos.

Brandy quería creer. Siempre había querido creer. Desde el primer momento en que había visto su futuro en los ojos de Trick había sentido que el destino estaba trabajando. Si tuviera la fe de Chloe no la asustaría tanto que la realidad pudiera estropear la ilusión.

—Esto es importante. Necesito saberlo. ¿Estás seguro de que quieres echar raíces?

Una lenta sonrisa curvó los labios de Trick.

—Nunca he estado más seguro de nada. Tú has hecho que deseara una relación y me has hecho creer que podía durar para siempre. Arriésgate, Brandy. Conmigo.

Con nosotros. El amor es la mayor aventura de todas, y yo estoy deseando empezar a vivirla.

El beso que a continuación dio a Brandy hizo que todas sus reservas ardieran y sus preocupaciones volaran con el humo del nuevo fuego que ardía en su corazón.

Un fuego que la mantendría caliente para siempre.

—Las señales estaban ahí —dijo mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Trick—. Piensa en todos esos encuentros casuales, en las extrañas coincidencias que hicieron que perdiera mi trabajo y acabara en Hotspur. Si hubiéramos mirado bien, lo habríamos visto todo organizado en una especie de mapa cósmico.

—El mapa de una carretera de una sola dirección —Trick pasó un brazo por los hombros de Brandy y la estrechó contra su costado—. Supongo que por eso he permanecido soltero tanto tiempo. Te estaba

esperando.

—Tal vez por eso no funcionó mi matrimonio con Joe —susurró Brandy—. Te estaba esperando a ti.

—Es toda una teoría.

—En la que hay que tener mucha fe.

—He sido un luchador toda mi vida, pero sé que uno no puede enfrentarse al destino.

En aquel momento se oyó una risita y al volverse vieron a Chloe, que estaba en pijama en el umbral de la puerta. Sonrieron y recibieron a la niña en el círculo de sus brazos.

Acurrucada contra ellos, Chloe rió de nuevo mientras miraba a lo alto.

—¿Lo ves, Celestian? Te dije que podíamos lograrlo sin ti.

Epílogo

—Deseo volver a la tierra, señores —Celestian permaneció inmóvil en la sala de entrevistas, preparado para la reacción del Comité de Colocaciones.

—Nos extraña esa petición tan poco habitual, Celestian —el santo a cargo manifestó las dudas de sus colegas—. Te hemos convocado para que nos des una explicación. A pesar de que te viste obligado a cancelar tu misión, la operación acabó siendo un éxito. Estamos convencidos de que has aprendido una valiosa lección y por tanto puedes retomar tu puesto de monitor de acuerdo con los términos de la oferta original.

—Se lo agradezco, pero tengo que volver —por primera vez, Celestian estaba siendo genuinamente paciente. Había demasiado en juego.

—¿Quieres entrar en contacto con otro humano?

—No, señor. Quiero volver a ser mortal.

—Eso supondría un paso atrás en tu evolución espiritual. Además, según nuestras notas, en principio te opusiste fuertemente a ser enviado de vuelta a la tierra en tu última misión.

—Eso es cierto.

—¿Pero ahora quieres volver?

—Sí. Quiero experimentar el resto de la vida que perdí.

—¿Por qué?

—Por amor, señor.

—¿Por amor?

—Mi última misión me ha enseñado que el verdadero amor da significado a la vida. Como ya sabrán, morí prematuramente en mi primera excursión a la tierra. Me consideraron inadecuado para volver y he residido aquí desde entonces. Llevo aquí más de tres siglos. Quiero volver. Quiero enamorarme, señores.

—Tu solicitud es muy irregular.

—No llevé mi misión a su conclusión. Pero fui el instrumento que ayudó a que se encontraran dos almas opuestas y superaran sus diferencias el tiempo suficiente para llegar a ver sus verdaderos sentimientos. Corregí el error original. Debido a mis esfuerzos, o a pesar de ellos, la armonía ha vuelto a sus vidas. A la de los tres, si contamos a la niña. Y hablando de ello, mi tarea habría sido más fácil si hubiera sabido que el espíritu de la abuela de Trick Templeton se había alojado en Chloe Mitchum.

—Era una información que no necesitabas.

Celestian asintió.

—Ahora solicito respetuosamente que se atienda mi petición.

—Tendrás que esperar un rato fuera mientras tomamos una

decisión.

A pesar de la nueva serenidad alcanzada por Celestian, la espera le pareció una eternidad. Finalmente fue solicitada de nuevo su presencia ante el comité.

—Nos alegra informarte de que tu solicitud ha sido aceptada por el Arbitro Supremo.

Celestian suspiró, aliviado.

—Gracias. ¿Cuándo puedo irme?

—Podrás irte en cuanto demuestres tus conocimientos sobre los acontecimientos y la tecnología actual de la tierra. Ahí tienes tus papeles.

En las manos de Celestian apareció una carpeta blanca con su nueva identidad.

La abrió, sorprendido por la velocidad a la que podían crearse aquellas cosas.

Certificado de nacimiento, carné de la seguridad social, pasado familiar, certificados de estudios y de trabajo. Todo lo que necesitaba para ser un hombre de verdad.

—Ya que has elegido regresar en tu antigua forma mortal, nos ha parecido adecuado que utilizaras tu anterior nombre.

—Gracias —Celestian apoyó la carpeta contra su pecho, que de pronto le pareció sólido. ¿Latiría ya un auténtico corazón en su interior?

—Ya que el objetivo de tu expedición es encontrar tu verdadero amor, se te asignará un destino compatible con el de tu alma gemela.

—¿Tengo un alma gemela? —preguntó Celestian, esperanzado.

—Por supuesto. Todo el mundo la tiene. Simplemente no la encontraste en tu última vida. Esta vez dependerá de ti encontrarla. Y de tu destino.

—No se preocupe, señor. La encontraré —Celestian sintió una oleada de anticipación. El amor era una cosa, pero ¿un verdadero amor destinado sólo para él?

Aquél era un regalo inesperado y milagroso—. No sé cómo expresar mi gratitud.

Sólo puedo darles las gracias.

—De nada —dijeron al unísono los santos miembros del comité—. Que tengas una buena vida, Raleigh Tate.